

13-2-1935

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número
contiene*

LA EXPEDICION IGLESIAS
AL AMAZONAS

DOS POEMAS DE
ALEJANDRO CASONA

UN CUENTO DE
EDUARDO BLANCO-AMOR

UN REPORTAJE DE
ANGEL COLOMAR

UNA CRONICA ILUS-
TRADA DE SANCHA

CUENTOS, ARTICULOS, NOTAS
Y LAS SECCIONES HABITUALES

20 CENTIMOS



F O T O

D

E

A

N

G

E

L

A

R

A

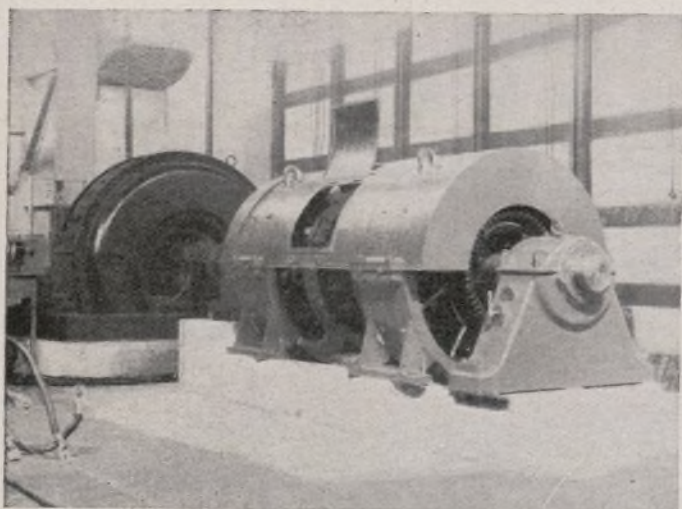
B

L

Ayuntamiento de Madrid

UN EXITO BRILLANTE DE LA INDUSTRIA NACIONAL

No podía faltar en esta información sobre el "Artabro" una referencia, siquiera sea somera, a la característica más notable del mismo, que tan poderosamente llama la aten-

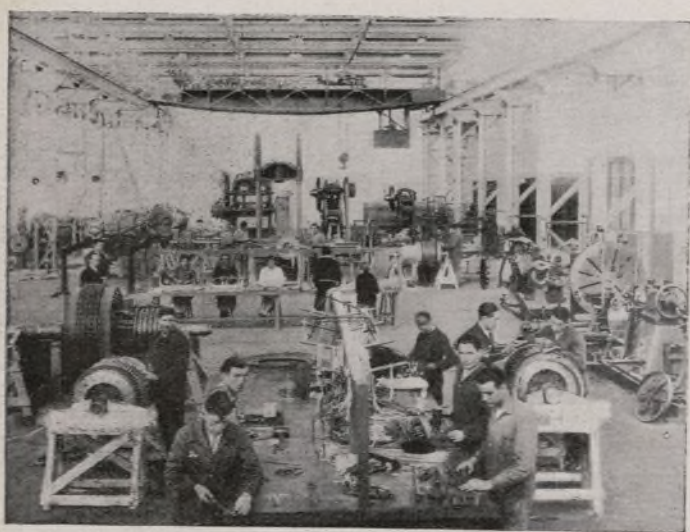


Motor de propulsión del ARTABRO, de 500 caballos a 300 revoluciones

ción por su seguridad y modernismo, y cuya introducción en España se debe a la iniciativa del capitán Iglesias: a la propulsión DIESEL ELECTRICA, que se utiliza por primera vez en un buque español.

La realización del buque, *todo eléctrico*, constituye hoy día un hecho cuya importancia será, a no dudar, decisiva en el progreso de nuestras Marinas, mercante y de guerra, para cuyos buques presenta extraordinarias ventajas. Buena prueba de ello es que el "Normandie", el buque mayor del mundo, recientemente botado al agua, lleva propulsión eléctrica; que los portaviones "Lexington" y "Saratoga", los mayores buques de guerra, son también eléctricos, y que, a pesar de ser el sistema relativamente moderno, existen ya cerca de 500 buques eléctricos, con una potencia de unos tres millones de caballos, entre los cuales se cuentan acorazados, portaviones, cañoneros, buques hidrográficos, transatlánticos, petroleros, remolcadores, etc.

Recientemente decía el capitán Iglesias, refiriéndose a las ventajas de la propulsión eléctrica para el "Artabro", que era tan adecuada para las necesidades de la expedición, que, de no haber existido, hubiera tenido que inventarla. Otro tanto ocurre con la mayor parte de los buques.

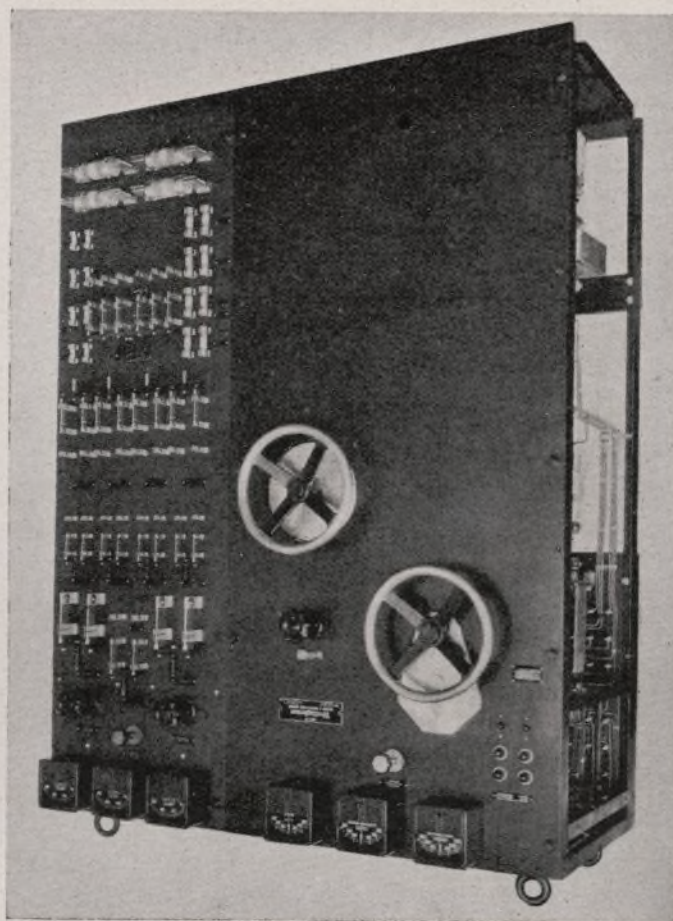


Una vista de los falleros de Reinosa

La CONSTRUCTORA NACIONAL DE MAQUINARIA ELECTRICA ha realizado una meritisima labor al tomar sobre sí la tarea impropia y llena de responsabilidad de que esta primera instalación DIESEL ELECTRICA en buques españoles fuera completamente nacional. No ha perdonado para ello sacrificio alguno, afrontando no sólo las dificultades técnicas inevitables, sino lo perentorio del plazo de entrega fijado. Un merecido éxito ha coronado sus esfuerzos, y ello ha sido posible gracias a la incansable actividad y entusiasmo de la Sociedad, a la extraordinaria calidad de la mano de obra española y al hecho de haberse construido la maquinaria eléctrica con su-

La maquinaria eléctrica del "Artabro", primer buque Diesel-eléctrico de España, ha sido totalmente fabricada por la "Constructora Nacional de Maquinaria Eléctrica"

jeción a los procedimientos y patentes de la WESTINGHOUSE ELECTRIC & MANUFACTURING CO, iniciadora de la propulsión eléctrica, que ha equipado gran número de acorazados norteamericanos con dicho sistema, y que cuenta hoy día con el mayor número de instalaciones DIESEL ELECTRICAS del mundo.



Cuadro principal de maniobra del ARTABRO

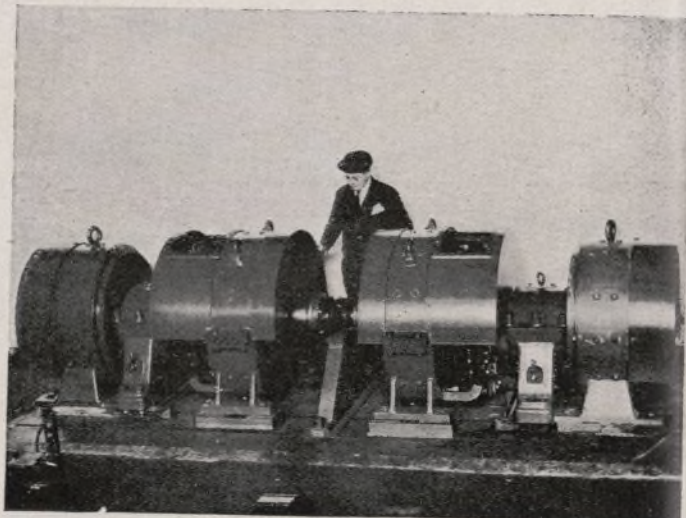
Los resultados de las pruebas recientemente realizadas ante la Comisión inspectora del Patronato, los ingenieros de la Unión Naval de Levante, los inspectores del LLOYDS REGISTER OF SHIPPING y el personal directivo de la CONSTRUCTORA NACIONAL DE MAQUINARIA ELECTRICA, durante las cuales se sometió al equipo a los más rudos y variados ensayos, con éxito pleno, superior a todos los pronósticos, demuestran que el capitán Iglesias no ha confiado en balde en la capacidad de la industria española en general.

Como prueba del concepto que a la técnica española le merece la propulsión eléctrica, y en especial la fabricada



Fotografía tomada en ocasión de la visita del capitán Iglesias, con motivo de las pruebas del motor de propulsión

en España con patentes WESTINGHOUSE por la CONSTRUCTORA NACIONAL DE MAQUINARIA ELECTRICA, en sus fábricas de CORDOBA y REINO-

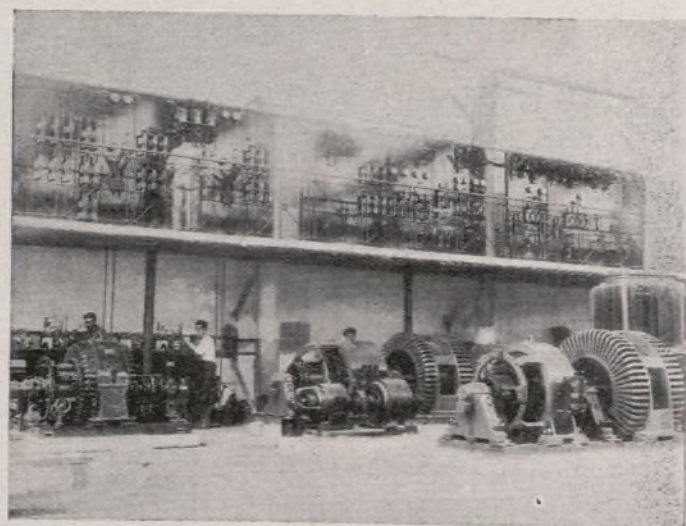


Los generadores y excitadores del ARTABRO, listos para las pruebas

SA, basta repasar el informe del asesor técnico del Patronato, Sr. Alonso Castrillo, al proponer la adjudicación (informe publicado en la "Crónica de la Expedición Iglesias al Amazonas"), en el que, después de inclinarse resueltamente por la propulsión DIESEL ELECTRICA, aconseja que ésta sea adjudicada a la CONSTRUCTORA NACIONAL DE MAQUINARIA ELECTRICA, porque "la casa WESTINGHOUSE, con cuyas patentes se construirá en España la parte eléctrica, puede considerarse como muy superior a las otras, por su mayor experiencia en este asunto".

El ingeniero inspector del Patronato, Sr. La Rosa, en reciente informe, dice, refiriéndose a las pruebas del motor de propulsión, que "los resultados fueron plenamente satisfactorios y demuestran que la industria nacional está, en esta rama, no sólo a la altura, sino que en algunos aspectos por encima de sus similares extranjeras. Durante el curso de las diferentes inspecciones realizadas con anterioridad a las pruebas, se pudo comprobar que los generadores, motores, etc., de este equipo de propulsión han sido contruidos todos ellos *realmente* en REINOSA."

Nuestra enhorabuena a la CONSTRUCTORA NACIO-



Plataforma de pruebas, de la fábrica de Reinosa, de la "Constructora Nacional de Maquinaria Eléctrica"

NAL DE MAQUINARIA ELECTRICA por el éxito alcanzado en la construcción de este equipo; a la WESTINGHOUSE, por continuar su tradición de equipar los buques más notables, y al ingeniero D. Jaime G. de Aledo, por haber, al fin, visto realizado su deseo de que España cuente con un buque de propulsión eléctrica.

Hagamos votos por el éxito de la Expedición Iglesias, y que esta magnífica experiencia del "Artabro" no se olvide en los futuros programas navales ni en la ley de Comunicaciones marítimas. ¿Quién sabe si en la realización del transatlántico *todo eléctrico* está el secreto del futuro éxito de nuestras líneas de pasaje!

MANIA Y TRANSITO DEL DR. CHERUBINI, relato humorístico de Eduardo Blanco-Amor, en el que se convoca a una serie de tipos extraños, muy propios del ambiente cosmopolita de Buenos Aires, en torno a la anécdota argumental. Las características de observación psicológica y de seguro trazado de los personajes, tan propias del estilo narrativo de nuestro compañero, tienen en este cuento una de sus más brillantes manifestaciones.

Félix Pita Rodríguez firma una fantasía romántica titulada PUCK, VENDEDOR AMBULANTE, que Arteché decora con unas magníficas ilustraciones.



ALEJANDRO CASONA

joven vocación del poeta, con la cuajada sabiduría del filósofo, establecido a través de largas conversaciones y vagares por las noches azules de las islas y por sus días de oro, en íntima comunión con el paisaje, han dictado estas páginas fervorosas y sinceras, en las cuales lo literario y lo periodístico se compensan en una síntesis graciosa y original.

EPITAFIOS es una conferencia apócrifa, que firma Antonio Asenjo. La legítima gracia del gran sainetero está presente en esta antología del disparate póstumo, que nuestro colaborador ha espigado en los cementerios de España y que, a pesar de su lúgubre origen, regocijará a nuestros lectores.

Jaime Menéndez ha destacado su firma en el periodismo en el análisis de los problemas internacionales. Su objetividad y estu-

Alejandro Casona, el celebrado autor de LA SIRENA VARADA, comienza su colaboración en CIUDAD con POEMAS DE LA MAR, unos bellos trozos líricos que con VERITAL MARROQUI, de Antonio Otero Seco, integran la parte poética de este sumario.

FILM DE KEYSERLING es un "puzzle" de varias piezas, que firma el escritor mallorquín Miguel Angel Colomar, cuya publicación comenzamos en este número. El contacto de la

dio histórico de los temas que trata lo consagran en la primera fila de los especialistas en política extranjera. Su libro reciente, VISPERAS DE CATASTROFE, ha venido a confirmar el prestigio de que goza entre los periodistas españoles. Inicia su colaboración en "CIUDAD" con un estudio de la política inglesa.

Enrique Azcoaga, escritor cuya juventud no le excluye de las serias preocupaciones de nuestro tiempo, firma CARTA A BRUTO, un ensayo crítico de excelente orientación.

UN DUELO EN 189... es una vivaz crónica de época, escrita y dibujada por Sancha, a la que seguirán otras del mismo estilo en próximas ediciones.



ENRIQUE AZCOAGA

De Angel Ara son los DOS POEMAS EN PROSA que, por una omisión tipográfica, figuran en el pliego respectivo sin firma. Prosas de gran vuelo lírico, como corresponde al género a que pertenecen.

Completan esta edición, una nota sobre la Expedición al Amazonas, que prepara el capitán Iglesias, una crónica ilustrada sobre Estocolmo y nuestras secciones habituales, entre la que destacamos la correspondencia sobre Modas, de nuestra redactora en París Mlle. Millet.

Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID
Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

13 de Febrero de 1935

Núm. 8

LA SEMANA



LÁGRIMAS de sangre derrama, en nombre de la tradición y de alguna otra circunstancia oculta, un conocido mesonero de esta villa, que ve su corral amenazado por la piqueta del Municipio. Se trata, al parecer, de insertar en el sistema sentimental de Madrid el valor de este mesón, donde un buen día tuvieron unos intelectuales el capricho de reunirse a comer. No diré yo que a comer mal, porque poseo escasa información acerca de las habilidades del cocinero del mesón aludido. Desde entonces, el mesón ha pasado a ser algo así como el Teatro Apolo del arte culinario, y los llamados "castizos" le han arropado con sus capas y sus pañuelos blancos de seda. Todo ello, con grande y rústico regocijo del mesonero, a quien hay que reconocer un talento nada vulgar como director del coro de plañideras.

Declaramos encontrarnos fuera del sistema sentimental a que hemos hecho referencia, e igualmente declaramos que nos parece muy bien que, si el mesón estorba, debe ser deruido, ya que no guarda en su ámbito ni un adarme de tradición respetable o prestigiosa. Podemos conservar, en cambio, el ánfora donde viertan sus lágrimas los "castizos".

Contrasta este llanto copioso con la impavidez con que se ha contemplado otro hecho; el de la próxima demolición del convento de la Santa Fe, de las Comendadoras de Santiago de Toledo. Además de su belleza arquitectónica y de formar parte del conjunto artístico más respetable de España, este convento tiene un enorme valor tradicional. En él fué abadesa doña Sancha Alfonso, la doncella que no quiso ser reina de León. Con su reclusión en Toledo resolvió la severa virgen leonesa nada menos que la unidad de la corona de Castilla, hecho trascendental que cuajó entre faldas de dueñas, y en el que acreditó sus dotes insuperables de diplomacia e intriga la gran reina doña Berenguela. Nos parecería interesante llorar un poco por la pérdida del convento de la Santa Fe, y si es inevitable que el Banco de España edifique sobre sus ruinas una sucursal, pedirle que conserve, en lo posible, la parte arquitectónica respetable del secular edificio, donde se conserva incorrupto el cuerpo de la virgen que no quiso ser reina, para mayor honra y gloria de Castilla y provecho de don Fernando el Santo, hermano de padre de doña Sancha Alfonso.

EL acontecimiento de la semana es la botadura del Artabro. Hallará el lector abundantes referencias en este número. No es escasa la literatura que nos permitimos arrojar sobre tan señalado suceso, y pedimos perdón por las consecuencias que de la lectura se deriven.

Pero la botadura del barco-laboratorio, el primero de esta clase que se construye en España, es un punto de partida de un enorme valor para el espíritu de nuestro tiempo.

El capitán Francisco Iglesias Brage, hijo de la verde ribera donde se anudan las más ilustres singladuras de la civilización occidental, parte alegremente, henchido el ánimo de esperanzas, para una aventura limpia y generosa, tras la cual se marchan las aficiones de toda la juventud española madura.

Aire marino penetra, con esta partida, en los rincones apuestos a tabaco y a recuelo, donde se intoxicaba una generación de españoles. El sentido optimista y afirmativo de la Expedición Iglesias al Amazonas acusa el punch con que irrumpe en la vida de España una generación atlética, que se baña y se afeita todos los días y que mira de frente, horizontalmente, al porvenir. Maraón ha saludado a esta aventura con este "vitor", que queremos repetir aquí:

"¡Por España, capitán!"

CON permiso "del ordinario" y de la Academia de la Granja (de la Granja El Hénar), séanos permitido un elogio nada menos que a Federico García Sanchiz. Esperamos el anatema de toda una tribu de intelectuales y humillamos la cerviz ante tan terrible suceso.

No es un elogio literario el que queremos hacer a Federico García Sanchiz, a quien nos une escasa amistad y cuyas "charlas líricas" desconocemos en absoluto.

Hay un hecho, que no es trivial. Un escritor, a quien como tal no calificamos ahora ni de malo ni de bueno, mueve masas de españoles con literatura. Esto es algo muy importante. Manejando tópicos literarios y textos de viejos libros, Federico García Sanchiz está nutriendo con excelente alimento espiritual el ansia de recuperación nacional de una masa, la media, precisamente la que no tenía para su servicio un contenido espiritual común. García Sanchiz va avivando un sentimiento adormecido, a puros versos toscos de cuaderna vía. El romance balbuciente golpea con rudeza la zona ciega y sorda, y van surgiendo luces y resonancias donde nada había antes. Y hacer nacer un oasis en un desierto, sin más vara mágica que la palabra embellecida por el verso antiguo, no es una trivialidad. Es una obra que merece un elogio cálido y un aplauso generoso. Nosotros se lo tributamos, desde nuestro punto de vista, al escritor y al español. Nos basta para ello con contemplar los efectos de su obra. El instrumento de ella puede parecerles a algunos deleznable desde el punto de vista del arte puro. No entramos ni salimos en la contienda literaria, si se suscita. Tan sólo hemos de decir que quien sabe manejar con dignidad el tesoro de nuestra poesía secular y despertar con ella sentimientos nobles y fortificar con ella el espíritu nacional, realiza una obra, precisamente literaria, del más alto valor. Porque si la literatura, como cualquier arte, no tiene un contenido social y nacional, además del contenido puramente artístico, es aire.



MOTIVOS DE LA CIUDAD Por MAESE BUSCON

Se prohíbe...

HABÍA un zapatero remendón en mi pueblo, en torno a cuyo brasero templábamos nuestros ocios de estudiantes, es decir, toda nuestra vida de estudiantes de pueblo lluvioso, con Instituto de aulas húmedas, donde unos maestros con asma nos hablaban de cosas tristes con monocorde voz jubilada, incitadora del sueño. El tal zapatero, protector de nuestras grandes partidas de "siete y media", prestamista a ratos y proveedor de infecta picadura tabacalera en las épocas de inopia, tenía colocado un gran cartelón, precisamente encima del retrato de Nákens, con esta somera leyenda: "Se prohíbe." Y nada más. Y era suficiente. Esta tácita prohibición universal la aplicaba como jurisprudencia sabia a las necesidades de cada instante. Por ejemplo:

—Marcial, ¿no tienes un cigarrillo?

Y Marcial se concretaba a señalarnos con la lezna el cartelón.

—¡Bueno! ¿Y qué?

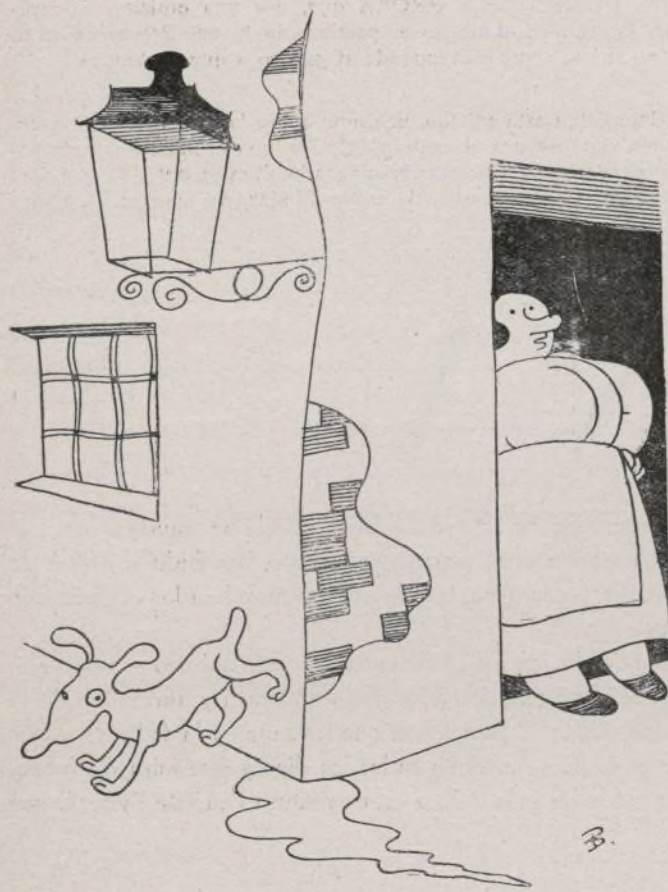
—¿No sabes leer?

—Hombre, sí.

—Pues ya ves que se prohíbe.

—¿Se prohíbe qué?

—¡Me parece que está bastante claro! Se prohíbe pedir cigarrillos...



Y otras veces:

—Marcial, ¿no puedes prestarme una peseta hasta el primero de mes, que me llegan los cuartos?

Y Marcial señalaba con la chaira su inexorable y breve código.

—¡No te entiendo!

—¡Ah, lambón! ¿Y para eso andas en el estudio? ¡Valiente abogado vas a salir! Pues está bien claro: que se prohíbe pedir pesetas.

Y así con todo. Naturalmente, este precaucionismo del zapatero excitaba nuestro natural dialéctico, y terminábamos sacándole los cuatro reales y la cajetilla. Porque, como éramos hijos de la generación del 98, nos sentíamos "hombres de viceversa", y las prohibiciones, lejos de alentar en nosotros el respeto debido por los ciudadanos a la ley, lo que hacían era incitarnos a su inmediata desobediencia.

ESTE notable apólogo me viene a las mientes con motivo de haber observado que este Madrid es una de las ciudades más "prohibidas" del cuantas hay en el vasto mundo y, en consecuencia, la ciudad en donde la gente hace más y mejor lo que le viene en gana. Se prohíbe fumar y escupir en los tranvías. Y los ciudadanos piensan: "¡Hombre, tengo ganas de fumar y, además, con estos frios ando bastante acatarrado; voy a tomar un 8! ¿Que tengo aquí, en este cruce de la calle, un lugar indicado por carteles, rayas de cal, faros de tráfico y guardias de la porra, para alcanzar sin riesgo la otra acera? Pues me voy veinte metros más abajo, a fin de cruzar la calzada serpenteando por entre los "autos", para darles un buen sofocón a los choferes. Estas aceras de la calle de la Montera son realmente homicidas. A quince centímetros de su borde pasan los tranvías y los "autos". No caben en ella más que dos personas, y no han de ser muy atléticas; es una de las calles de más tránsito de la ciudad... Bien, pues aquí me quedo parado, con tres amigos más, comentando durante una hora el partido de fútbol."

Todavía hay letreros en algunas paredes de la capital de España que sonrojarian a los habitantes del Cairo moderno. El otro día acompañaba yo a unas estudiantes finlandesas por los barrios típicos de Madrid. Y de pronto, una me pregunta:

—Míster Buscón: ¿qué es "hacer aguas"?

—Tirar agua por la ventana—respondí de prisa y con infundio evidente.

—Pues ya son precavidos los curas de esta iglesia, que temen el agua que pueda caerles desde las casas inmediatas, que están a más de cincuenta metros, y que son mucho más bajas.

AL pasar, ya obscureciendo, por el arco de San Ginés, nuestras gentiles visitantes dieron un respingo de horror, seguido de risitas maliciosas. Allí estaba, vuelto de espaldas, el personaje de los tapices de Teniers, haciendo lo mismo que en los tapices de Teniers. Fué posible desentenderse de la escena hasta que no llegamos al vado, que, por cierto, era imponente. Y yo, voladísimo, aclaré:

—Señorita, usted me perdonará, pero yo soy hombre de informaciones exactas, y me va remordiéndome la conciencia. Eso son las aguas de que hablábamos.

Y el profesor que las acompañaba, un "privat docent" de la Universidad de Helsingfors, intervino, bondadoso y didascálico, como queriendo sacarme del apuro, al mismo tiempo que me informaba de la solidez de su saber:

—¡Oh!, ya había yo observado, mediante una meticolosa comparación de estadísticas, que Madrid es la ciudad más... más... en fin, más "mojada" de Europa, a pesar de esos escandalosos carteles.

DATO que brindo a los aficionados a records. Y eso ocurre, creo yo, no tanto por los principios de desobediencia civil que le debemos a la generación del 98, sino porque en cada sitio donde hay uno de esos insolentes "Se prohíbe" cosas mayores y menores—¡vaya manera de señalar, sea dicho de paso!—, lo que debía de haber es uno de esos refugios cuya designación eufemística hacemos mediante la enunciación de dos palabras extraídas de la noble lengua de Shakespeare...

Miss Kattle y la música

ESTUVE a devolverle la visita a Miss Kattle, pues yo soy muy cumplido en mis cosas y me gusta representar bien mi papel europeo. Además, un amigo oficioso me trajo la interesada soplonería de que la corresponsala—el académico Sr. Fernández Flórez me informa, mediante una carta en finos caracteres griegos, que debe decirse corresponsala—del *Presbyterian Bulletin* había recibido hasta veintidós botellas de *whisky* "White Horse" legítimo y unas docenas de cajas de excelente tabaco. ¡Lejos de mi mente el pensar que mi visita obedecía a la baja intención de soplar unos cuantos vasos del rubio si que también generoso brebaje y de traerme los bolsillos del gabán bien forrados de olorosos cigarrillos! Pero convendrá conmigo el muy fino lector que ambos elementos hacen más agradable una visita, y más teniendo en cuenta que el día de autos hacía un frío que pelaba.

MISS Kattle me recibió con cordiales extremos, me sirvió de inmediato un *whisky*, a pesar de mi heroica resistencia, y puso delante de mi gula de fumador una caja de palisandro llena de cigarrillos blancos, apretados, uniformes y rítmicos, como una interpretación de las once mil vírgenes hecha por un cubista. Bien sentados en un espléndido butacón del céntrico hotel—y no digo el nombre del mismo porque no nos da el anuncio—, comenzamos nuestra divagatoria charla envueltos en azules humos y sintiendo los templados tentáculos del *whisky* en blanda caricia por las anfractuosidades físicas y metafísicas de nuestro mundo interior (¡vaya tío escribiendo!).

No, lector amigo, no: no hubo escena de amor. Hay que empezar por ser europeo en esto de estar a solas con una dama, en íntimo coloquio, sin arrearle un pellizco de buenas a primeras. Bueno, la verdad es que las gafas, las ideas y los zapatones de Miss Kattle son la propia castidad. Pero aun cuando así no fuera...

Miss Kattle está indignada con las cosas de España. Y, como es natural en un escritor nórdico, gradúa su indignación en fórmulas estadísticas de la más fehaciente utilidad. Ahora se trata de la música. Miss Kattle, como las otras damas inglesas, es, además de fumadora, presbiteriana y bebedora de *whisky*, una apasionada melómana. Y está furiosa. Y apela a la estadística para demostrarme que España es un país inferior.

—Comprendo que usted, patrióticamente, trate de defenderse; pero no hay excusa posible ante los números. ¿Qué idea tiene usted de Checoslovaquia, pongo por caso?

—Muy vaga, señora, muy vaga. Creo que es un país

que está muy lejos y en el que hay gente que toca muy bien el acordeón.

PUES sepa usted que en Praga, que es su capital, se han celebrado en lo que va de invierno cuarenta conciertos sinfónicos y muchísimas óperas fueron representadas. No hablemos de Berlín, donde los conciertos suman más de noventa, sin contar los de artistas individuales; ni de Viena, pobre como las más pobres ratas, donde los actos musicales de primer orden pasan del centenar; ni de Múnic, ni de Estocolmo, cuyo Palacio de Conciertos no cierra sus puertas en la mayor parte del año... Y aquí, ¿qué? Dos excelentes orquestas preparándose todo el año, para salir del paso con una veintena escasa, entre las dos, de audiciones no siempre muy selectas; ausencia total de representaciones de ópera, de "ballets" y de conciertos individuales. ¿Sabe usted cuantos concertistas de primer orden han pasado este invierno por Calcuta? Treinta, según mis estadísticas. Están ustedes muy por debajo de la India. ¿Cómo quieren ustedes elevar los gustos del pueblo, si éste no oye más que tangos y rumbas fabricadas en Barcelona, colombianas totalmente desconocidas en Colombia y pericones de los cuales en la Argentina no se tiene ni noticia? Confusión, vulgaridad, pésimo gusto, ordinariéz: eso es todo cuanto de música se oye en Madrid. Es una vergüenza que para escuchar algunas manifestaciones del espléndido arte popular de España haya que perderse en los barrios bajos, en teatros de ínfima clase,



poblados de gente sucia y gritona, que está en el salón comiendo castañas... Y todo para escuchar a ese "Angelillo", pongo por ejemplo, que siempre está cantando "Pagliacci", o para ver a una venerable fregona zarandeando los sebos de las caderas, como si aquello tuviese algo que ver con la finura y la hondura del canto y del baile del sur de España. Y del resto de España, de las magníficas danzas y canciones de Cataluña, Galicia, Asturias, Castilla, nada, o algo que es peor que nada: de vez en cuando, una pantomima carnavalesca, que el habitante de Madrid, que nunca sabe de España, quizás porque no le han enseñado a amar y a respetar una España que no es Madrid, y que es tanto o más España que Madrid, va a ver con el mismo criterio, entre curioso y ajeno, que si le pusiesen delante unas cuantas manifestaciones del folklore crimeo. Así no se hace nada, ni se llega a nada. El español, rodeado de música por todas partes, es, sin embargo, el hombre menos musical de Europa. Y es que la norma la da este Madrid sordo y afónico, donde las orquestas dan su música por cuantagotas y donde Casals, pongo por otro ejemplo, un español mimado en todo el mundo, no es escuchado hace varios años, quizá porque no hay quien lo contrate...

—¿Y en consecuencia, Miss Kattle?—le dije, poniendo la pregunta como un dique a la torrentera.

LA consecuencia dedúzcala usted, que a mí me incumbe observar y decirle a usted, como buena compañera, el producto de mis observaciones. Pero a mí me parece que una capital de Europa privada de buena música es una cosa incompleta, triste e insulsa. ¿O es que sigue usted creyendo que ser capital y ser Europa consiste en tener un "Metro", donde, por cierto, siempre hay olor a rata muerta; unos cuantos "taxis" indisciplinados y una casa de doce pisos, que permite hablar a los periodistas de este lugar de la Mancha muy pomposamente de "nuestros rascacielos"?...

C I U D A D E S D E L M U N D O

E S T O C O L M O

La bella capital de Suecia se encuentra en el punto donde las aguas del lago Mälär se vierten, formando un torrente corto e impetuoso, el Norrström, en una amplia bahía del Báltico. La ciudad fué fundada sobre esta corriente, sobre tres islas, a mediados del siglo XIII, por el sabio ministro Birger Jarl, con objeto de proteger el Mälär y las provincias a él vecinas contra las incursiones de los piratas paganos de la parte oriental del Báltico. Gracias a su posición favorable, se desarrolló con rapidez, convirtiéndose pronto en la ciudad más importante y en capital del país. Su población, en la actualidad, es de unos 450.000 habitantes. Aunque la mayor parte de la Estocolmo de hoy está edificada en tierra firme, al Norte y al Sur del Norrström, el resto de la población se extiende sobre trece islas, pequeñas y alargadas, siendo, seguramente, pocas las ciudades que están surcadas por tantos canales como la capital de Suecia.

A esta alternativa de corrientes rápidas y aguas más tranquilas se debe la peculiar y cautivadora belleza de Estocolmo. Gran número de pequeños vapores se dedica al transporte de pasajeros por los canales principales del interior de la ciudad. Hay bellos jardines y parques, como Humlegården y Kungsträdgården (Jardín Real), y, además, son muchas las tranquilas plazoletas extendidas por toda la ciudad. El mayor de los parques es el magnífico Djurgården, páraje agreste, modificado por una mano hábil, de suaves líneas onduladas, con veredas sombrías, rodeado de agua por todas partes.

Dispone la hermosa y fina ciudad escandinava de hermosos paseos, dentro y fuera de la ciudad, y la facilidad de comunicación entre ésta y sus alrededores aumenta grandemente el encanto de las excursiones. Uno de los recuerdos de Estocolmo que más viven y perduran es, sin duda, el hechizo de las blancas noches de junio, cuando una claridad tenue reemplaza a las tinieblas, cuando las veloces aguas del Norrström y los grises muros del Palacio Real semejan una fantasmagoría, en la que no es posible distinguir la realidad de la ilusión.

Pero también en los blancos días de invierno, cuando el aire es puro y transparente y la nie-



Vista parcial de Estocolmo antiguo, con sus bellos puentes y sus canales.

ve y el hielo relumbran al sol, Estocolmo posee exquisita belleza. Durante los alegres meses de febrero y marzo alcanza su apogeo la vida activa y sana de los inviernos nórdicos.

Estocolmo, aunque es ciudad moderna, cuenta entre sus rasgos más atractivos su riqueza en recuerdos históricos. La ciudad vieja, la "Ciudad entre los puentes", situada sobre una isla del Norrström, conserva aún las características de una ciudad medieval. Un paseo a través de sus callejas estrechas y tortuosas, con sus extrañas casas antiguas, está lleno del perfume de los tiempos que fueron. En esta isla está el Palacio Real, gran edificio, de estilo Renacimiento italiano, construido según los planos del arquitecto sueco más famoso, Nicodemus Tessin. El interior es de un puro estilo francés.

No lejos de Palacio está el Palacio de la Nobleza, edificado en el siglo XVII, en el estilo Renacimiento alemán: es uno de los más bellos edificios de Estocolmo. También son interesantes las iglesias de la ciudad vieja. La iglesia de Riddarholmen contiene las tumbas de Gustavo Adolfo, Carlos XII y casi todos los demás reyes suecos.

El notable renacimiento de la arquitectura en Suecia durante este siglo puede observarse en varios hermosos edificios de la capital y de otros puntos. Debemos mencionar aquí el Palacio de Justicia, el notabilísimo de la Música, las iglesias Högalid y Engelbrekt, el famoso Stadium y la magnífica escuela de Ingeniería y Arquitectura. Sin embargo, la obra maestra del estilo nacional es el Ayuntamiento, construido en los años de 1911 a 1923, según los planos de Ragnar Ostberg, y que se considera como uno de los más bellos edificios modernos de Europa. Su aspecto es imponente, a orillas del lago, con su elevada torre. Rico, aunque ponderado en líneas y masas, es muestra interesante de una nueva fusión entre lo clásico y lo moderno. No menos notable es la perfección de la mano de obra. El interior del Ayuntamiento da una idea de lo

Fotos

del Patronato

Nacional de Turismo

de

Suecia



El Ayuntamiento de Estocolmo.

mejor que pueden producir en dibujo decorativo los artistas suecos, en este respecto célebres en el mundo entero.

Son muy interesantes los Museos de Estocolmo. El del norte es el centro de la cultura sueca, y sus colecciones representan el progreso de la civilización en el país desde los tiempos más lejanos, y ponen de manifiesto las diferentes edades de la vida sueca.

Desde Skansen se goza de una de las más hermosas vistas de la ciudad, situada sobre una feliz conjunción de agua y de bosques.

El Museo Nacional tiene una colección muy completa de obras de arte sueco, entre las que figuran las de Zorn, Liljefors, Carl Larsson, el Príncipe Eugenio y otros buenos pintores. Las galerías de pintura contienen también muy buenos cuadros de las escuelas francesa, alemana y española, entre los cuales culmina el "Claudius Civilis", de Rembrandt, de fama mundial. También son muy selectas las colecciones arqueológicas de este Museo.

La galería Thiel, de pintura, ofrece magníficas muestras del arte moderno, tanto de Suecia como de otros países.

En los alrededores de Estocolmo hay varios castillos reales, que contienen valiosas colecciones de objetos de arte y mobiliario. El más notable de todos es el Palacio de Drottningholm, sobre el lago Mälär. Fué edificado desde 1662 a 1681, y lo rodea un parque, construido según el modelo de Versalles.

Escondido entre los árboles está el pabellón llamado de la China, una perfecta joya. El encantador teatro, siglo XVIII, anejo al Palacio, era el centro de diversiones en el reinado de Gustavo III. Otro resto de la vida frívola y alegre de la corte de este monarca afrancesado es el delicioso pabelloncito, situado en el parque que rodea el castillo real de Haga, en la parte norte de Estocolmo. No lejos de Haga está Ulriksdal, residencia de verano de los actuales herederos del Trono. La residencia de verano de Rosendal, en Djurgården, edificada en 1820, está ahora convertida en Museo Bernadotte.

Añádase a estas bellezas naturales y retrospectivas de la gran ciudad del norte su notabilísima urbanización, una de las más cuidadas de Europa. El viajero se sorprende de la meticulosa limpieza de las calles, de la disciplina de los viandantes y del cuidado coadyuvante de todos para hacer la ciudad agradable. La cortesía proverbial de los suecos hace que la visita en Estocolmo sea una de las más gratas que pueden hacerse en Europa.



Una muestra de la nueva arquitectura sueca.

Ayuntamiento de Madrid



P. P. P. C. 4. Radio Ciudad (1)

Va a dar comienzo, amadas y amados radiolectores, la conferencia humorística, titulada "Epitafios", original, vamos al decir, del abajo firmante. Mientras el autor prepara sus cuartillas, no olvidéis que lo mejor para los callos es el calzado estrecho.

¡Atención!... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Comienzo con suspiros y lágrimas para ponerme a tono con el tema.

Estos dos endecasílabos han salido al correr de la pluma, sin darme cuenta. Bien es verdad que en verso debiera seguir escribiendo para impregnar de "color local" a esta mi conferencia.

Epitafios. De sobra sabéis que en Roma fué costumbre recordar, en inscripciones grabadas sobre las tumbas, los destinos y grandes acciones que en vida habían tenido o realizado los ciudadanos.

Y, pues que no lo ignoráis, dejadme que aproveche la feliz casualidad de que estamos en el primer centenario del Romanticismo para echar un cuarto a epitafios. Si no lo hago ahora, sospecho que no me sería posible dirigirme a vosotros en el segundo centenario.

Dicho esto a manera de prologoillo, delantal o mandil de mi charla, ambientémonos.

¡Epitafios! Larra, Espronceda; bellas damas pálidas a régimen de vinagre, lágrimas y suspiros; hombres melencólicos, perilludos y "ensombrerados de altas copas"; guitarras que sollozan en íntimo dueto con la armonina (uséase armonium de bolsillo).

Cinco y media de la tarde. Anochece; calles de sauces llorones, cipreses melancólicos; mausoleos; nichos; toses griposas; catarros bronconeumónicos; frío húmedo; estornudos... La capa de Répide; los versos de Marquina. Una pausa; otra pausa; cuatro escalofríos; pañuelos que se agitan sin cesar en, de, por, para, tras las húmedas narices de los últimos románticos.

A buen seguro que mis radioleyentes se preguntarán asombrados: ¿Pero esto es una charla humorística? ¡Epitafios!, ¡lágrimas!, ¡sauces!, ¡suspiros! Y añadirán, "in pectore": "Este tío está como para que le encierren."

Cierto. Estoy como una espuerta de gatos, como estamos todos, desde luego, pero eso no impide que esta charla sea de lo más humorística que se encorambra.

Porque ¿hay nada más gracioso que algunos epitafios? Y tienen gracia los epitafios, porque las más de las veces son el retrato del "epitagrafiado". Que habéis de saber que el hombre no trabaja en esta vida más que para lograr un buen entierro. ¡Cuántas esquelas de defunción, anticipo del epitafio, retratan al muerto y a los vivos que hacen como que lloran!

Risa da saber que un nombre sobre una lápida es el último "grito" de nuestro paso por la vida. Cuando doña Fria Guadalupe de Caronte nos obliga a hacer la última mudanza, hemos de pagar grandes cantidades, a fin de evitar que nos desahucien a los pocos meses, por vez postrera.

El que no compra un pedazo de tierra "yace" con el alma en un hilo, esperando a cada momento que le "echen" de allí, para siempre, y lo que es aún peor: que le pongan a la intemperie de noche y con pala.

Es verdad que en el cementerio todos somos iguales el día que entramos. Todos estamos guardados por el Conserje, de día, y por los fuegos fatuos y el miedo, de noche, pero algunos "viven" aquella tranquilidad unos cuantos años nada más: los que han abonado por adelantado.

En cambio, el que tuvo posibles "vive" tranquilo toda la vida, a menos que a un concejal no se le ocurra hacer una Gran Vía y a la calle otra vez...

Pero no nos pongamos elegíacos y demos una vueltecita por

(1) P. P. P. C. 4, quiere decir en el lenguaje radio-ondístico, Palacio Prensa, Plaza Callao, 4.

EPITAFIOS

(Conferencia romántico-humorística)

POR

ANTONIO ASENJO

"EPITAFIO. (Del lat. "epitaphius", y éste, del griego). M. Inscripción que se pone, o se supone, puesta sobre un sepulcro o en la lápida o lámina colocada junto al enterramiento." Diccionario de la Academia de la Lengua.

"el "cimiterio" y sus alrededores". "El Niño del Sarcófago" nos abrirá el portón "negropolitano", llorándonos esta mala-gueña:

"En el cementerio entré,
pisé un "güeso" y dió un "quejío";
a cogerle me agaché,
y era el Conserje bebío
el "güeso" que yo pisé."

Y ahora, después de llevar al Conserje, beodo, a la casa de los muertos, que es la suya, leamos a la luz de la luna unos cuantos epitafios acompañados por el suspiro de los sauces, mecidos al viento.

Epitafios hay, sobre todo en la antigüedad, dignos de recordarse. Veamos:

De una matrona romana:

"Guardó su casa; hiló su lana."

De muchas matronas de ahora habría que poner: "No entró en su casa; gastó la "tela" de su marido; ganó varias copas en el "tennis"; fumó Muratis..."

Escuchad el epitafio de Alejandro el Magno; dice así:

"Una tumba basta para aquel a quien no bastó el mundo."

El epitafio de Virgilio es de Virgilio; vamos, de un gran poeta.

Dice:

"Mantua me dió la vida; Brindis, la muerte; Nápoles, la sepultura."

"Canté los ganados, los campos y los guerreros."

También hay epitafios poéticos "chipén".

¿Quién no se ha conmovido leyendo el esculpido en la tumba de Alfredo de Musset, "por los amigos del autor de la "Vi-da de Bohemia"?"

Dicen así los versos del poeta, bastante mal traducidos, por cierto:

"Cuando yo muera, queridos amigos míos, plantad en el cementerio un sauce. Amo su lánguido follaje y la dulce palidez de sus hojas; su sombra será ligera, a la tierra en que yo duerma."

En efecto, junto al mausoleo del autor de "Las noches" un



sauce llorón poetiza la melancolía de aquella Meca del sentimentalismo. Tantas bellas modistillas y tantos estudiantes van a diario a llevar flores al poeta y a llevarse un ramito del sauce, que ha sido preciso poner guardas para que el árbol, amado de Musset, no desaparezca por completo.

Magnífico el epitafio de Pardo de Andrade, señor de Puente-dume:

"Pequeno de corpo
e grande de esforço,
bo de rogar
e mão de forzar."

Pero dejemos los epitafios serios por los humorísticos; y a reír, hermanos, que para eso nos enfriamos en pleno "cimiterio".

Escuchad uno que hemos leído en el cementerio de Badajoz. Es superbo. Dice así:

"¡Marianita! Nos dejaste a los cinco meses; qué pronto empezaste a darnos disgustos. Tus padres no te olvidan."

¿Pues y éste, que podéis leer en el cementerio de Cabezón de la Sal?:

"Ya murió mi bella amada,
el astro más refulgente,
le cogió un dolor de vientre,
y a las veinticuatro horas
estaba de cuerpo presente."

Vaya cinco versos rezumando salero.

El que vais a leer es de lo bueno, bueno, lo aguanoso:

"El que está aquí sepultado
falleció, desventurado,
porque no pudo casarse.
¡Cuántos mueren de acordarse,
del día que se han casado!"

En el cementerio de Santander había, hace algunos años, el siguiente epitafio:

"Calma, padre, tu dolor,
cese ya tu desconsuelo,
que yo me voy a la gloria,
donde me espera mi abuelo."

En el ya derruido cementerio de Espada, en La Habana, se leía en una tumba:

"Aquí yace el Coronel vivo y efectivo Don Fulano de Tal."

Tampoco es malejo el del fundador de la villa de Redondela (Pontevedra):

"Aquí yaz quen sempre faz,
Aquí yaz quen sempre vela,
Aquí yaz Joan Corelles,
Fundador de Redondela."

Ayala escribió su epitafio y le encargó a Arrieta que no dejara de ponerlo en su tumba. El gran músico no lo hizo, porque Ayala había escrito:

"Aquí descansa Ayala.
Ya no tose."

En el poético y diminuto cementerio de Padua, patria de San Antonio, la autoridad hizo quitar de una florida tumba el siguiente:

"Caminante: detén el paso y reza una oración por el alma de la bella Antonina, que por vez primera reposa con los pies juntos."

¡Quién hubiera conocido a la bella Antonina!

También merece recordarse el famosísimo epitafio de Quevedo a una "dueña", que comienza:

"Fué más larga que deuda de tramoso."

Y termina:

"...y muerta pide y enterrada engaña."

Sea imperdonable olvidar este magnífico pareado:

"Aquí Fray Diego reposa,
en la vida hizo otra cosa."

En el cementerio del "Père Lachaise" hemos visto el siguiente epitafio-reclamo:

"Aquí yace Mr. Dufanell, que fué un buen padre, buen marido y buen comerciante. Su inconsolable viuda sigue al frente de su acreditada "Boulangerie" (panadería), Rue Grenelle, 235."

Precioso el esculpido en el mausoleo de una esposa; dice así: "Te espero. Junio, 1895."

Debajo se lee:

"Ya estoy aquí. Enero, 1925."

Treinta años estuvo esperando la pobrecita.

El padre Fray Antonio de Guevara cita en sus "Cartas familiares" (siglo XVI) varios epitafios, de los que copiamos éste, que vió en un Monasterio de Santarem:

"Aquí yaz Vasco Figueira, muito contra a sua vountade."

Este otro le vió en el Acedianazgo de Trasancos (Mondodó):

"Aquí yaz Vasco Bello, home bôo y fidalgo, que trazendo espada, a nengun mató con ela."

Muy digno de ser consignado es éste, que aún "vive" en una iglesia de Navarra:

"Aquí yace doña Marina, que murió tres días antes de ser condesa."



En Madrid, y en uno de los más poéticos cementerios, he leído:

"Aquí reposa la señora doña Fulana de Tal y Tal, Duquesa, Condesa y Baronesa. Murió a los seis meses de edad. Rezad por ella."

Y, para final, voy a transcribir unos cuantos vistos por mí en el cementerio de..., tente lengua. No os diré en qué cementerio, pero, palabra, que no son inventados. Escuchad.

DIBUJOS DE MIGUEL GOMEZ

Sobre una lápida, un escultor ha "labrado", en magnífico mármol de Monóvar, un libro abierto y dos clavos. Debajo se lee:

"Aquí reposa Angelito Monzonís. Murió a los dos años. Su afición fueron los clavos y los libros."

Los dos que siguen también "se las traen".:

"Yace aquí José Lastraey,
Cursante en Filosofía,
Que murió cuando debía
Ser soldado por la Ley."

"También yace su hermanito,
que de seis años murió
del destructor sarampión,
y se llamó Manolito."

Y ahora, a manera de colofón, como si prendiéramos fuego al castillo grande de los fuegos artificiales, un "soneto de diez versos", que es de lo más grande que se ha esculpido en lápida mortuoria. Dice, al pie de la letra:

"A la temprana y párvula muerte de mi sobrino Andresito, su tía, indignada, le dedica este soneto:

¡Oh, niño muerto en tu niñez temprana!
¡El bárbaro doctor fué tu verdugo,
Y cuando en ello pienso, el ceño arrugo,
Porque perdiste tu beldad tan sana!
¡Me acuerdo que un domingo por la mañana
Te tragaste una espina de besugo,
Y al ignorante médico le plugo.
Ponerte sanguijuelas. ¡Cosa vana!
Pero al cumplir con su deber las sanguijuelas,
Montado en un querube al cielo vuelas."

¿Hay gracia o no hay gracia en el postrer epitafio? Humorismo, y del más "suculento".

Y como todo tiene término en este mundo, hago punto, no sea que algún radiolector me radioespete mi pitafío.

Por las tijeras y la goma, que no
saben firmar,

A. A.



C E U T A

Ceuta es eso, y nada más:
la calle de Andalucía
para llegar al Islam.

—Como Ceuta es sólo eso,
a mí lo mismo me da—.

¿Presos en el Hacho? ¿Y qué?
Mañana nos soltarán
cuando el cañón de las doce
caiga de cabeza al mar.
Unos marcharán a España;
otros, para Tetuán.

Y si se quedan en Ceuta,
a mí lo mismo me da,
porque Ceuta es sólo eso
—eso sólo, y nada más—:
la calle de Andalucía
para llegar al Islam.

Ceuta es un pañuelo blanco
a la orilla de la mar.

VERTICAL MARROQUÍ

Por ANTONIO OTERO SECO

C A S A B L A N C A

1.

Casablanca tiene un cine
con una mora en la entrada.
La mora sabe tres lenguas,
pero es francés lo que habla.
Casablanca tiene un cine
con una mora en la entrada,
y cien bigotes franceses
entre las blancas chilabas.

2.

Si el Koram te lo prohíbe,
moro, no bebas champaña.
Mira que luego se entera
el muezzin que te emborrachas.
¡Ay, las voces del muezzin
en el cielo encaramadas!

3.

Peinetas de las mezquitas,
clavadas en Casablanca!

4.

Sueños de cal y de arena
guardan voces desveladas.

(En las altas azoteas
se suicidan las miradas.)



T A N G E R

Tánger me sabe a manzana
—tú y yo lo sabemos bien—
podrida dentro del agua.

Tú y yo lo sabemos bien.
Tánger: un morito negro
bailando en un cabaret.

Tánger: un morito negro.
Y una calleja sombría
alfombrada de silencio.

En la calleja sombría,
mujeres de las tres razas
y una luna sefardita.

Mujeres de las tres razas
—Marsella, Nubia, Pekín—,
y en la mano, una manzana
—tú y yo lo sabemos bien—
podrida dentro del agua.



... y se forjan una novia de Puck vestida de seda, con infinidad de cintas, y con miles de botones de cristal por todo el vestido, y muy perfumado, y con la cara parecida... ¿a quién?

Puck, vendedor ambulante por Felix Gite Rodriguez

Vengo del país de los mirlos, y me llaman Puck. Tengo un ojo de vidrio, pero nadie lo sabe. Con él miro las cosas tristes, y no lloro, porque los ojos de vidrio tienen esta rara propiedad. ¡A ver quién viene a comprarme mis tesoros sin precio! ¡Traigo todo lo que puede venderse, y traigo cosas que nadie se atrevió a vender jamás! ¡Me llaman Puck, y soy alegre como la sal en la sopa y el azúcar en el chocolate! ¡Traigo cintas de todos colores, botones de cristal, telas de seda, que de finas no se ven; sueños de soldados galantes y apuestos para llenar las noches vacías de las niñas que empiezan a ser mujeres; sonrisas para las bocas de las viudas jóvenes; camafeos encantados; filtros de amos! ¿Quién se atreverá a dejar pasar a Puck con sus tesoros?

¡Me llaman Puck, y mi vida es como una mañana de domingo, tan larga como los caminos que van al cielo! Mis anillos de boda redondean la felicidad. ¡Cintas de todos colores; polvos de arroz con aroma de jazmín; ungüentos, cordiales, bálsamos! ¡Puck regala a las niñas que le compran la voz de los astros que gobiernan los secretos del amor!

¡Aquí está Puck con su mirlo, su acordeón y sus riquezas! ¡Tararí, tararíiii!...

La calle, la mañana y el alma jovial de las casas encaladas de blanco, de azul, de ocre, se han llenado de Puck y su pregón. Tiene resonancias inexplicables el trozo de balada que va reconstruyendo el mirlo, en el agua de la fuente, el sol que desnuda justamente la mitad de la calle, y la algazara de un niño que corre persiguiendo a un gato alocado.

Puck monta su tenderete en la plaza, sin interrumpir su pregón. Burlonamente se ha puesto un clavel detrás de la oreja, para tirarlo más tarde a la primera muchacha que pase y le sonría. Puck canta ahora, con palabras de otras tierras, una canción que no tiene sentido y que sólo el mirlo se atreve a repetir. Las niñas se le acercan con un revuelo tímido de alondras curiosas, y Puck canta para ellas el romance de un pueblo de duendes que nunca fué a la guerra y que tenía siete grandes ciudades, todas en fila, dentro de una caña de bambú. Los ojos de las niñas son ahora de esmalte húmedo, por el anhelo y la sorpresa. El mirlo se ríe por todas sus plumas, y Puck le tira una palabra gorda, espesa, áspera, que nadie comprende, pero que todos saben es una blasfemia, porque el mirlo se calla y mira para otro lado, avergonzado.

Nadie en el pueblo sabe de dónde viene Puck, cuando llega, siempre en el mes de mayo. Nadie sabe dónde nació, ni si tiene hermanos, o una casa, o hijos; ni si se le murió nunca nadie, porque él responde siempre con palabras tan ligeras, tan enigmáticas, que, al mismo tiempo que no sirven para construir nada, sirven también para que todos construyan mil imágenes distintas de Puck. Así, los hombres en la taberna hablan de que tiene dinero ahorrado en otra tierra, y hasta un almacén. ¡Un almacén!... Y los que escuchan al que aventura esta suposición dicen: "¡Ah!... ¡Oh!..." Y se po-

nen enseguida a imaginar un gran caserón lleno de cajas, repletas de cintas, botones, perfumes, telas y otras cajas más pequeñas, que no aciertan a decirse claramente qué guardan. Y las mujeres piensan si Puck tendrá hijos, y cómo serán; y los niños se cuentan entre ellos que sí, que Puck tiene un padre y una madre, como cualquiera, pero que no son iguales a los de ellos, porque son así... ¿Cómo? De otra manera... Y a las muchachas se les ocurre comentar si Puck tendrá novia, y se forjan una novia de Puck vestida de seda, con infinidad de cintas, y con miles de botones de cristal por todo el vestido, y muy perfumado, y con la cara parecida... ¿a quién? Y aquí ya no aciertan a responderse, y se marcan riendo, preocupadas, diciéndose que sí, que le han de preguntar a Puck cuando vuelva. Cuando vuelve Puck le preguntan:

—¿Tienes novia, Puck? ¿Cómo es? ¿A cuál de nosotras se parece?

Y Puck se ríe, y se ríe el mirlo, y ellas también se ríen. Hay un momento en que, sin saberlo, se ríen también la calle, las casas y hasta los grandes castaños que tienden su sombra sobre la hierba para que Puck monte su tenderete.

—¡Adivina adivinanza! Mi novia se parece a todas vosotras, pero no puedo decir a cuál se parece más.

Y Puck hace un guiño con su ojo de vidrio, ese ojo que sonríe siempre, como si se creyese un ojo de verdad.

Puck viste de verde, lleva sombrero alón con una pluma de muchos colores, con la que barre la hierba de la plaza cada vez que pasa una muchacha, y él, gentil, le hace reverencias; y fuma continuamente una pipa muy grande, de la que sale el humo por la cabeza amarillenta de un tigre. Años hay en que se le ve arrastrar un poco la pierna izquierda, y entonces el mismo mirlo está tristón, cohibido, como si fuese él quien arrastrase una pata y le doliese y esto le pusiese de mal humor; y hay otros años en que Puck se mueve ligero, con gracia de planta flexible, y entonces dijérase que, tanto él como el mirlo, han olvidado piernas y patitas y se mueven sólo con las alas, un poco en el aire, suspendidos, como sin darse cuenta.

A todo el mundo, en el pueblo, le ha ocurrido infinitas veces preguntar: "¿Qué edad tiene Fulano?" Pero a nadie se le ha ocurrido nunca preguntar: "¿Qué edad tiene Puck?" Porque la edad de Puck no se pregunta, ni se supone, ni se dice. La edad de Puck es la edad de Puck, y nada más. Y esto es como si no tuviese ninguna; como si estuviese hecho fuera de los días, y los meses, y los años, resbalando dulcemente por una eternidad de pregones y gentiles bribonadas. Sólo una vez ocurriosele a un niño preguntara otro: "¿Crees tú que Puck fué niño alguna vez?" Pero fué tal la confusión que edificaron sus dos fantasías, que, temerosos, decidieron al fin que no, que no sabían, que tal vez; y echaron a rodar con sus aros las suposiciones, y Puck quedó incólume, como siempre: Puck, y nada más.

Así era Puck, y así es en la memoria del pueblo.

Porque ya hace cuatro años que no viene Puck con el gentil mes de mayo, y todos siguen hablando de él, como si acabara de estar allí. Y se dicen: "¿Recuerdas lo que dijo Puck cuando estuvo aquí por mayo?" Y ya no dicen más, como si Puck fuera mayo y mayo fuera Puck, y todos los mayos de todos los años, ya para siempre, trajeran a Puck entre sus flores; semejante a las mariposas, que vienen también en ese mes, y todos dicen: "¡Vaya, ya están aquí las mariposas!", pero a nadie se le ocurre pensar que son otras, distintas de aquellas que estuvieron allí otras veces.

Y así, despacito, con su música, es como vive Puck su eternidad.

Del libro en preparación BIOGRAFÍAS IMAGINARIAS.

ILUSTRACIONES DE ARTECHE



Así era Puck, y así es en la memoria del pueblo.

CARTA A BRUTO

Por ENRIQUE AZCOAGA

Contar es lo importante...

Amigo: Cuando hayas abierto el correo te habrás sorprendido. No es tu padre, tu madre o tu novia los que se ocupan de ti. Hay uno más. Estás acostumbrado a que en tu empleo, y como guía para tu actuación en la ciudad, el padre, desde el lejano pueblo, te recomiende prudencia, cautela, "vista". Solo hecho a que desde el mismo lejano lugar, la madre, contra el frío, te aconseje la práctica bufanda y en verano no un exceso de duchas. Recibes de vez en cuando un pensamiento bien pensado en el devocionario o en la novela folletinesca de tu novia lejana—¡y menuda moza!—; la machaconería de sus palabras, que "te quieren siempre y por encima de todo", cierta postal cursi iluminada con un sucio puro, un blanco sobre y una blanca paloma, etc., etc. Pero lo que nunca te había sorprendido era una carta impresa.

Tus heroicidades—mantenerte, sobrevivir, poder ir al cine a contemplar esas "buenas películas de terror", sostener unas relaciones a fuerza de cafés, medias tostadas y delanteras de paraíso los días festivos (porque mira que desde allí se ve bien), y prepararte dignamente para el matrimonio—te valían siempre el aplauso de los tuyos, la estimación del dueño del zaguami de tu lugar, en el que de todo se vende, y la generosa bendición del clérigo de la aldea. Nunca pensaste que a ti se te pudiera enviar una letra impresa. Jamás que desde las columnas de un periódico se te recordara letra a letra cierta galerada que al calor de un sobre y condecorada por un sello con barbas de Ruiz Zorrilla, Costa o de Ramón y Cajal, días antes en tu ordinario correo, habías recibido.

Nunca, sin embargo, dudaste de la paciencia de los escritores. Poco te preocupó el que "predicar en desierto fuera sermón perdido". Y hubiera resultado excesivo pensar—que tú pensarías—que un escritor había concebido la idea de hablarte lenta, epistolamente, de lo humano, lo urbano y lo divino. Que un escritor que cree nuestro tiempo poco apto a las sorpresas, con lo por todos olvidado, deseara sorprendente. Encantarte, si podía. Hacerte comprender que el hecho de no estimar una obra de arte, aplaudir una reforma pertinente o considerar en su estricto valor un suceso nacional o mundial—artístico, político, literario, sociológico, vital—depende quizá del temor que los escritores tienen de dirigirse a ti, simple, llana, lisamente.

Ellos no pensaron—y en eso de ellos, al originar estas cartas, solamente nos diferenciamos—que al dirigirse a ti nadie se da por aludido. Ellos no pensaron que tú, que por aludido no te das, sirves para que los demás, indirectamente, se preocupen. Ellos dudaron de que dirigirse a ti, que es el hecho más intrascendente de la vida—¡y júrame que no te enfadarás!—podía tener alguna trascendencia.

Nosotros pensamos lo contrario. La literatura, creemos, hubo un día que se elaborara para que los lectores reaccionasen aludidos. La literatura se hizo a veces para llamar al lector. La literatura de muchos escritores nace hoy, sin embargo, más que para aludir, para los que se dan por aludidos. Por este camino, amigo, la literatura va al precipicio. Hay, para evitar tan triste muerte, que suprimir al aludido, y al que como aludido se encocora, sobre todo en la literatura periodística. Hay que, en lugar de aludir, "hablar de", y no monologuando, sino hablar contigo de esto y de aquello, de todo lo que a nuestra vista, con defectos o virtudes, baile a una segunda persona inmutable. Lo más, tú, Bruto amigo. La más, el bruto más bruto de todos los brutos. Que al no querer aludir, contándoselo a él, todo quedará en el aire como una mariposa: sujeto y en vuelo.

Porque nosotros pensamos que tú, que no vas a lo tuyo—sino que lo tuyo te lleva—; que tú, que jamás sabes—unamunescamente—meter en la vida tu "morcilla", porque tienes la tripa siempre a punto, pero te falta el grano, podías escucharnos. Pensarlo y hacerlo; pensar y escribirte la adjunta carta fué todo uno. Perdona que tantos por ella te llamen bruto. Perdona que tantos por nuestros envíos se sorprendan de que puedas merecer mi atención sin enfadarte, y que al no sentir tú la alusión, yo goce extraordinariamente viendo que nadie me lleva la contraria.

Porque contar, amigo, es lo importante. Pensaste a veces que lo imprescindible era bien vestir, marchar mejor, redactar justamente epístolas, no tropezar en los pasillos de los teatros, vivir para ti, en suma. Pensaste alguna vez que lo magnífico hubiera sido llegar a ser ministro, debutar como protagonista de una buena ópera y entonar gentilmente arias sin cuento. En muchas ocasiones, ¡llegar!, gastar copa y hongo, poder estar abonado a todos los estrenos, estrechar la mano de un concejal, con quien siempre tomar café, escribir un gran drama de tesis o construir una novela "bien vivida" hubiera sido tu ideal. Observaste demasiado que una carta a tu novia por nadie jamás fué aplaudida. Comprendiste frecuentemente que los niños—los hijos de tu dueño, los infantes de un amigo—, al sentirte contar los cuatro o cinco cuentos que de tu infancia recuerdas, se aburrían, y a menudo te aseguraban no parecer verdad. Tartamudeaste al apartar tu entrada en la taquilla. Te avergonzaste al no encontrar palabras con que advertir a una señora la caída de su bolsillo. Toleraste que un reumático, que pisándote fuertemente dejó en ridículo su reuma, creyéndose ofendido por tropezar con tu pie, te increpara muchas veces. Y todo, por al contar no darle importancia.

Hace tiempo te hicieron pasar por la vergüenza de no haber respetado a la mujer del prójimo, por atropellarte al hilvanar tus palabras. El empleado de Correos creyó que no sabías llenar el impreso telegráfico, porque no te dió tiempo a explicarte. En la tribuna parlamentaria, uno "de los de tu idea" te deformó la rosada calidad—¡tan sana!—de tu rostro, porque queriendo unirse a su contenido y redoblarlo, se te trabucó la dicción y te creyó adversario. Y siempre—es una de tus penas—, al pedir chocolate con churros en la modesta chocolatería, te sirvieron chocolate con buñuelos.

Sin embargo, contar nunca te pareció importante. Sin embargo, saber contar jamás te pareció preciso. No te importó machacar, no te importó tartamudear, no te importó que te

equivocaran, y sigues, por no pararte y aprender a contar, ingiriendo buñuelos en lugar de churros.

Para rogarte lo contrario es la presente.

A tu tienda no habrá llegado la noticia de la decadencia de la novela, y yo, por ello, te la escribo. ¿Y sabes cuál es la causa de que la novela decaiga? Pues—¡qué casualidad!—el que muchos escritores, como tú, frente al triunfo del reumático que te increpa, del camarero que a comer churros te obliga, y al lado del que impertinente e ineducado te llama, no quieren enterarse de que saber contar es elemental. De que contar es lo importante.

Por ahí hay ciertos charlistas, que los amigos de tus tíos—los que viven en la calle de Lista—, te ponderan. Pues esos, como tú, son el barómetro de la depresión, que origina en lo espiritual español el no saber contar. Ellos, como tú, no encuentran motivo en el cuento para, sin afectación ni gestos de actriz coja y aflautada, interesar. Ellos, como tú, amigo Bruto, creen que hay que accionar, hablar de temas sensacionalistas, plantear para preocupar situaciones de gran espectáculo...

Olvidalos, amigo. Olvidate y atiende. ¿Te preguntaste en tiempos qué fuera hablar? ¿Te existió saber lo que contar suponía? ¿O confundiste contar y hablar lamentablemente?

¿Viste, quizá, alguna vez, un río? Pues contar es ser río. Como un río discurrir. Como un río enriquecerse de las reverencias de los árboles y del azul del cielo. Contar es hablar sobre las cosas, pero no enfáticamente al aire (que para hablar al aire es preciso ser esa cosa tan difícil que resulta un poeta). Contar es, precisamente, medir nuestro personal énfasis. Medir el enfatismo personal en los collares que el río de nuestras palabras a las cosas brinda.

Contar, Bruto querido, no es como creyeron los novelistas decadentes, los charlistas y los brutos como tú: hablar de las cosas. Los ríos no hablan del cielo, ni de los árboles ni aun de las piedras o de los aves que por encima de ellos se hacen más puras. ¡Si eso fuera! Probablemente es lo contrario. Y si te asusta, por lo menos, muy diferente.

Si te dijera que contar es convencer a las cosas, prométeme tu claro entendimiento. Si yo al oído te susurrara que contar es lograr que las cosas hagan causa común con el caudal transparente de nuestra alma, no gesticules, Bruto ausente. No asegures con facilidad: no entiendo esas palabras. Porque es que entonces sabes muy poco de la gracia. Porque es que entonces, cuando fuiste de merienda, sólo procuraste colocar en el río tu botella para que se refrescase, y siempre es preciso ver que el agua es el canto fiel de los guijarros de su fondo.

Muchas veces te ocurrió, sólo poder decir de un suceso, que era bonito, turbio o desgraciado. Muchas veces te cortaste al hablar de lo que te produjo placer, alegría y hasta risa. Fueron varias las ocasiones en que, en lugar de subrayar la gracia, reíste, y en vez de destacar la tristeza, lloronamente gesticulaste. ¿Qué te pasaba?

Bien lo decías: "¡Si yo tuviera facilidad de palabra!" Y despreciaste esta afirmación: ¡si yo supiera contar! No escribir, claro, ¡horror campomoriano! No transmitir, levantando la piedra de una sensación, ante un suceso, que eso es ya la cascada, o la espuma, o la onda, sino, simplemente, recostar tu seguridad en las cosas.

Contar—y heriste al río que tú ensuciaste con los restos de una gran tortilla—es, ante todo, tener seguridad. El que sabidamente cuenta, es el que con su voz en el mundo, bien medido, se sabe y se sostiene. El que con ese gozo que nos concede la palabra exacta—y la palabra exacta es cifra y ambiente, signo y son—, no tiene por qué preocuparse de su razón, cuando sus palabras son ya algo más que guarismos débiles de una razón ordenada. Contar es ver, con la luz en nuestros labios, el suceso de las cosas, con su aire y su música, justificando una música y un aire personal, garbosos.

Tú crees que es contar en todo caso enumerar. Tú crees que el detalle tiene algo que ver con el cuento. Y no. Las cosas, para el que bien cuenta, no están ahí, secas, escuetas, determinadas. Las cosas, para el que bien cuenta, están ahí logrando una sinfonía. En el que cuenta, la sinfonía de sus palabras.

Ver el mundo sinfónicamente no es algo fácil. Tú muchas veces, asomándote por la trastienda, has cantado al patio. De ningún modo el patio te contesta. Y, sin embargo, cuando sinfónicamente se ve el mundo, hablar al mundo o hablar de ese mundo, ya es contar. Porque es que entonces, sin suponerlo, hablar del mundo te importa tanto como hablar de ti, y es generoso. Porque es que entonces, sin suponerlo, sin darte por aludido, contando lo que no crees tiene gran importancia, te nos cuentas.

Cuando contar no sabes, o no sabes en qué consiste contar, hablar de las cosas es atarte. Cuando contar ya sabes, porque ya sabes en qué consiste contar, hablar de las cosas es darte—desatarte—simplemente.

Y eso es lo que importa, Bruto. No estimarse tanto. Huir de lo esquivo. El que nos cuentes cosas. El que contemos cosas. Contar las cosas, en suma. Porque sin darte cuenta, a las cosas te cuentas.

Pero dirás: ¿y por qué contar cosas? ¿Por qué no hablar de las cosas?

Hablar de las cosas, sí, pero sin perderlas de vista. Ese respeto es lo que trueca la narración en cuento. Salir dispuestos de las cosas a contar sus límites, pero sin que los límites se pierdan de vista por nuestra mirada.

¿Qué eso es limitarse? Sé, Bruto, amigo, pero no seas bobo. Eso es engrandecerse. No olvides nunca que Fray Luis escribió "Morada de grandeza". Nunca nos habló Fray Luis de León de la grandeza al aire, de la grandeza al aire libre. Sé que dirás, que por qué molestar a Fray Luis. Pero no temas. Fray Luis no se ofende. Precisamente está siempre en estas dos palabras vivo, enseñando a contar. Fijate bien: "Morada de grandeza". Grandeza en morada. ¿No ves? Contar es lo importante, porque vistas las cosas grandemente, logrando ver las cosas como una sinfonía, decirlo es ampararlas. Es a nosotros referirlas. O referirnos a las cosas. O—¡y si que es curioso!—lograr, contando, vivir.

¿No sabías eso? Pues no te acuestes sin saberlo, porque esa es la mejor lección de los poetas: contar es ayudar a vivir. Lección que puedes aprender si, mirando los ríos, observas su mansa alegría por ir contando a su través purísimo los detalles de su fondo y cauce. Lección que puedes aprender si alguna vez ves pescar. Que la sofoquina de espumas de los ríos, cuando el ladronzuelo deportivo les arranca el pez, siempre más bello, se debe a que, muy enfáticos, con discurrir sobre las cosas majestuosamente se conforman, y no permiten ingerencias pícaras, sino vidas, amigo Bruto, que igual que ellos discurran.



POEMAS DE LA MAR

Por ALEJANDRO CASONA

QUERENCIA

Mi barco nació en el monte;
era un abrazo de pinos
verdes en el horizonte.

Hoy, salobre y mareante,
¡qué alborozo de la costa,
y qué relincho de savias
en los mástiles sin hojas!

Verdes pastos de mi sangre,
 pinares de la ribera,
campo verde, viento verde...
¡Capitán, cuando yo muera,
entiérreme en tierra verde,
de cara a la primavera!

EL BARCO CIEGO

Senderos de la mar...
La mar tiene senderos
donde todos los días
pisan los mismos vientos.

Mi barco marinero
repudió los caminos,
erizados de remos.

Mi barco marinero
se dejó los relejes
y las sebes del viento.

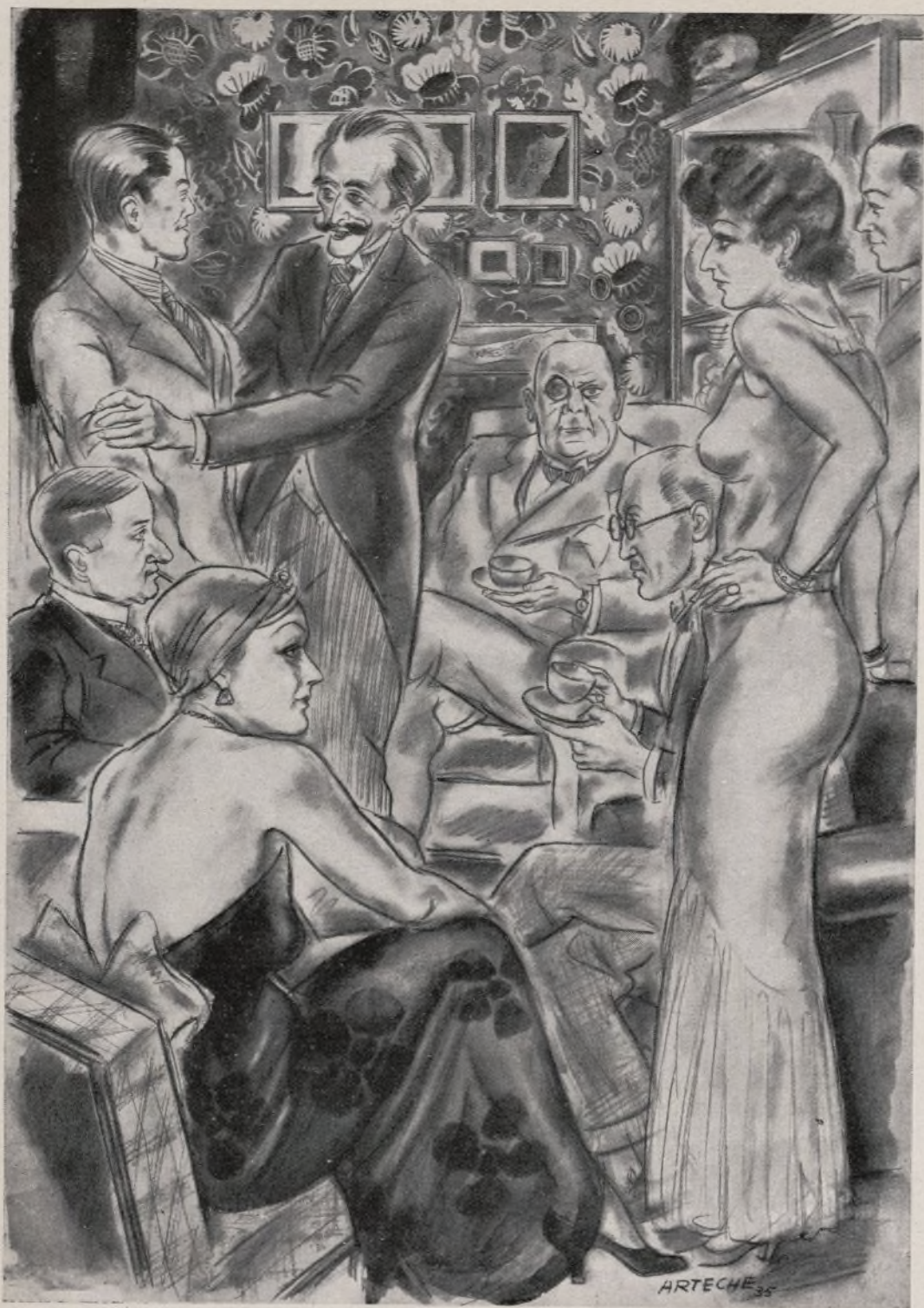
Y afilaron su proa
los oleajes nuevos;
y se vendó los ojos
para no ver el puerto.

Rodeado de noche,
mi barco marinero
deriva sin orillas,
cantando a campo abierto,
tropezando en las olas
a tientas con los remos...

¡Las estrellas repican
sobre mi barco ciego!

DIBUJO DE HORTELANO

Ayuntamiento de Madrid



Cherubini recuperaba entonces su sonrisa disecada y se echaba a palpar otra vez lomos y a elogiar carnes.

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

A través de mis frecuentes excursiones por la psicología de los tipos extraños he llegado a concretar una ley general para mi uso particular, pero de la que hago generosamente partícipe al lector, a fin de contribuir al acervo de su cultura. Y es ésta: Los espiritistas suelen ser al mismo tiempo, sin saberse por qué sutil relación, vegetarianos, anarquistas individualistas, esperantistas, internacionalistas y practicantes de los baños de asiento, preconizados en la medicina naturista, crudívora y helioterápica del doctor Khüne. A su vez, los anarquistas suelen ser esperantistas, internacionalistas, crudívoros, etc. Y los esperantistas, muy frecuentemente, son naturistas, anarquistas, espiritistas... y así sucesivamente. Desde el año 86, este complejo mágico-dietético-filológico-social, proliferó una nueva rama: la necrofilia trascendental, que no tiene nada que ver con la sucia práctica de quienes desentierran los cadáveres con fines aviesos y freudianos, ni siquiera con quienes los entierran con el simple fin de enterrarlos. La necrofilia trascendental es una forma de tan ardiente amor a los cadáveres, que no se detiene hasta verlos reducidos a cenizas. Para evitar confusiones, yo propongo el siguiente neologismo: "necropiría"; a sus practicantes se les llamaría "necropíricos", con lo cual propenderíamos a enriquecer nuestro idioma con unos cuantos vocablos de gran dignidad clásica. Pero no divaguemos.

Vengo a que en la tertulia del Dr. Herr von Strumdium—miércoles de Buenos Aires—, doctor en contrapunto, *Kontrapuntichdoktor*, coleccionista de cueros tatuados, telas aborígenes y de estafalorios seres, conocí al no menos doctor Ercole Cherubini, que era un gran apóstol de la cremación de cadáveres. Tan dominante había llegado a ser en él la benéfica manía de convertir en pavesas los restos de sus semejantes, que este elemento de su complejo psíquico había terminado por devorar en su llamarada todo el espesísimo bosque de las otras preocupaciones higiénico-sociofilológicas. Hasta tal extremo, que el doctor Cherubini co-

mía otra vez chorizos y tallarines "al pesto", se daba sus buenos suspiros de "grappa", no le concedía la más remota importancia a las virtudes dietéticas de la nabiza y hasta había dejado de recitar aquella bellísima oda en esperanto, que empieza:

Tamparakatia masuta liviana
nos trumbia lasziat what jeta loká
and la rebumbia fargalla gagá
la trinkapeida kañiza lontana...

—Bueno, bueno... ¿Cuándo me firma usted eso?—era la pregunta que a todos nos formulaba Cherubini cada miércoles de los cincuenta y dos miércoles del año y de varios años.

Eso era nada menos que el compromiso de cesión del cadáver, poniéndolo a las órdenes del Comité Internacional de Cremación. La pregunta era hecha con un tono entre amenazante y guasón, mientras por bajo el alerillo de las cejas de cáñamo nos pellizcaba con unos guiños de azul desleído, entre mansurrones y cínicos. A veces me cogía por ambos brazos, a la altura de los bíceps, y exclamaba con una delectación enteramente culinaria:

—¡Estos son músculos! ¡Menuda hoguera! ¿Cómo osaría usted dar esta maravilla a los gusanos?...

Y la risa se le hacía macabra, llenándosele de huesos amarillos entre cartones, menos los cuatro superiores que tenían el muerto verdín de estanque de todos los dientes postizos de la ancha tierra.

—¡Firme usted, hombre, firme usted!

Y alargaba sus papeles sebosos, con los *Sres. D.* y las líneas de puntos

—Y usted, señorita Clara—le decía a la ex joven contrato, clasificada en la colección de Herr von Strumdium

MANIA Y TRANSITO DEL DOCTOR CHERUBINI un cuento de EDUARDO BLANCO-AMOR

como safista intelectual—, ¿qué diablos espera? Un día de éstos, al salir del teatro, la asesinarán los cuchillos de la pulmonía e irá usted a pudrirse lenta y sucitamente en un nicho, mientras pasean sobre estas bellas carnes los *curto-neuros*—aquí se le engolaba la voz, tomando tintes académicos—, las legiones de menudos dípteros repelentes: la moscarda verde-metálico, llamada con nombre de égloga "lucilia"; después, la "magnífica sarcófaga", vestida de *soirée* con su capa purulenta de rayas negras y amarillas. Cuando este moscón suntuoso, amiga mía, entra en la horrenda escena de la putrefacción, "la piel del cadáver—dice un tratadista—toma un color entre amarillento y rosa sucio", menos el vientre, que es de un túrgido verde claro, tirando a cebolla, y la espalda, que toma unos violados tintes de gangrena. En cuanto a sus maravillosos hombros, hoy cubiertos de manteletas y armiños, se escoriarán en la putrefacción butírica, semejando áspera piel de queso Provolone. Luego, ese rostro, hoy terso (en realidad, no era tan terso), se irá destilando en unos goterones ácidos, que se conocen como sebos...

—¡Por Dios, Cherubini, cálese, cálese, con todo ese asco y ese horror!—decía espeluznada la apócrifa princesa rusa de Orloff, que vivía de la cartomancia.

—Nada de falsos terrores, señora mía, que esa es la verdad cruda y desnuda, y lo que hay es que cocerla y vestirla de rutilantes llamas—contestaba el apóstol de la cremación, y añadía, sopeteando el chocolate—: Y eso que no quiero hablarles a ustedes de las reiteradas generaciones de insectos carnívoros, provistos de largas cerdas dentadas, de las nubes de menudos escarabajos...

—¡Por Dios, por Dios, Cherubini!...

—... Y luego, ese espanto de la fermentación amoníacal y la invasión de unos ácaros ganchudos, que la emprenden con los restos, momificados ya...

—Bueno, señores: esto es intolerable—terminaba diciendo el agitado concurso, y pasábamos todos al salón, colgado de miniaturas francesas, telas calchaquíes y pequeños marcos de hueso, conteniendo delicados tatuajes humanos.

El Dr. von Strumdium, con su monóculo opaco en un ojo sin ojo, se hundía en su butacón color gris rata, sonreía con fofos carrillos colgándole de las mandíbulas degeneradas y el ojo sano, bociudo y saliente, en forma de media nuez, se le cubría de sucios gozos, sin motivo aparente.

Cherubini recuperaba entonces su sonrisa disecada y se echaba a palpar otra vez lomos y a elogiar carnes:

—¡Qué cadáver, señor, qué maravilla! Nada, nada: usted, con esas grasas jóvenes y esos músculos elásticos, sería cuestión de un momento. ¡Biumf!—e imitaba con las manos la expansión de la llamarada en el aire.

—Pero ¿es que usted no piensa nunca en usted—le pregunté un día, amoscado—, en esos parches de tambor que le cubren el esqueleto? ¿No se los imagina usted ardiendo como periódicos atrasados?

Cherubini se ponía entonces sombrío y contaba otra vez su historia, mimándola con teatrales miradas oblicuas y rechinar de dientes. A veces se mordía el codillo del índice y mascullaba sucias palabrotas de *vendetta*, en esquinado lenguaje dialectal, del Sur italiano.

—¡Yo no puedo morir, no debo morir, me está prohibido morir!

Y zaqueaba a pasos huesudos, de hombre de trapo y madera, el saloncillo, mientras el Dr. von Strumdium le seguía las breves rutas con su mirada viscosa de pulpo cíclope, como esperando que a cada momento resbalase en

ella y se rompiese el alma. Porque el Dr. von Strumdium nos odiaba a todos; yo nunca supe por qué.

En cuanto a la historia de Cherubini, no tenía nada de particular, vaciándola de esa hinchazón de excepcionalidad y principalía que los meridionales suelen otorgar a sus menudas historias privadas. Total, una lombarda de ciento diez kilos, en cuyas carnes rubias él nadó durante una década; y al final, el tenorino "deventado", afónico de siempre, que anidó en el cuantioso seno y en la casa de pensión propiedad es de la susodicha, sustituyendo a Cherubini en amor y pitanza. Historia asaz vulgar, que el Cherubini complicaba, haciendo intervenir en ella trasmundos y constelaciones:

—Evidentemente, Vincenzo—el tenorino—es un saturniano. Y ella, la puerca, una Libra con influencia de Escorpio.

—¿Una libra? ¿Qué más quisiera!—decía alguien con fácil chiste.

—No admito burlas sobre esto; no las tolero. ¡Bien se advierte en usted al capricorniano.

—Hombre, y en usted al Taurus; sobre esto no hay duda.

Al llegar a tal punto, Cherubini enrojecía, se abrochaba el chaquet con gran gesto trágico y salía bufando, sin dar las buenas noches. Su ausencia nos aliviaba grandemente; era un poco como resucitar. Entonces, el Dr. von Strumdium sacaba sus cigarrillos perversos y sus licores de alquimia y empezaban las conversaciones extravagantes de países, de hoteles y misterios, que se nos subían a la cabeza. Strumdium y el gran remero escandinavo, con piel de cangrejo y ojos de criatura, bebían de la misma copa y fumaban del mismo cigarrillo. Y Esther, mi pequeña escultora judía, tan sutil, aleteaba en mi oído sus miedos súbitos:

—Prefiero a Cherubini; es asqueroso, pero inofensivo. Este alemán resbaladizo, cuando mira, parece que me pasa un algodón mojado en una cosa verde sobre la piel. ¡Vámonos!—y nos íbamos.

También este era un momento penoso, porque Strumdium, del que emanaba un olor cáustico y helado de rebotica, nos acompañaba hasta el vestíbulo solitario y casi en penumbra. Al despedirnos retenía mucho rato nuestras manos entre las suyas, fofas y frías, mientras nos decía, recorriéndonos con el ojo cónico:

—¡Qué bella pareja, qué sanos, qué jóvenes, cuánta felicidad!

Y a veces añadía algunas obscenidades envueltas en finas metáforas, aludiendo a lo que él suponía que ocurriría cuando llegásemos a casa. Claro, no bien se cerraba la puerta tras nosotros, sentíamos la necesidad, más fisiológica que sentimental, de darnos un largo beso, como para fundir todos aquellos helados miedos, sin causa real, entre nuestros labios calientes; entre nuestros labios, que nos alegraban con su certeza de estar calientes. Y sin saberse por qué, cada miércoles volvíamos irremediablemente.

—Pero, amigo Cherubini—le dije un miércoles de la vida al enjuto y atormentado calabrés—, usted complica demasiado las cosas de su vida, tan simple de suyo. ¿Le estorba a usted la sobrevivencia adúltera de la gorda? Pues asesínela y ya está.

—Naturalmente... ¡Vaya una insensatez! Pero ¿qué ideas tiene usted sobre el karma, infeliz?

—¿Yo? ¿Sobre el karma? ¡Ninguna! ¿Qué tengo yo que ver con el karma!

—Bueno, de la responsabilidad *post mortem*, digamos para el caso.

—¡Ah! Pues que unos van al cielo, otros al infierno y otros al purgatorio.

—¿Y las almas que flotan por ahí antes de volver a encarnar en formas humanas, consumiendo, a fuerza de siglos, su expiación?

—¿Qué flotan por ahí? ¿Por dónde?

—¡Oh, *madona*, usted no sabe nada de nada! Sin embargo, está claro que yo no puedo agobiar mi karma con un asesinato. Y mucho más teniendo la certeza absoluta que ella, la puerca, ha de morir antes que yo. Lo dice bien claro la comparación de nuestros horóscopos. Y si usted



Claro, no bien se cerraba la puerta tras nosotros, sentíamos la necesidad, más fisiológica que sentimental, de darnos un largo beso...

me guarda el secreto, le diré que ella desencarnará la semana que viene, es decir, en cuanto la luna entre en casa VII.

—¡Pues ya tiene que desencarnar!

—¡Ah, eso sí! ¡Magnífico cadáver! La odio, pero hay que hacerle justicia. Arderá el tiempo suficiente como para que mi legítima ansiedad de venganza quede bien saciada. ¡Sin embargo, pobrecilla, era un ángel!—terminaba con acento póstumo.

Efectivamente, murió ocho días después. Cherubini, se entiende. Los cuchillos de la pulmonía con que amenazaba a todo bicho viviente lo alcanzaron a él en plenas entrañas. Murió víctima de su meticulosidad científica. Una noche que se olvidara de anotar la temperatura ambiente, a fin de calcular de cuántas calorías tendría que constar el desayuno, se levantó de la cama y salió al balcón a mirar el termómetro. A los siete días de estar agonizando entre sudores, mantas y carraspeos, aún insistía:

—No puede ser, no puede ser. Mercurio en casa XI no es ninguna majadería.

Y rehusaba los potingues. Todavía, unas horas antes de "desencarnar", me dijo desde el abismo de sus cobertores:

—¿Qué, no se decide usted a firmar?

—¿A firmar el qué, hombre?

—La cesión de sus restos a la Sociedad Internacional Pro Cremación de Cadáveres, cuya sección argentina tengo el honor de presidir...

—Bueno, bueno; quédese tranquilo ahora; ya cuando sane usted, hablaremos de eso.

Y murió.

La masonería le hizo una "tenida fúnebre"; la Asociación de vegetarianos crudívoros celebró una sesión en su homenaje, con lectura de una Memoria polémica contra la vitamina D, que gozaba de la enemistad personal del extinto. La Agrupación de averiguaciones metapsíquicas "Luz Astral" guardó un minuto de silencio, y la Fraternidad Universal Pro Idioma Unificado destacó dos oradores al acto

del sepelio, que se expresaron muy correctamente en esperanto y volapuk.

A la una en punto entró el cadáver en la cámara crematoria. Yo me asomé a la mirilla de mica del horno número 11 en el mismo momento en que la ropa, el cabello y los bigotes desaparecían entre una danza de alegre chisporroteo. Y surgió entonces una momia desnuda y gesticulante, retorciéndose en las más ridículas actitudes. De pronto quedó sentado en la cubeta de amianto y vi que sus brazos, derretidos, se alzaban hacia mí, como queriendo atraparme por los bíceps. La contracción de los músculos del rostro le abrió la risa en una gran carcajada sin sonidos, como cuando se burlaba de nuestros terrores al decirnos: "Suculento cadáver, bella hoguera, santa Madona. ¡Firme, cobarde, firme!..."

Al separarme de la mirilla vi que, en la de al lado, estaba pegada una gorda de aire jovial y bruto, muy entretenida con la escena. Y mascullaba:

—Povero Cherubini! Ancora de morto está agitato.

Por lo visto, la luna pasó por frente a casa VII, pero sin entrar.

De todas formas, la cosa fué bastante divertida.





Hubo un tiempo en que Valle Inclán paseaba por Madrid su barba endrina, su hongo... y sus dos brazos.

Madrid era un desierto al sol. Madrid empezaba en la Puerta del Sol, y la Cibeles era ya la periferia.

La Equitativa, en la esquina de las calles de Alcalá y Sevilla, era la Telefónica de entonces. Fornos era el centro de todo. "Desde mi rincón" titulaba sus crónicas un escritor provinciano de la época. Su rincón era un sitio en los bancos de terciopelo rojo del café de Fornos, mirando a la Equitativa de los Estados Unidos. No había apenas tráfico.

Cuando D. Ramón del Valle Inclán paseaba por la calle de Alcalá, de Fornos a la Puerta del Sol, Madrid le pertenecía. Era el dueño y señor de la Corte.

De Portugal había llegado a Madrid, desterrado (esta palabra sonaba entonces exótica y terrible), un dibujante joven: Leal da Cámara. Había publicado en su país una caricatura del rey. Y al saberlo, todo el mundo deseaba conocerle. Era este dibujante portugués de un enorme atractivo personal: unía a su gran inteligencia un dinamismo que rendía.

Su vida, contada por él mismo, estaba rodeada de tragedia. Su padre había sido asesinado en la India portuguesa, y las tribus salvajes habían paseado su cabeza, "espetada" en un palo —así decía él, en su jerga castellana.

Leal da Cámara entró enseguida en las tertulias literarias. Había un café en la calle de Alcalá, entre la Puerta del Sol y la Equitativa, con salida a la Carrera de San Jerónimo, en donde se reunían Valle Inclán, Benavente, Manolo Bueno, Pío y Ricardo Baroja, Bargiela y otros muchos. Yo asistía de espectador. Un joven distinguido, que vestía a menudo de chaqué muy estilizado, se sentaba casi siempre al lado de Benavente. Se llamaba López del Castillo.

No se salía de Madrid en el verano: eso era cosa de la aristocracia. Para veranear estaban los jardines del Buen Retiro y Recoletos. Con sus aguaduchos, las aguadoras y una silla de hierro retrepada contra un árbol durante toda la noche, se echaba afuera el verano divinamente.

Una noche, en Recoletos, la tertulia estaba muy animada.

López del Castillo empezó a contar cuentos portugueses.

"Cuando los españoles estaban en guerra con Portugal, habían sitiado a un fuerte portugués. Por la noche, unos soldados portugueses hicieron una salida al campo español y roba-

Un duelo en mil ochocientos noventa y tantos

TEXTO Y DIBUJOS DE SANCHÁ

ron unas gallinas. Al día siguiente, el comandante de la fuerza española se quejó al comandante portugués: "¡Sus soldados han robado unas gallinas!"—le dijo. "No, señor—replicó el comandante portugués—, no puede ser verdad. Os portugueses no comen galinhas: os portugueses comen serpentes, trementina e m..."

Leal da Cámara intervino:

—Bueno, aparte de que el cuento es una idiotez, esas mismas cosas se cuentan en Portugal, llevando los españoles la peor parte.

López del Castillo insistió y hubo una pequeña discusión entre ambos, a la que nadie le dió importancia.

Leal da Cámara vivía en una casa de huéspedes de la calle de la Aduana, y yo en otra de la calle de Carretas. La mía está hoy destruida, y sólo se ve el solar y la medianera de las otras casas, mostrando la porquería con que entonces se construía en Madrid: con cascotes de otros derribos.

Muy temprano vino a verme una mañana Leal da Cámara.

—¿Sabes lo que pasa? López del Castillo me ha enviado los padrinos...

—¿Cómo? ¿Los padrinos? Será una broma...

—No, no; en serio: Se quiere batir conmigo.

Los padrinos fueron muchos. Se entrevistaban, no se ponían



Leal da Cámara y Sancha.

de acuerdo y presentaban la dimisión. Se nombraban otros. Yo fui también padrino de Leal da Cámara, con Pepe Loma ("Don Modesto"). Lo pasamos muy bien unos días, en tertulia con los adversarios, y presentamos la dimisión.

Un día, a la hora de más calor, fui a visitar a Leal da Cámara. Por la ventana de su cuarto entraba el sol, deslumbrante, a pesar de tener las persianas echadas. Cegado por la obscuridad de la escalera, tardé un rato en ver lo que pasaba dentro. A la misma casa de huéspedes de Leal da Cámara acababa de llegar de Cuba un capitán de Infantería, que hizo amistad con Cámara y con todos. Habiendo sabido del próximo duelo a sable, por los padrinos de López del Castillo, estaba adiestrando a Leal da Cámara en el manejo del arma. Y los dos, en mangas de camisa y con bastones, estaban practicando. Leal da Cámara había ya sido tocado y tenía algunos chichones en la cabeza.

En una mesa de despacho, al lado del balcón, temblaba el



Periquito, gacettillero, arreglaba el mundo escribiendo crónicas "Desde mi rincón".

líquido de un barreño que, al recibir los rayos del sol, hacía arabescos luminosos en el techo. El barreño estaba lleno de vino tinto, y rodajas de naranja flotaban en el líquido, balanceándose. Había en la mesa dos vasos de cristal gordo y un cucharón. Se tiró de un cordón y sonó una campanilla lejana. Trajeron otro vaso, y a cada mamporro que Leal da Cámara recibía, refrescábamos de la sangría del barreño.

Pasaba el tiempo y el duelo no se efectuaba.

La tertulia del café de la calle de Alcalá, con comunicación a la de San Jerónimo, se trasladaba a veces a otro, situado en la misma calle y en la misma acera, esquina a Puerta del Sol. Y aun entre los dos, existía otro, de camareras, que también solíamos frecuentar. (Nos movíamos mucho en Madrid en aquella época.)

Para entrar en el café de la calle de Alcalá, esquina a Puerta del Sol, se bajaban unos escalones. A la izquierda, sentado en un diván, estaba una tarde Valle Inclán rodeado de la tertulia que le escuchaba con deleite. No estaban Leal da Cámara ni López del Castillo y se comentaba el duelo.

Manolo Bueno apareció a contraluz, bajando los peldaños del café, como la figura última del cuadro de "Las Meninas", e intervino enseguida en los comentarios del duelo. Y, aún de pie Manolo Bueno y enfrente a Valle Inclán, dijo:

—Es inútil que traten ustedes de ese duelo. No puede verificarse, porque Leal da Cámara no tiene la edad para batirse.

—No sea usted majadero, que usted no sabe una palabra de eso—replicó Valle Inclán.

Manolo Bueno dió un paso atrás, afianzando un bastón que llevaba, con hierro por dentro.

Valle Inclán cogió una botella llena de agua, por el cuello, dándole la posición de una porra. El líquido salió, describiendo curvas y bañándonos a todos.

Y al poco tiempo corría por Madrid una noticia trágica: "A Valle Inclán le han cortado un brazo."

Y, claro está, del duelo Leal da Cámara-López del Castillo no se volvió a hablar más en Madrid.



Una tertulia literaria en Recoletos.

Una tertulia de la época en el café Fornos. (Ruiz Contreras, Leal da Cámara, Benavente, López del Castillo...)



**Los motores principales
del ARTABRO son del
sistema Diesel** =====

**BURMEISTER
& WAIN**

**cuyo nombre representa la mejor
garantía de un seguro funciona-
miento bajo las más duras condi-
ciones.** =====

**Los motores de baja presión ins-
talados en las lanchas auxiliares
son de la marca** =====

BOLINDER'S

**reconocida en el mundo entero
por sus sencillas y robustas cons-
trucciones.** =====

**Representantes exclusivos
para España y Portugal:**

HANS T. MÖLLER, S. A.

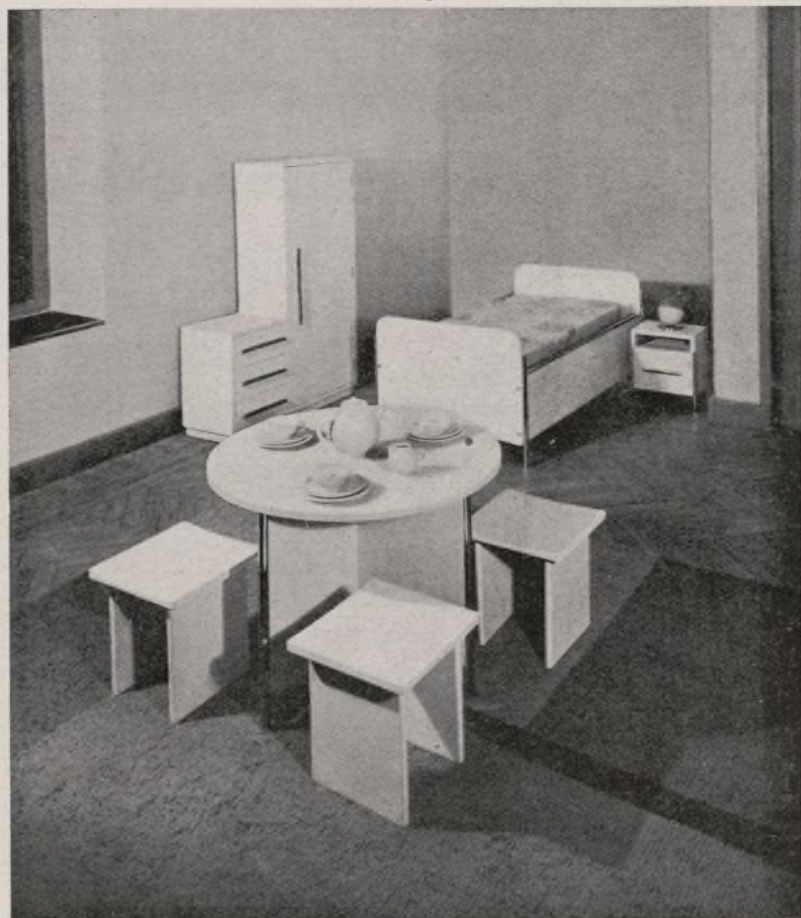
Cortes, 435.

BARCELONA

El Hogar
MODERNO

Proyecto: OTTO WINKLER

Ejecución: MUEBLES BANELA, MADRID

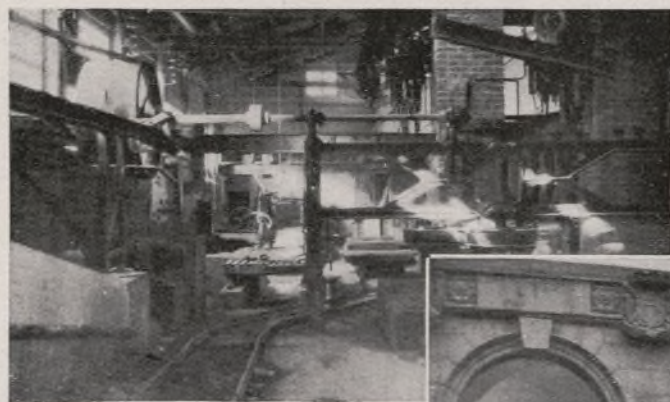


Cuarto para niños. Pintado en color beige mate lavable, combinado con tubos cobrizados. Paredes picadas en naranja claro. Colcha de tela "Laro", en dibujo de flores fantasía, colorido naranja-marrón. Alfombra naranja, beige y marrón.

Fausto Sepúlveda

PIEDRAS Y MÁRMOLES

(Colaborador de las Obras de Cantería de los Ministerios)



TALLERES
DE MADRID

Sección
de
pulidoras

"CASA DE VELAZQUEZ"
en la Ciudad Universitaria.

Detalle de la columnata posterior,
ejecutada en piedra de Colmenar.



ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS

Donoso Cortés, 1, antiguo - Tel. 36756

Ayuntamiento de Madrid

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50. Madrid. Fotograbados "Trust Gráfico".

El "Artabro", el notable barco de la expedición Iglesias al Amazonas



D. Pedro de la Rosa, Ingeniero naval, Capitán del Cuerpo de Ingenieros de la Armada.



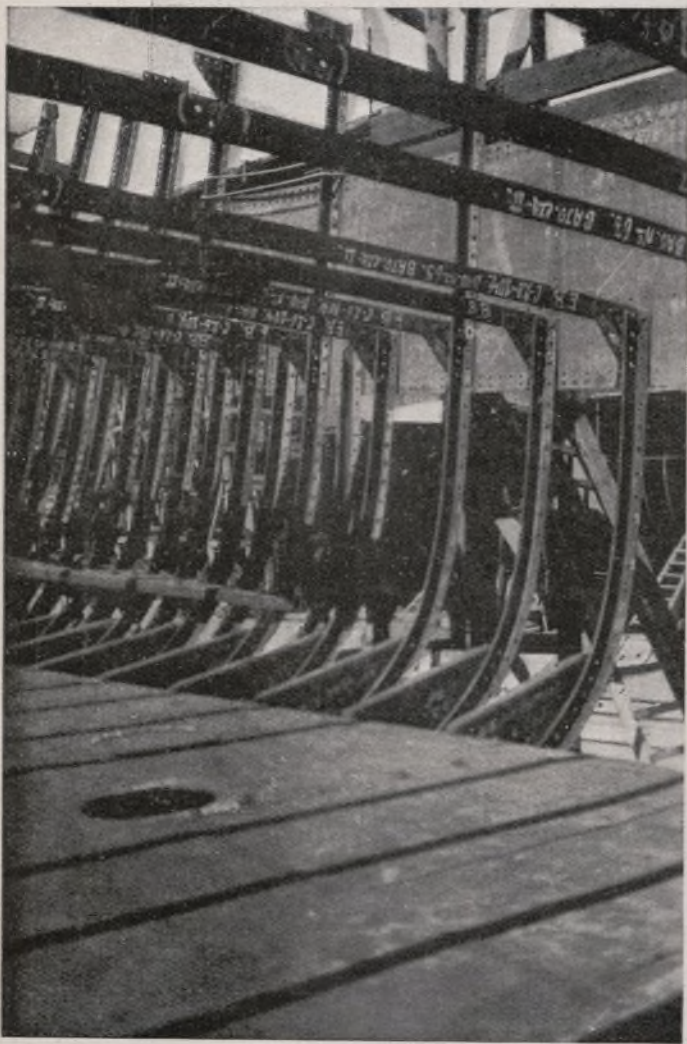
Sr. Hernández, secretario de la expedición Iglesias al Amazonas.



Teniente coronel del Cuerpo de Ingenieros de la Armada D. Jaime G. de Aledo, Ingeniero naval.

El próximo día 16 va a ser echado al agua del Mediterráneo, con gran pompa oficial—toda la que merece—, en nuestra ciudad de Valencia, el "Artabro", barco expedicionario de la admirable gesta que lleva adelante con audaz empeño el capitán Iglesias.

Dicho esto así, escuetamente, es difícil, para el profano en materia científica y naval comprender rápidamente la enorme vena patria de aciertos materiales y de espíritu que



lleva consigo este hecho simple y vulgar del lanzamiento de un nuevo buque.

La Unión Naval de Levante, sociedad constructora del barco que llevará a su bordo a la expedición española, ha puesto en el empeño constructivo mucho más que el elemento material preciso. Don Manuel Soto es el director gerente de esta gran empresa industrial española. Y su entusiasmo enorme, su magnífica preparación técnica para este empeño nacional, son materia imposible de controlar y difundir como se merecen en unos breves renglones. Algún día, pasada ya esta época febril del comienzo de la gran hazaña española del siglo, se le hará a este hombre admirable la justicia enaltecedora que merece por su aportación inapreciable.

También el Sr. Alfaro, ingeniero de los famosos astilleros levantinos, y el Sr. La Rosa, ingeniero asimismo del Patronato de la Expedición, han puesto todo su gran prestigio profesional al servicio patrio de la construcción de este buque.

Y bajo estas direcciones técnicas y espirituales de ines-

SEÑORES QUE COMPONEN EL PATRONATO DE LA EXPEDICION IGLESIAS AL AMAZONAS

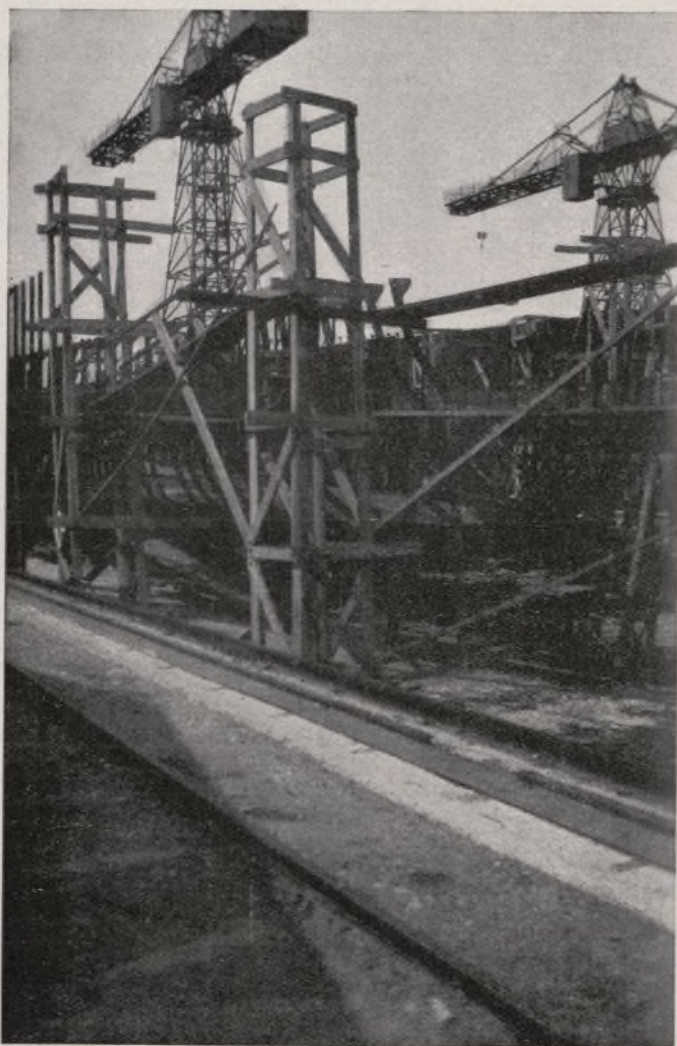
- D. GREGORIO MARAÑÓN, *presidente.*
- D. GUSTAVO PITTALUGA, *director de la Escuela Nacional de Sanidad.*
- D. BLAS CABRERA, *director del Instituto de Física y Química.*
- D. ANTONIO GARCÍA VARELA, *director del Jardín Botánico.*
- D. EDUARDO HERNÁNDEZ PACHECO, *catedrático de la Universidad Central.*
- D. LUIS DE HOYOS Y SÁINZ, *antropólogo.*
- D. LUIS LOZANO, *jefe de la Sección de Vertebrados del Museo de Ciencias.*
- D. TOMÁS NAVARRO TOMÁS, *académico de la Lengua.*
- D. FERNANDO DE LOS RÍOS, *catedrático.*
- D. AUGUSTO BARCIA.
- D. VALENTÍN RUIZ SENÉN.
- D. IGNACIO HERRERO DE COLLANTES.
- D. LUIS MARICHALAR.
- D. JOSÉ MARÍA TORROJA, *secretario general perpetuo de la Sociedad Geográfica.*
- D. JOSÉ MARÍA CERVERA, *presidente del Consejo de Administración de la Sociedad Española de Construcciones Navales.*

timable valor han trabajado febrilmente una legión de operarios, que pusieron en sus aportaciones algo más que el simple esfuerzo de sus especialidades. El obrero levantino, que rinde su labor a la luz admirable y constante de su tierra, acumula en su trabajo, por gracia de ese medio transparente en que vive, un caudal estupendo de esfuerzos de toda índole. Ese conjunto de trabajadores valencianos tiene una gran parte de botín espiritual en el acierto admirable de la realización del "Artabro".

Este pequeño barco expedicionario lleva consigo, dentro de su breve contorno material, una infinidad de estupendas



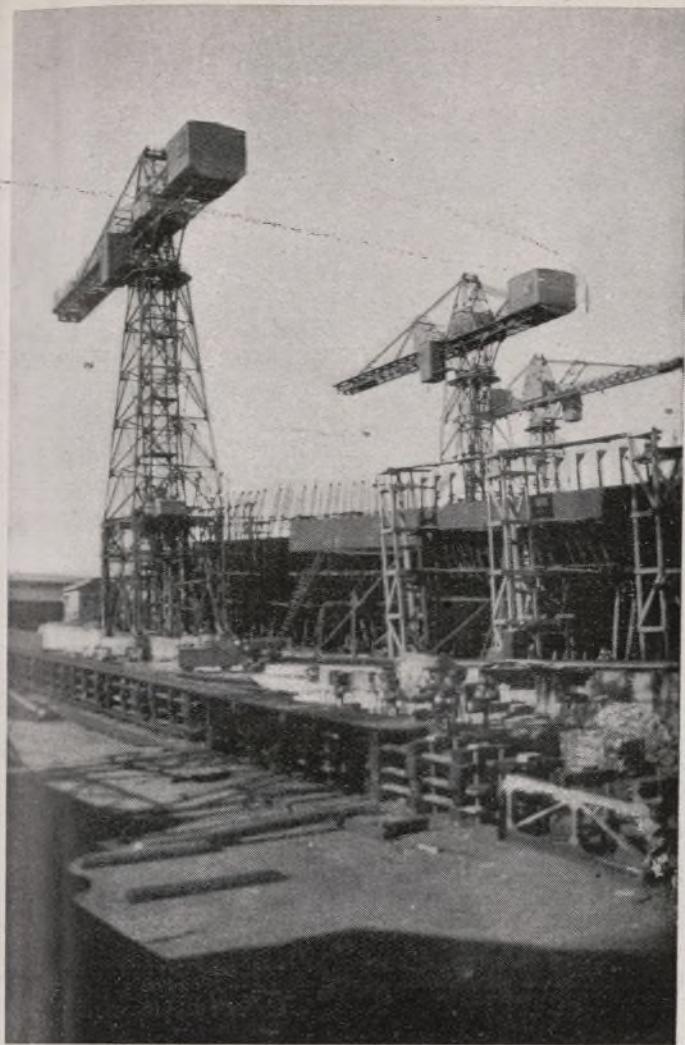
perfecciones mecánicas. La sola enumeración de algunas de las más importantes llevaría este reducido comentario hasta unos límites insospechados. Sin embargo, las características del doble calado, resueltas por los valiosos elementos de la Unión Naval de Levante a través de casi insuperables dificultades, son uno de los más curiosos matices del buque. Calculado para navegar en agua marina y en la del gran río suramericano, menos densa, podrá remontarse



en esta gran arteria fluvial hasta quinientas millas más arriba que los navíos que corrientemente hacen la ruta del Amazonas.

La proa reforzada del "Artabro" será también un fuerte brazo que aparte de su camino científico los pequeños obstáculos materiales con que tropiece. Y luego, cerrado el ciclo expedicionario, cuando el pequeño navío español se dedique, dentro ya de la Marina nacional, a otras actividades, este férreo espolón se abrirá paso con gran utilidad, por ejemplo, en cualquiera aventura nueva por las rutas polares.

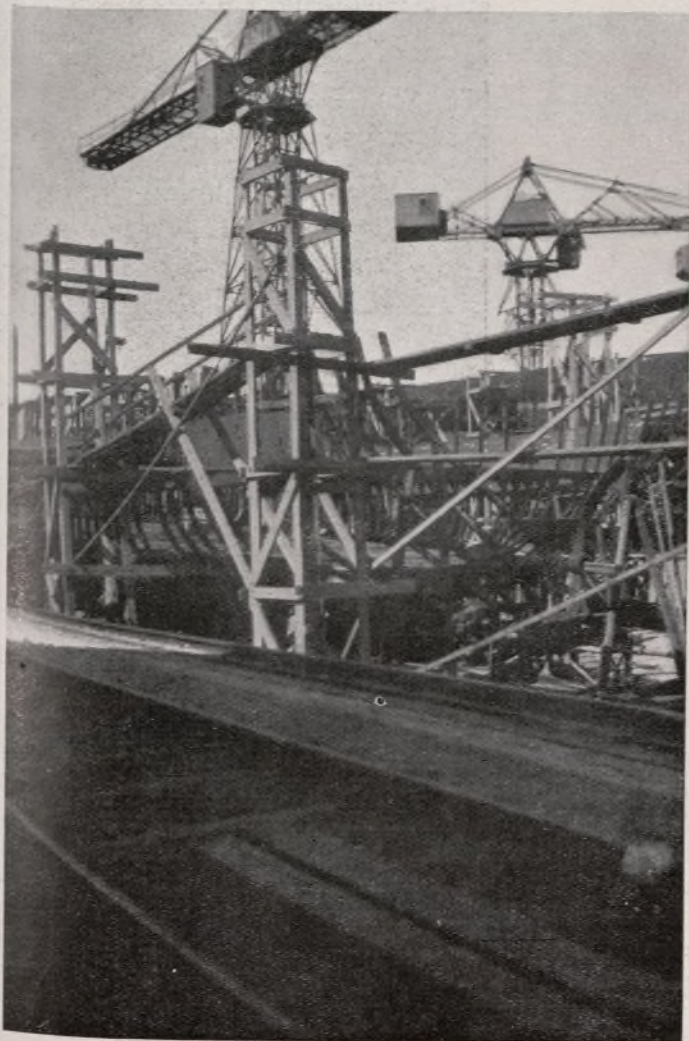
La propulsión mecánica del "Artabro" es otra de las grandes maravillas que encierra el breve casco de nuestro buque. Es la primera nave nacional que camina por medios eléctricos. Hans T. Moller, de Barcelona, ha construido e instalado a su bordo los motores Diessel-Eléctricos que llevarán al buque, con seguridad de ruta y de maniobras insospechadas, hasta el límite geográfico de su destino. La simplicidad de su manejo es comparable al de un tranvía.



En colaboración mecánica y científica con este novísimo medio propulsor, la Constructora Nacional de Maquinaria Eléctrica ha instalado en el buque, con una minuciosidad y una técnica de maravilla, todo un sistema completo de perfecciones. Es un navío nutrido por completo, y hasta en sus necesidades más nimias, por la electricidad, ese flúido imponderable, desconocido aún en su esencia, pero dócil hasta la mansedumbre al mandato superior del hombre.

Dentro de unas horas flotará en aguas del Mediterráneo, atracado a la costa más luminosa de España, el animoso casco del "Artabro", en espera ya de sentir sobre sí el fuerte empuje de un reducido grupo de tripulantes que le lleven con empeño hasta sus grandes destinos históricos.

Tiene una característica el "Artabro", buque notable por todos conceptos, que de por sí lo haría digno de figurar en la historia de la Marina española, en la que su nombre está destinado a ser impreso en letras de oro, gracias al esfuerzo de sus tripulantes, Iglesias y sus valerosos expe-

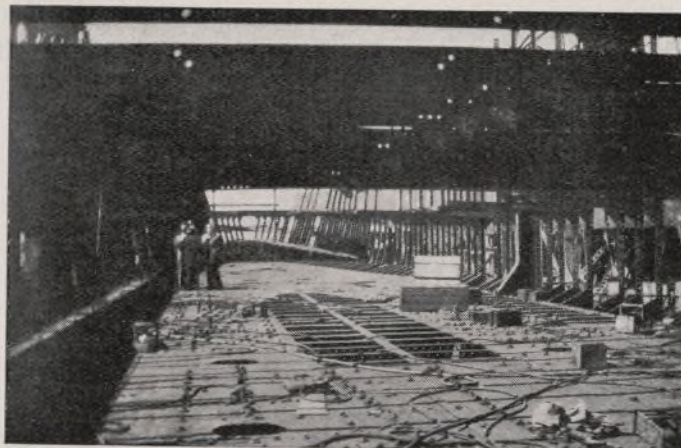


dicionarios: la propulsión eléctrica, maquinaria que por vez primera hará marchar a un buque español.

El "Artabro" es un buque completamente eléctrico, lo que quiere decir que todos, absolutamente todos los servicios de esta maravillosa nave, orgullo de la técnica naval española, serán movidos por ese servidor dócil y manejable que el hombre práctico ha aprendido a dominar perfectamente, mientras que el científico no ha conseguido descubrir aún su origen, que es la electricidad.

Llega el buque eléctrico a España cuando ya es una realidad sancionada por la experiencia en los demás países del mundo y cuando pasan de 500 los que actualmente surcan los mares, y llega gracias al espíritu progresista y la labor personal del capitán Iglesias, el que, con ello, abre amplísimos horizontes a los técnicos y navieros españoles, a los que un espíritu rutinario impedía *aventurarse* y que, por no haber buscado a tiempo *lo mejor*, sufren las consecuencias de competir en desventajosas condiciones con quienes supieron aprovechar oportunamente los progresos de la ingeniería naval.

Yo, que desde el año 1925, en que estudié el primer proyecto español con propulsión eléctrica (un acorazado de 36.000 toneladas), época en que los más renombrados téc-



nicos ingleses combatían encarnizadamente el sistema eléctrico de propulsión de buques, he creído en sus ventajas y he tenido *fe* en su porvenir, tengo la conciencia tranquila de que si la propulsión eléctrica no ha llegado a España cuando hubiera sido para nosotros un timbre de gloria, y quién sabe si un éxito económico, y si ha sido preciso encontrar para su desarrollo un hombre de las cualidades excepcionales de Iglesias, no será porque en artículos, conferencias y estudios de todas clases no haya tratado de exponer, en la forma más asequible posible, las indudables ventajas que trae consigo el buque eléctrico. El problema pavoroso de las comunicaciones marítimas con Hispanoamérica, que cuesta anualmente tantos millones a España y tantas preocupaciones a nuestros gobernantes, es un problema porque el pasaje ha huído de nuestros anticuados y lentos transatlánticos. ¿Es una utopía creer que si nosotros hubiéramos construido una flota transatlántica eléctrica, como hacen los franceses con el buque mayor del mundo, el formidable "Normandie", hubiéramos atraído al público con el confort y modernismo que por sí solo evoca la palabra eléctrica?

Deseamos de todo corazón que el magnífico ejemplo del "Artabro" cunda cuando aún es tiempo para que España no quede también en esto rezagada y se incorpore decididamente al progreso mundial.

J. B.

Las fotografías muestran diversos aspectos de la construcción del "Artabro"

Ayuntamiento de Madrid

CAMISERIA

"Samaral"

NOVEDADES
C. Peñalver. 16

MADRID



Un milagro de las ondas cortas

Un pueblecito de la campiña romana se ha incendiado. El telégrafo y el teléfono se hallan cortados. Se requerirán varias horas antes de que se pueda avisar a la ciudad y organizar los socorros. Felizmente, un aficionado a la radio se encuentra en la localidad y lanza un S. O. S., que es captado en Copenhague por otro aficionado danés que comunica regularmente con un amigo de Roma. El danés se pone en comunicación con su corresponsal italiano, quien, quince minutos después del primer S. O. S., hace llamar a los bomberos. He aquí una nueva prueba de los servicios que pueden prestar los aficionados de ondas cortas.

(Mon Programme, París.)



El imperialismo de la boina

H. R. Knickerbocker, tal vez el cronista de problemas internacionales más sagaz de hoy día, dice en una de sus crónicas que, bajo el título "Democracia contra Dictadura", viene publicando "El Sol", que en la Rusia Soviética "la mayoría de las muchachas, aun las más pobres, usan boina".

No agrega si se trata de nuestra boina, la que asoma en los villorrios montañeses o en los puertos vascos, en las romerías gallegas o en los montes asturianos, la que hoy día decora la cabeza de la mujer soviética. Pero agregaremos por nuestra parte que lo es.

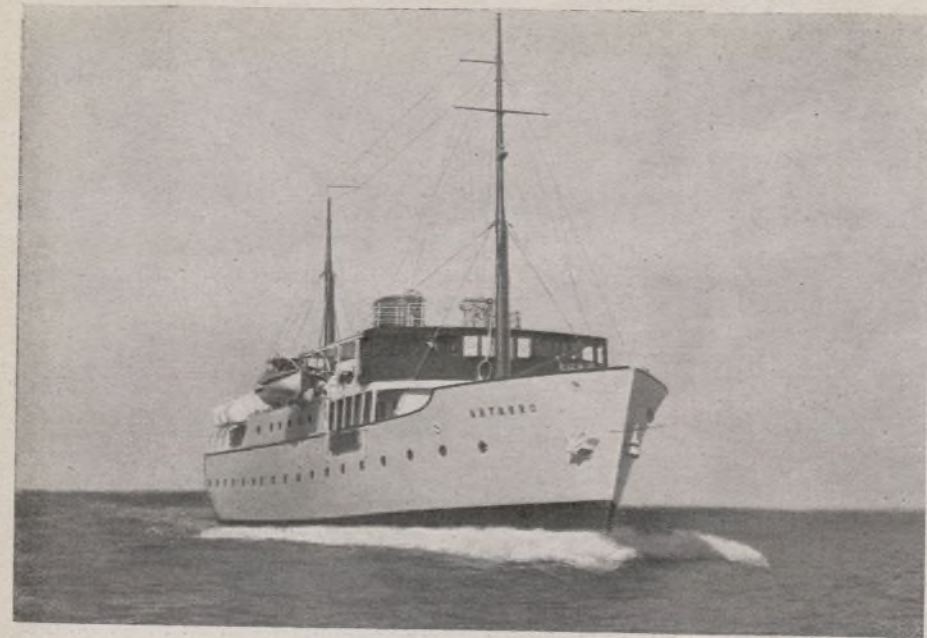
La boina se ha internacionalizado. La vemos en las playas de la Costa Azul, en las avenidas californianas, sobre la cabeza de las "estrellas" y "astros" del "cine"; y ya que hablamos del "cine", no está de más decir que fué aquel admirado actor Rodolfo Valentino el propagandista más eficaz de nuestro sombrero nacional. Y decimos sombrero nacional, porque la boina reclama sobre su modestia esa consagración: por el mundo se sabe que la boina ha salido de España, que es nuestra "cabeza".

Corriendo de un país a otro, la boina es hoy día popular hasta en el Asia. Se la ve adornando las cabecitas de las escolares japonesas, de sus artistas y jóvenes, trajeados a la occidental; se la ve pasear por el "bund" de Shanghai, cortando la melena aguda de una chinita moderna.

Y en América tiene su historia y su gloria. En la Argentina, en la provincia de Buenos Aires, la boina es un símbolo político. Es una boina blanca que va sobre la cabeza de la gente de campo que milita en el partido radical, el más fuerte del país. Y sus contrarios, los conservadores, para no ser menos, también lucen boina, aunque es de color rojo. En la provincia de Buenos Aires han acampado los mejores exponentes de la emigración vasca; con ellos llevaron la boina, y así, al cabo de unos años, corrió su fama y se consagró su uso, hasta pasar a ocupar un significado popularísimo y valioso en las contiendas políticas de la nación americana.

Saquémosle nuestro sombrero "extranjero" a la boina; saludémosla con el respeto que merece quien con tan poca contextura hace pasear por todo el mundo el nombre de España.

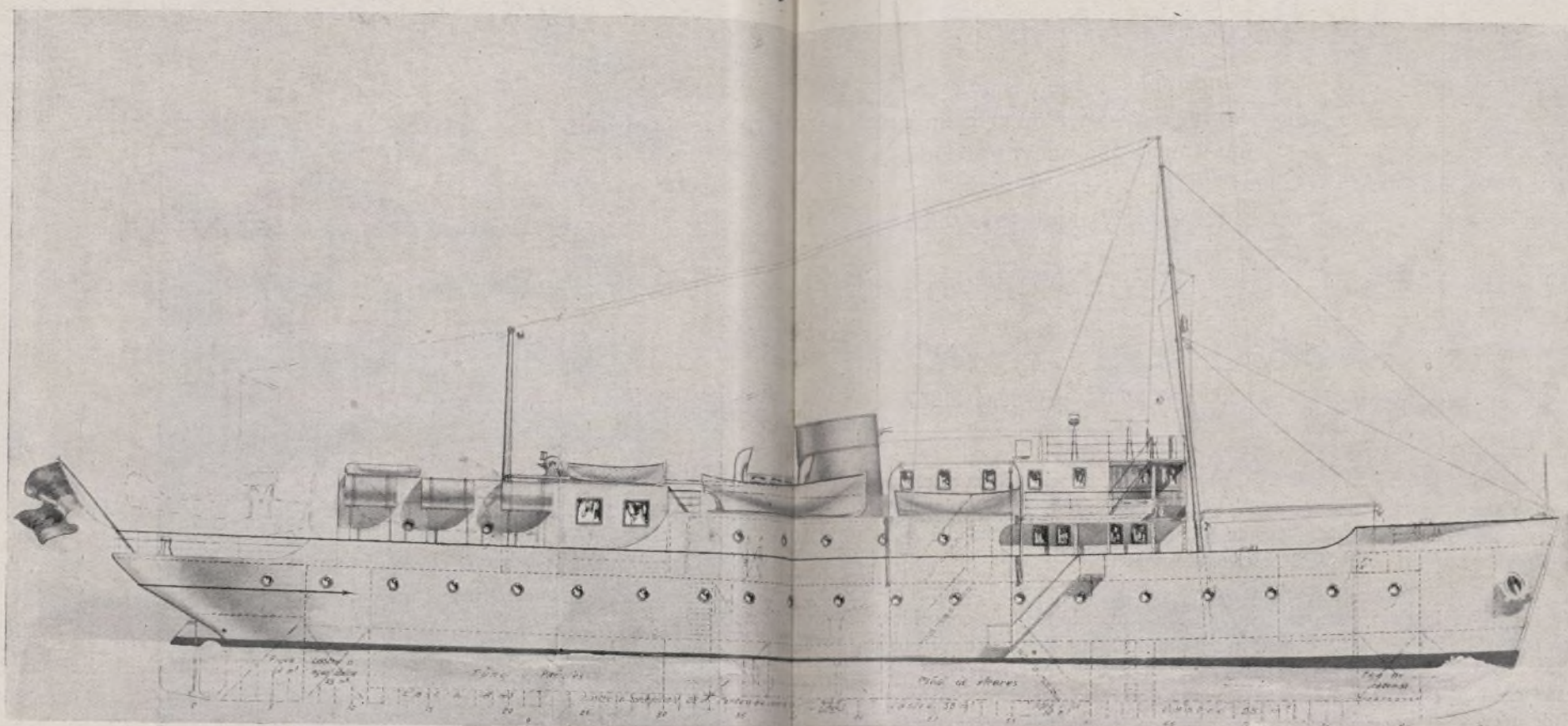
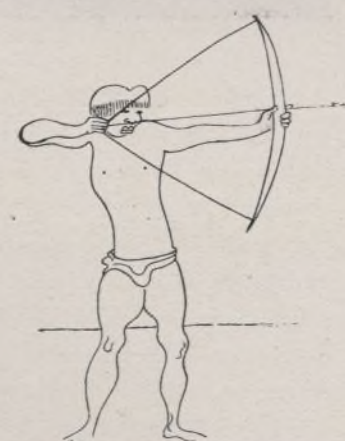
la expedición iglesias al amazonas



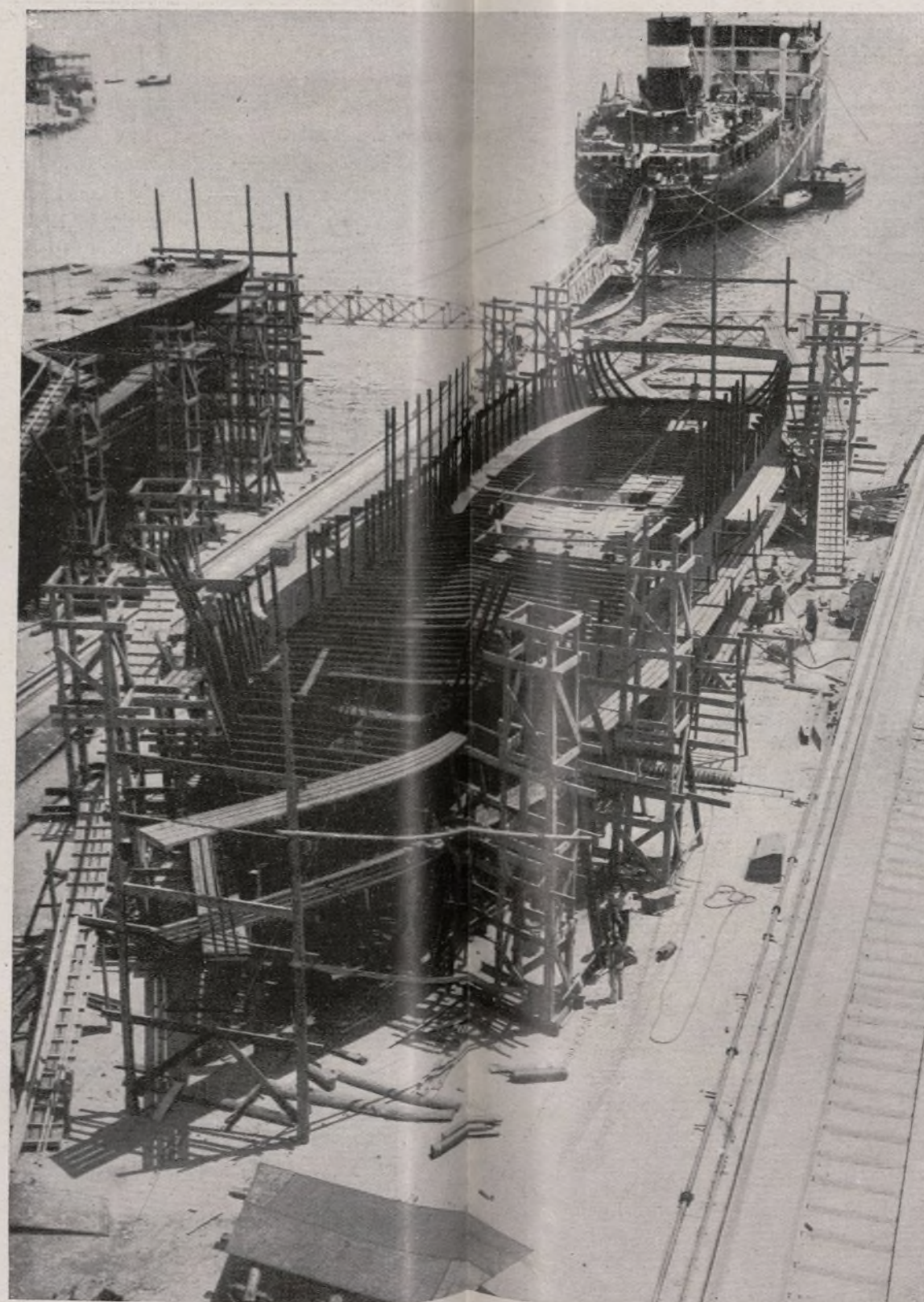
El magnífico barco de la expedición.



Sr. D. Manuel Soto Redondo, Director de la Unión Naval de Levante, S. A.

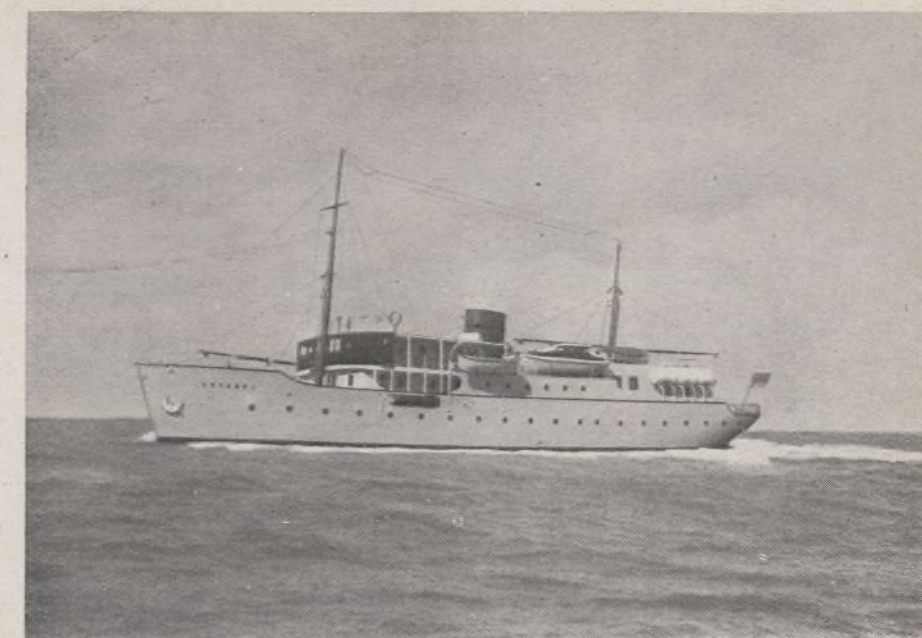


Proyecto del barco presentado por Unión Naval de Levante, S. A.—Plano 1.258 C (Perfil).



Construcción del "Artabro".—Estado de las obras al certificar la Comisión Inspectora el tercer plazo de la construcción.

La botadura del "Artabro", que se efectuará en Valencia el sábado de esta semana, es un acontecimiento nacional, con una resonancia universal gratísima para España. Al cabo de muchos años, nuestra nación hace un acto de presencia sensacional en el mundo de la ciencia. Un grupo de muchachos universitarios, acaudillados por el capitán Francisco Iglesias, va a partir para la más noble y generosa aventura que ha emprendido España en un siglo. Es ésta una expedición de paz, que va a alumbrar para la Humanidad una de las pocas zonas ciegas que quedan en el planeta. Aventura cortada para españoles, ávidos de horizontes, hoy como ayer. El Presidente de la República, el Gobierno, los hombres de ciencia, van a Valencia a rodear con el rito de una fiesta nacional el acto de la botadura de esta nave ultramoderna, orgullo, ella de por sí, de la ingeniería naval española; de los astilleros valencianos, donde el obrero es un artista, y de los financieros españoles, que han sabido realizar con garbo una concepción atrevida. Los nombres de Iglesias, Soto, Alfaro, La Rosa, Azcárraga y sus colaboradores pasan a la historia a bordo de esta nave íntegra de apariencia, que el sábado se moja por primera vez en un mar de donde parten rumbos infinitos para España.



El "Artabro" listo para navegar.



Capitán Francisco Iglesias, jefe de la expedición.



Un grupo de asistentes al acto de la colocación de la quilla del "Artabro".



El presidente del Patronato, Dr. Marañón, con algunos miembros del mismo y colaboradores del capitán Iglesias que asistieron a la colocación de la quilla.



EL LLOYD GEORGE DE AHORA, DIRIGIENDOSE AL LLOYD GEORGE DE ANTES: —Me pregunto—aquí, para entre nosotros—: ¿dije yo realmente lo que tú dijiste que yo decía en 1919?

(Caricatura de B. P. en el "Punch".)

POLITICA INGLESA

¿Lloyd George, Primer ministro otra vez?

Por JAIME MENENDEZ

Wavertree, como East Fulham, como las elecciones municipales de 1933 y 1934, como las elecciones del Concejo de Londres, es un escollo más en el cauce por el cual se desliza la corriente que bien quisiera arrastrar al Gobierno nacional británico a un refugio seguro. Pero con tanto escollo en el camino, audaz sería—y temerario además—quien se aventurase a sentar que la actual conjunción gobernante (conservadores, liberales y laboristas, las fracciones llamadas "nacionales" de estos dos últimos partidos) saldrá en posición airosa de los comicios cuando, de aquí a año y medio, a más tirar, se celebren nuevas elecciones generales. Pudiera muy bien resultar que la derrota del candidato conservador oficial en las elecciones parciales del día 6 en Wavertree, uno de los distritos más conservadores de Inglaterra, parte de Liverpool, anticipe la llamada a la voluntad popular, para que se decida al fin y ponga término al intolerable compás de espera abierto con las decisiones de los electores en los últimos dos años cada vez que han tenido ocasión de manifestarse.

En la Gran Bretaña, país que goza, al menos, la reputación de haber desarrollado las instituciones que rigen un sistema político por normas democráticas en grado no superado aún en parte alguna, la más insignificante de las elecciones parciales se toma como indicio revelador del estado de ánimo popular, como el resquicio por el cual asoman las tendencias que prometen ser fuerza dominante en el futuro. Por eso tiene tanta importancia un hecho aislado como las elecciones de Wavertree, provocadas por la elevación a la nobleza—y a la Cámara de los Pares—de A. R. Nall-Cain, quien en 1931 fué elegido en este distrito de Liverpool por 33.476 votos, 23.973 más que su rival, el laborista C. G. Clark. Ahora, en cambio, el que aspiraba a ser su sucesor, James Platt, ha sido derrotado por el laborista J. J. Cleary, por una mayoría de 1.840 votos.

La diferencia no es grande. Y queda muy menguada si se tiene en cuenta que los votos conservadores han quedado divididos entre dos candidatos. La presencia del hijo del indomitable Wiston Churchill, tan famoso en la política como en la literatura, en la historia o en la tribuna, Randolph, abrió una brecha horrible en las filas conservadoras. Sólo 5.000 votos separan a un conservador del otro. Tremenda victoria para Randolph si se tiene en cuenta que Mr. Pratt tuvo a su servicio el Gobierno, la organización y los fondos del partido. Mr. Churchill no contó con nada más que sus arrestos juveniles, puestos a disposición incondicional de los ideales de los *die-hards*, los que se resisten a morir como designan los ingleses a los *Tories* a ultranza. Mr. Churchill es lo que en Inglaterra se llama un político lleno de color. Esto ya es algo. Pero es que, además, representa las aspiraciones de ese sector del conservadurismo que se resiste a la concesión, al avance social, a la influencia de un ambiente que se va modificando, quieran o no los *die-hards*. Así, muchos que no se atreven a romper abiertamente con el partido que gobierna, porque ello no es lo más prudente, se dejan llevar por sus sentimientos cuando llega el momento de depositar un boleto en las urnas, en secreto, sin correr riesgos. Y no conviene olvidar lo que ya hemos dicho: que Wavertree es conservador hasta la médula.

Además, el joven hijo de Wiston Churchill es rico, apues-

to, guapo y de una familia que no en balde se llama Churchill. Es veleidoso y genial. Ambas cosas son atestiguadas por una serie de anécdotas electorales como ésta: al pronunciar un discurso de propaganda, un espectador se sintió molesto al observar que Randolph hacía un llamamiento a las *flappers*—y no se debe olvidar que en Wavertree hay una mayoría de 7.000 electoras en un total de 61.000 electores registrados—y le interrumpió, desconsideradamente, para preguntarle por qué defendía ahora a la mujer, cuando no hace muchos años todavía la hizo blanco de sus iras y de sus enojos. "Porque ahora me van a votar todas a mí", contestó Randolph resueltamente.

Para comprender en todo su alcance el significado de las elecciones de Wavertree, preciso es tener en cuenta que el candidato laborista ha obtenido una votación superior a la lograda por el candidato de su partido en 1929, cuando James Ramsay Mac Donald y su partido sacaron mayoría parlamentaria; que la actual coalición gobernante no se siente con ánimo para llevar a cabo la labor prometida; que los conservadores, con más de 400 diputados—mayoría absoluta—, no se consideran bastante fuertes para gobernar por su cuenta y riesgo; que están divididos y discordes, y que el resultado de las elecciones—o las circunstancias que las provocaron—de 1931 ha dado mucho en qué pensar. No en balde un órgano liberal del prestigio, nacional e internacional, del *Manchester Guardian* las comentó entonces calificándolas como "el mayor fraude electoral de nuestro tiempo".

Significativo, muy significativo, es el triunfo de mister Cleary. Sobre todo, porque revela la tendencia política de Inglaterra en vísperas casi de elecciones generales. Es significativo también, porque ha tenido fuerza suficiente para forzar al Gobierno, al ver en peligro uno de sus distritos más incondicionales, a concesiones que hace unos meses hubieran sido muy eficaces, pero que llegan tardías. Un ejemplo notorio es la suspensión de las modificaciones implantadas en la administración de los fondos del paro. Hasta el comienzo del mes pasado, esto se hacía por medio de organismos locales. Desde el 7 de enero se centralizó el servicio, se hicieron reducciones en las cantidades distribuidas en infinidad de casos y se dió lugar a una campaña tan feroz, que culminó en la más borrascosa sesión parlamentaria en años recientes—donde laboristas, liberales y conservadores se alzaron contra el Gobierno, llamándole a Mac Donald cosas tan feas como "perro sucio y repugnante", "cobarde", etc., y llegando un diputado conservador a considerar como "brutal" la situación actual—y en la suspensión de estas recientes disposiciones la víspera de las elecciones de Wavertree. Pero el Gobierno perdió. Y todo invita a pensar que seguirá perdiendo.

¿Qué va a salir de la actual situación política inglesa? El resultado de Wavertree es de importancia capital y parece prudente esperar consecuencias de él, a menos que el Gobierno se afirme desesperadamente en la precaria posición que ocupa, con la esperanza de un cambio favorable para dentro de año y medio, y la casi seguridad de un hundimiento más completo. En el curso normal de las cosas, no debiera haber elecciones antes del verano o el otoño del año próximo, cuando se cumplen los cinco años de vida del actual Parlamento. Pero gana cuerpo la impresión que supone que fuerzas políticas influyentes aconsejan al partido conservador la crisis, la disolución del Parlamento y la celebración de elecciones lo antes posible, cuando aún los conservadores podrán obtener una mayoría, aunque fuese muy exigua. En tal caso, o seguirían siendo una fuerza gobernante o serían un núcleo de oposición tan fuerte que sería capaz de hacer estrellarse al laborismo, como se estrelló después de las elecciones de 1929.

Mas desde mediados de enero ha asomado un factor nuevo, o renovado, en la política: David Lloyd George. La magnífica melena—un poco más rala que hace una década y pico, cuando se alejó de la vida política activa y se ausentó, entregada a la meditación necesaria para hilvanar tomos de *Memorias* que han levantado ronchas en la espalda de más de un estadista—del irreprimible galés vuelve a ondear airosa, levantada por la brisa y la fogosidad del septuagenario político para confundirse en la bruma del panorama británico, de un plumizo color grisáceo. Entra Lloyd George en el ruedo llevando en alto el estandarte de sus queridos triunfos, que le han paseado, odiado o querido, durante más de treinta y cinco años por las salas del Parlamento londinense, admirado o repudiado por las con-

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

gregaciones políticas, por las Conferencias de la paz, por las capitales del mundo. Y vuelve con su energía de los años mozos y con algo que es prestado: el programa del *New Deal* del norteamericano Roosevelt.

No es que esto sea nuevo en Lloyd George. En aquel celebrado discurso del Limehouse uno de los más conocidos, tronó fuerte contra mucho de lo que ahora ataca. No hay inconsistencia en esta clara imitación. "¡Oh! ¡Esos duques!—exclamó, en el verano de 1909—. ¡Cómo nos mortifican a nosotros, almas nobles! El actual sistema territorial no es un negocio; es *chantage*." Los que le escuchaban aplaudían o reían, porque para todo hay en los recursos del galés que ha pasado los setenta años y vuelve a la política con un entusiasmo igual, por lo menos, al de sus mejores años.

¡Paradójico, Lloyd George! Y cuco, por añadidura. Tronaba entonces, y truena aún, contra los grandes terratenientes. Pero antes de abandonar aquel Gobierno de coalición, que le convirtió en la figura principal—hoy ya no se puede poner en duda—de la Conferencia de Versalles, compró 340 hectáreas de terreno gastado en Surrey, y hoy parece ser más bien un acomodado terrateniente que un político que fulmina centellas contra un sistema social alodado. La vida de Lloyd George está llena de inconsistencias y contradicciones, y paradojas y metáforas. Es él una paradoja y una metáfora.

Trae el programa de Roosevelt a colación; se propone reconquistar el Poder y empieza atacando principios tan queridos del liberalismo inglés como el librecambismo, y anunciando que no piensa en formar un partido, que no lo quiere. Algo busca, eso es indudable. Sospecha que ha llegado el instante de formar otro *war government*, como ya decía en 1909—era entonces el Gobierno del "presupuesto de la guerra" contra la pobreza, para que ésta "fuese una cosa tan remota en el país como los lobos que un tiempo infectaban sus bosques"—y repitió en 1914, e insiste en repetir ahora. Y cosa extraña, se le escucha, aún quizá por aquellos políticos que, al verlo caído, le volvieron la espalda después de ser sus lacayos, y de quienes se vengó bautizando con su nombre algunos de los 600 cerdos que tiene en su granja de Surrey.

Nada de extraño tendría que Lloyd George figurase en una pronta reorganización ministerial, en la creación de un nuevo *war government*, que diese un poco aliento a un Gabinete quebrantado, deshecho. O quizá sueñe al pedir a unos cuantos hombres que le sigan, ya que está seguro de imponer su programa—cuya nota saliente es dar trabajo a los dos millones de parados—al país para formar un núcleo selecto que sea "la balanza del Poder" en el nuevo Parlamento. Está seguro que los conservadores perderán centenares de diputados en las próximas elecciones, que los laboristas reconquistarán unos 200 puestos, pero que ni uno ni otro partido podrá gobernar con sus fuerzas propias.

Y entonces habrá sonado—piensa él—la hora del galés. Con un puñado de diputados le bastará para imponer su *New Deal*. Esperemos.

RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS

CUBIERTO SELECTO:

Ptas. 6

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

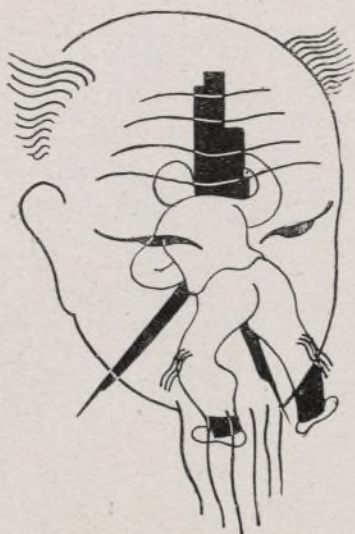
COPPELIA - PERFUMERIA Y BISUTERIA

Manuel Valderrama - Barquillo, 12 - Teléfono 12321

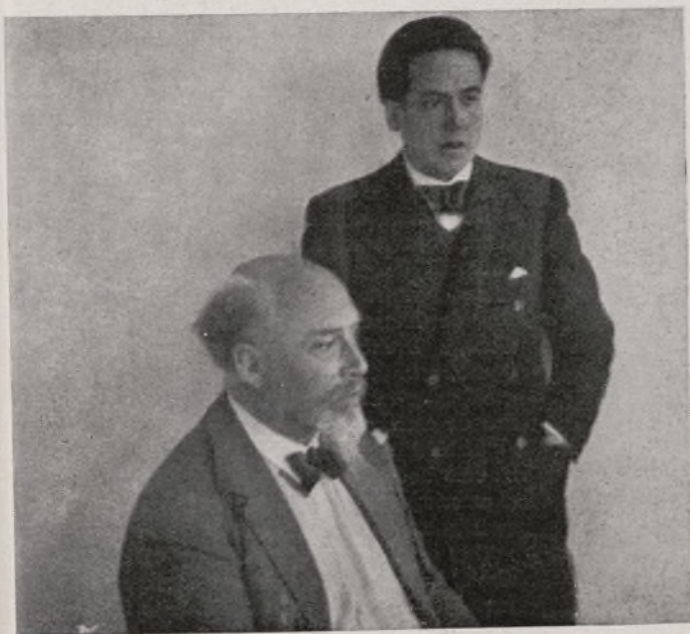
Ayuntamiento de Madrid

Film de Keyserling

Por M. ANGEL COLOMAR



El conde de Keyserling se encuentra otra vez en España. La primera visita a España del famoso filósofo de Livonia mereció la atención y el comentario de Ortega, Alomar y "Andrenio". Este dedicó varios ensayos a comentar la interpretación keyserliniana de nuestra raza, que reunió en su tomo "Pirandello y Compañía". La primera visita fue para Madrid, y la segunda para Baleares. Organizó en Formentor una Semana de Filosofía, en la que intervinieron Gabriel Alomar, José M.ª Sagarra, Ramón Gómez de la Serna, Carlos Soldevila, Juan Estelrich. Nuevamente ha estado en Mallorca el conde de Keyserling, renovando su Diálogos de Filosofía—a la manera platónica de la Escuela de Darmstadt—, en los que esta vez han intervenido el ensayista alemán conde de Kessler y el famoso escritor y novelista parisino Francis de Miomandre. Los temas tratados fueron: Maquinismo, Cultura, Fronteras. CIUDAD estuvo representada en dichas sesiones filosóficas por el escritor y poeta mallorquín M. Angel Colomar, quien nos ha enviado las siguientes cuartillas:



El filósofo livonio Conde de Keyserling, con el poeta y escritor mallorquín M. Angel Colomar, colaborador de CIUDAD.

PRIMERA JORNADA

En realidad, ¿quién soy yo?
H. de K.

"Film documental del Conde de Keyserling." El Conde de Keyserling no es un hombre: es un continente, una nación, un país. Quizás un templo o una selva, una tromba o una cascada. Todo es según el enfoque de la cámara...

¿Cómo habla el Conde de Keyserling? Como un divo. Insignificante, persuasivo, sugerido; energuménico, ciclópeo, telúrico; engarfiando a la tierra de polo a polo—desde el nacimiento del mundo al fin del mismo—al abrir sus brazos enormes; melifluo con una sonrisa su perilla mongólica. Cuando se ausenta—vehemente, iluminado, poseído—es cuando más se nota su presencia.

Una particularidad estrambótica del Conde de Keyserling es que da las conferencias sosteniéndose sobre un solo pie, como las cigüeñas. Est: es una observación directa, sin doblez, sin otro sentido que el objetivo y plástico. No valen interpretaciones.

Mi amigo, el Conde de Keyserling, afirma: "El camino más corto para encontrarse uno a sí mismo es dar la vuelta al mundo." Exacto. Y podríamos añadir por nuestra cuenta: "El camino más corto para reencontrar a un conocido nuestro—el Conde de Keyserling, por ejemplo—da miles de vueltas al mundo... y siempre se regresa al punto de partida sin haberlo podido encontrar." Cada fracción de tiempo o de espacio, cada cambio en la sensibilidad ajena o propia, cualquier influencia, en suma, de la vida cósmica, nos metamorfosea interior y exteriormente a nosotros y a todo cuanto nos rodea. (Que, en fin de cuentas,

somos nosotros mismos.) Yo no he conocido a hombre alguno que tuviese la posibilidad de perdurar exactamente más de una milésima de segundo. ¿Cuántos Condes de Keyserling he conocido? Decenas, centenas, millares. Uno oriental, otro occidental. Uno imberbe, otro barbudo. Uno energuménico y bárbaro, otro inefable y tierno. Unas veces mi Conde de Keyserling era eslavo, otras germano, otras español. (Incluso he conocido a un Conde de Keyserling súbdito norteamericano, haciéndose acompañar por un pastor protestante en calidad de consejero.) Le he conocido en todas las épocas, en todos los tiempos y en todos los países: liándose a cantazos con el hombre de Cromagnon, intrigando buidamente en las jornadas medievales, departiendo con Unamuno, con Ortega y con Alomar. He visto en su diestra elefantiásica un hacha de sílex, una daga—florentina, naturalmente—y un paraguas verde. Tengo autógrafos suyos escritos sobre piedras con signos jeroglíficos, sobre pergaminos primorosamente miniados, sobre papel membretado con los nombres de todos los hoteles del mundo. Nada de esto puede extrañarle al Conde de Keyserling, que me confesó una noche, sublimado de poesía: "Tengo el sentimiento de ir empujado sin tregua a través de inacabables nacimientos y muertes." Y en no pocas de estas muertes y nacimientos—aunque él quizás no lo recuerde en este preciso instante—yo he sido su compañero y he sentido su mano sobre la mía, mientras nuestros pies se hundían en el vacío y tropezaban nuestras frentes contra las sombras macizas...

Muy difícil—¡imposible!—aprehender íntegramente el pensamiento del Conde de Keyserling. Sólo pueden mostrarse algunos aspectos incompletos de su personalidad, vasta, diversa y mutable, en constante evolución, como un océano o como un continente. Hay posibilidad de guardar muestras de tierra de agua, pero ¿podrían dar idea de un mar, de una llanura o de un monte siquiera? "El agua que guarda este vaso—dijo un niño indio a Tagore—no tiene color; y el mar es azul, verde, blanco, gris, negro, amarillo, rojo..." Y el niño indio, por encima de toda explicación científica, llevaba toda la razón, porque la Poesía es la verdadera verdad—la verdad que se anticipa—, y la Ciencia es la verdad fosilizada—la verdad que ya ha dejado de serlo.

La filosofía keyserliniana—evolutiva, vital, intuitiva—se resiste a una estructuración permanente. No es el frío razonador de un sistema; es un espíritu lírico, un alma de poeta. (Poesía: recreación y videncia.) El Conde de Keyserling es una fuerza que cumple una triple función: generar pensamientos, pulsar sensibilidades, fecundar inteligencias. Gran riqueza genésica; "vitalidad", diría él.

Decía Andrenio: "...la Sociedad Teosófica es orientalista y búdica; la Escuela de la Sabiduría es occidentalista y filosófica." Keyserling lo ha confirmado: "Yo soy un espíritu vehementemente y occidental. Oriente me parece divertido, y eso es todo." Y, sin embargo, en este momento el Conde de Keyserling me parece orientalista y búdico. (Un budismo que compatibiliza el mirarse el ombligo y el andar dando tumbos por el mundo.) Su profusión—y prodigalidad—ideológica es marcadamente oriental. Nada hay que pueda sugerir más exactamente el paisaje mental de Keyserling, que un tapiz persa: una orgía de colores y de líneas, de luces y de sombras, de gritos y de silencios. A esta impresión contribuye—subconscientemente—su fisiología de bonzo injerto en avestruz. Oriental y búdico. Dalai-Lama del Pensamiento; sólo en su Tibet: contradictorio, sibilino, misterioso. Un bonzo...

La máquina, como tal máquina, está en crisis. El avión, más que una máquina, es ya un pájaro: una cosa viva, entrañable, anímica. El culto a la máquina—Marinetti, Léger, Boccioni—, más que al alma, se dirigía a la forma externa; se glorificaban el cigüeñal, la rueda dentada, la biela... Morosamente, los ojos del artista se detenían en lo externo con igual delectación que se posaban antes en el pájaro, en el pez y en la luna. (Pero sin abrir las plumas ni las escamas, sin adentrarse en los cráteres lunares.) Y el signo de la época quizá sea éste: el descubrimiento de que la máquina es un Anima, y de que lo esencial en ella no son el cigüeñal, la rueda dentada y la biela, sino algo más: su espíritu, su fuerza, su influencia, su alma, en suma.

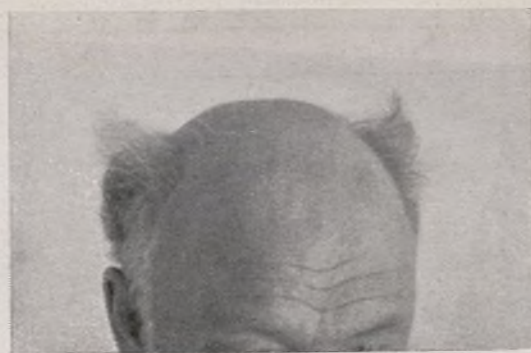
SEGUNDA JORNADA

Junto al cráter del Kilauea.—
Nuevas definiciones e imágenes.—El hombre de las cataratas del Niágara.

El espíritu de la época quizás sea éste: el descubrimiento de que la máquina es un Anima y de que lo esencial en ella no son el cigüeñal, la rueda dentada y la biela, sino algo más: su espíritu, su fuerza, su influencia; su alma, en suma.

Ante el Conde de Keyserling he sentido una impresión similar a la que él experimentó junto al cráter del Kilauea. (Luego, usted y yo, Conde de Keyserling, ¡cuántas veces nos hemos asomado juntos!). "...no siento horror ni encanto. Aquí no puede producirse emoción humana alguna. Me hallo en un estado semejante a aquel en que debía encontrarse el espíritu primigenio cuando flotaba sobre las aguas." ¡Así! "...intento compenetrarme en su principio dinámico. En el sentido cuantitativo no es difícil: las fuerzas que aquí actúan existen todas en mi cuerpo, y sus leyes son también mis leyes; pero sus proporciones hacen, sin embargo, el intento imposible. Un "quantum" muy grande implica un nuevo "quale". Aunque el átomo sea en "sí mismo" un sistema solar, existe, sin embargo, una diferencia entre él y la estrella de que forma parte. El grado de intensidad de las fuerzas conocidas que se expresan en la acción del volcán—o de Keyserling, añado—no puede ser vivido interiormente por mí. Me es fácil describirlo, concebirlo, explicarlo. Pero, ¡no es nada de esto lo que yo quiero decir!"

FOTOS ARBÓS, ESPECIALES PARA "CIUDAD"
Ayuntamiento de Madrid



La cabeza de Keyserling.

...Mi Keyserling se me agota, entre el pulgar y el índice, como un fósforo. ¿Qué hacer? Apagarlo inmediatamente, sacudir fuertemente la mano, y... ¡encender otro!

Hay un adjetivo, que figura en el subtítulo de "La vida íntima", que me agrada para definir la posición, casi constante, del Conde de Keyserling, que no es, precisamente, futurista o porvenirista. (Lo segundo, en todo caso, se acercaría más a la realidad que lo primero.) Me refiero al adjetivo "proximista". Lo cercano, lo inmediato, lo próximo. El poder taumático del Conde de Keyserling—milagro de su verbo y de su pensamiento—anula las distancias en el espacio y en el tiempo. No hay pretérito ni futuro; todo es presente. Estudiar las épocas más remotas, no por incursión en el pasado, sino por "introspección" en el presente. "La historia—dice el Conde de Keyserling—crea la ficción de censuras entre las épocas sucesivas; pero, en realidad, las épocas existen y subsisten unas en otras. Así como ningún estado del individuo se pierde literalmente, sino que retrocede simplemente y desaparece del escenario de la vida operante, así también los estados o situaciones históricas perduran, cuando ya hace tiempo que no actúan en el curso del mundo. Conozco círculos donde pervive el siglo XVIII; conozco provincia en la que aún



La diestra de Keyserling.

domina el espíritu de la época de la Reforma. Es seguro que existen todavía caldeos, sumerios y fenicios; lo que pasa es que no son fáciles de descubrir..." Los ojos del Conde de Keyserling—que son los ojos de halcón que él atribuye a Tolstoi—escudriñan y los descubren. Así se explica perfectamente que el Conde de Keyserling haya podido precisarnos con tanto detalle, tan morosa y amorosamente, la psicología de los más remotos pueblos que dejaron su marca en la cultura mediterránea.

Una de las pocas cosas que pueden afirmarse incontrovertiblemente es que el Conde de Keyserling no quedará nunca convertido en estatua de sal.

Ensayemos definir en una imagen la posición "vitalista" del Conde de Keyserling ante—o mejor dicho: en—los acontecimientos. Diríamos, diríamos, diríamos... ¡Ya está! El Conde de Keyserling es el hombre que sube a las cataratas del Niágara, se mete en un tonel encristalado y se deja llevar por la furia de la corriente, mirando a una y otra parte, unas veces asustado y otras jubiloso, pero nunca indiferente.

Palma de Mallorca, 1935.

PROXIMO NUMERO:

TERCERA JORNADA

Un viaje y una cacería.—India, Extremo Oriente, Norteamérica.—Un mínimo Dante y un Virgilio enorme.



Keyserling.



la gran actriz norteamericana, en una escena del film "Sola con su amor", de próximo estreno en Madrid.

Siguiendo la norma que nos venimos trazando de dar a conocer al público los títulos cinematográficos que se anuncian como de próxima proyección, damos en esta página la parte más interesante del programa que la productora Universal tiene a estas horas en rodaje avanzado o en franco camino de exhibición. Atención, pues, y... paciencia.

Estigma liberador, con Diana Wynyard, Colin Olive, Frank Lawton y Reginal Denny. Dirección de James Whale. El argumento se basa en una novela de John Galsworthy.

Imitación de la vida, con Claudette Colbert, Warren Williams y Halan Hale. Dirección de John M. Stahl, según una obra de Fannie Hurst.

El hada buena, con Margaret Sullivan, Herbert Marshall, Reginal Owen y Frank Morgan. Dirección de William Wyler. Basada en la obra de Franz Molnar.

En nuestros tiempos, con Margaret Sullivan. Dirección de John M. Stahl.

El don de la labia, con Edmund Love, Ruth Etting, Paul Lukas, Chester Morris, Douglas Montgomery, Boris Karloff, Bela Lugosi, Gloria Stuart, Alice White, etc.—gran reparto, en tamaño—. Intervienen además numerosos elementos de las *broadcastings* americanas. Dirección de Karl Freund. Argumento de Jerry Wald y Phil G. Epstein.

Russ Columbo, el malogrado *crooner*, actúa en la obra musical *Vivir para soñar*. La dirección es de Kurt Neumann, y el argumento, de John Meehan.

El misterio de Edwin Drood, film inspirado en la novela de Carlos Dickens. Son sus intérpretes Claude Rains, el protagonista que fué de *El hombre invisible*, Douglas Montgomery, Heiter Angel y David Manners. La dirección se debe a Stuart Walker.

Grandes ilusiones, con Henry Hull, Florence Reed, Philip Holmes, Jane Wyatt y Hallan Ale. Dirigido por Stuart Walker, sobre una novela también de Carlos Dickens.

El gran Ziegfeld, film de gran espectáculo, con William Powell, encarnando la figura principal, secundado por renombradas personalidades de la pantalla y de los teatros del Broadway. El argumento es de William Anthony y Billie Burke.

La vida nocturna de los dioses, película interpretada por Allan Moebay, Floryne McKinney y Peggy Shannon. Dirección del malogrado Lowell Sherman. El argumento se inspira en una novela de Thorne Smith.

El cuervo, según la sensacional obra de Edgar Allan Poe.

El hombre que reclamaba su cabeza, con Claude Rains, Lionel Atwill, Wallace Ford, Lawrence Grant y William Davidson. Dirección de Edward Ludwig. Film basado en un libro de Jean Bart.

Las aventuras de Robinson Crusoe, un nuevo ensayo cinematográfico sobre la popular novela. Henry Hull figura de protagonista.

Papá, bohemio, film dirigido por Edward Buzzell sobre un argumento de Cristine Ames. Interpretado por Adolphe Menjou, Doris Kenyon y Reginald Owen.

Doble secuestro, argumento de Damon Runyon, llevado a la pantalla por Philip Holmes y Mary Carslyle como intérpretes.

El oro de Sutter, basada en la famosa novela de Blaise Cendrars.

Esposas extrañas, con Roger Pryor, June Clayworth, César Romero, Hugh O'Connell, Esther Ralston, Francis L. Sullivan y Valerie Hodson.

George Raft y Carole Lombard



en una escena de la película "Bolero".

Cine

Escaparate de películas nuevas

Por

GABRIEL

GARCIA

ESPINA

Dirección de Richard Thorpe. Argumento de Edith Wharton.

El secreto del castillo, con Claire Dodd, Clark Williams, Alice White, Osgood Perkins, Jack La Rue, William Faversham, George E. Stone, Ferdinando Gottschlak y De Witt Jennings. Dirección de Richard Thorpe.

Rectitud del corazón, con Baby Jane, Roger Pryor, Carol Combe, Mary Astor, Robert McWade, Doris Lloyd y Warren Hymmer. Dirección de Scott Beal. Argumento de Doris Anderson.

Asesiné a un hombre, con Charles Bickford, Helen Vinson, Onslow Stevens, John Darrow, Sidney Blackmer y Dudley Digges. Dirección de Edward Laemmle. Argumento de Colin Clements.

La novia de Frankenstein, con Boris Karloff, dirigido por James Whale.

Una relativa continuación de aquel resucitado Frankenstein, que fué, desde luego, el mejor éxito de Karloff.

Tres amores, film hablado en español, con José Crespo, Mona Maris, Anita Campillo, Mimi Agullia, Carlos Villarias, Paul Ellis, Enrique Acosta, Andrés Segirola, Soledad Jiménez y Rosa Rey. Dirección de Aubrey Scott. Argumento de René Borgia.



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

⊕ *El expreso de la Seda*.—Un tren ha sido siempre buena materia cinegráfica; la pantalla se alegra y rejuvenece con el reiterado dinamismo

"FEDERICA"



Una escena de la película que se exhibe en el Capitol.

ferrviario. Y aunque no es muy nuevo este elemento gráfico en la historia del cine, donde tiene hermanos mayores de prestigio—recordamos un *Expreso Azul*, de maravilla—, siempre es grata visión para un público entendido un poco a fuerza de teatro retratado. Este rápido de la seda es un regular film policiaco. Su mayor bondad está en el dinamismo aludido y en el trabajo de un fotógrafo que halló en el vertiginoso recorrido del tren un excelente motivo para su lucimiento. Neil Hamilton, joven y veterano actor a un tiempo, preside el reparto, y, ciertamente, no ha tenido mucho que hacer.

⊕ *Su mayor éxito*.—Película lenta y pesada, hasta un extremo peligroso para el insomnio. No obstante, y analizando sus elementos por separado, no llega a explicarse cómo ha podido resultar un film así de premioso; porque estos elementos están bien conseguidos: Marta Egghert, excelente actriz y cantante, abrigada por un discreto grupo de actores; buenos escenarios, buena fotografía; vamos a conceder también que buena música... En gracia

PRODUCCION EN LA ARGENTINA

Próximamente se conocerá en España la película *El hombre bestia*, realizada en los Estudios de Rosario de Santa Fe.

Se trata, según nuestras noticias, de un film de carácter internacional, que contiene espectaculares escenas, en las cuales intervienen elementos valiosos de la aviación civil argentina. Figuran en el reparto Carmen Quiroga, Saverio Yaquito, Raul D'Angeli, Lito Bayardo, Elvira Ratti y otros artistas.

UN CENTRO UNIVERSITARIO, "PRODUCTOR" DE PELICULAS

Alumnos de la Universidad de California acaban de rodar una versión de *El retrato oval*, de Edgar Allan Poe. El film, dividido en dos actos, costó 5.000 dólares, y se realizó en los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer, con la cooperación de esa empresa y bajo la supervisión de Richard Bare, un estudiante.

El retrato oval se ha exhibido ya en privado, y se considera posible que la Metro se encargue de distribuirlo mundialmente.

Billie Dove, Robert Montgomery y Marion Davies



intérpretes del film "La Rubia del Folies", en el cual reaparece, después de un largo descanso, la primera de los citados artistas.

a todos estos decorosos matices, dejaremos nuestro pronóstico en un amistoso regular.

⊕ *El enemigo público número 1*.—Un título comercial colgado de este film para hacerle más incentivo al presunto espectador. Este enemigo primero no pasa de ser un bondadoso "gangster" colmado de admirables afectos fraternales. Sólo se lleva por delante a dos colegas indeseables, y por motivos de ayuda decidida hacia su tierno amigo de la infancia, que es nada menos que todo un señor fiscal. No comprendemos bien que dos figuras de tan alto valor en el cine como Van Dyke y Cedric Gibbons, realizador y supervisor, respectivamente, de esta película, hayan llevado adelante este suceso con tan poca fortuna. Lentitud, teatralidad, diálogos interminables y un concepto cruelmente legalista—con particularidad en las escenas finales—muy norteamericano y falsamente democrático, que está en pugna con los más elementales sentimientos de la fraternidad humana. La interpretación es magnífica por parte de Clark Gable y William Powell.

○ *Por tu amor*.—Es una de esas películas consuetudinarias para recoger en su transcurso, como elemento principalísimo, las cualidades de cantante de un caballero o de una dama. En este caso se trata de un señor, Franco Foresta, que, en efecto, tiene una voz admirable. Pero se da también en este film la grata circunstancia de que el elemento esencial de que hablamos está rodeado de un buen ambiente cinegráfico. Un magnífico actor cómico sirve las situaciones precisas con excelente manera. Y son asimismo de una gran belleza las escenas del carnaval veneciano tomadas en la ilustre ciudad italiana.

⊕ *El hombre del Hispano*.—Buena publicidad para la famosa marca de automóviles suizo-hispano-francesa. Más francesa que otra cosa. La película en sí, realizada sobre una popular novela de título análogo, no tiene nada de particular. Algo lenta en varias ocasiones y algo teatral en otras. Esto de la teatralidad del cine va a parecer en nosotros una manía; pero la culpa la tienen los productores que se empeñan en hacer teatro para

Gran éxito



en el CAPITOL

la pantalla. Algunos bellos decorados, algunos bellos paisajes mediterráneos... Y Marie Bell y Jean Murat en un caluroso dúo amoroso. El veterano y sobrio actor francés debe ya irse despidiendo de los papeles de galán.

Otras producciones de Warner Bros.

Tres films de Kay Francis: "Agente británico", drama de la revolución rusa—otro más—; "Viviendo sobre terciopelo", según un argumento de Jerry Wald y Julius Epstein, bajo el control de Frank Borzague, y "Regalos de playa".

Edward G. Robinson llegará hasta la pantalla en tres producciones, la primera de las cuales será "El hombre con dos caras", en donde actúan también Mary Astor, Ricardo Cortez y Mae Clarke, dirigidos por Archie Mayo.

Dolores del Río, emparejada con Franchot Tone, trabajará en "Adiós a Shanghai", un exótico drama de amor.

Dos grandes películas de aventuras: "El capitán rojo", inspirada en la novela de Rafael Sabatini, de la época de los filibusteros, que entrará dentro de la serie de films del millón de dólares, y "El patrón de Ispahin", con George Brent y Josefina Hutchinson, nueva figura, esta última, en el cine. Y "Marfil negro", todavía sin reparto, que se refiere al tráfico de esclavos durante el siglo XVIII.

"Babbitt", el famoso libro de Sinclair Lewis, ha sido llevado a la pantalla, con Guy Kibbee en el personaje central, y Alice Mac Mahon y Maxine Doyle, por "partenaires".

"La escuadrilla Lafayette" y "Diablos en el aire", películas de aviación interpretadas por James Gagne y Pat O'Brien, bajo la dirección de Lloyd Bacon, el realizador de "Aquí viene la armada".

Ahora, que los aficionados a nombres de películas y de estrellas tomen paciente nota de todo lo que sigue:

"El cordial Heriberto", con Guy Kibbes, Aline Mac Mahon y Patricia Ellis. "Gloriosa", con Jean Muir y Leslie Howard, dirigida por Frank Borzague. "Una dama perdida", con Bárbara Stanwick, Frank Morgan, Ricardo Cortez y Philip Reed. "Aceite para lámparas chinas", según una historia original de Alice Tisdale Hobart. "La cacatúa blanca", con Jean Muir en un doble papel, y Ricardo Cortez. "Encubrimiento", con Bárbara Stanwick, Warren William y Glenda Ferril. "Costa norte", con Betti Davis. "El derecho de vivir", con Josefina Hutchinson y George Brent. "Invitación al crimen", según la obra de Rufus King, con Leslie Howard y Genevieve Tobin.

Irene López Heredia



que se presenta por primera vez en la pantalla con el film "Doce hombres y una mujer".



Monumento del Dr. D. Avelino Benavente en el Retiro.

CHARLAS MONUMENTALES

Ni en la paz de los sepulcros...

Desde su busto del Retiro, el ilustre pediatra Dr. D. Mariano Benavente relata para CIUDAD los rasgos más salientes de su vida

FRÍO Y SOL.

¡Buena mañana ésta, en que por el Retiro se hiela el aliento y se congelan las palabras! Con frío, ¡pero qué frío!, y con un sol que asoma burlón entre los nubarrones, para hacernos creer que es capaz de confortarnos con el poder calórico de sus rayos, hemos dado un paseo por las encrucijadas del Parque, no muy apropiado precisamente para el recreo y el higiénico esparcimiento corporal.

Pero nosotros, mártires del deber, no nos habíamos adentrado en el Retiro para ver los árboles vestidos de nieve, ni las barcas en el estanque, ni escuchar el gorjear de los pájaros sobre la arboleda. Nuestro objeto era otro muy diferente, y el cumplimiento de un mandato, el motivo de este paseo por la fronda matritense en esta mañana de frío y de humorístico sol que nos *cobija*. Charlar—¡nada más que eso!—con el busto del que fué pediatra insigne, Dr. D. Mariano Benavente, padre de otro célebre paidólogo, D. Avelino, y del glorioso dramaturgo D. Jacinto. ¡Una familia!

LUGAR.

El monumento que Madrid dedicó a quien tanto bien hizo por su chiquillería está enclavado en el parterre. Sobre un pétreo pedestal descansa el busto del Dr. Benavente. Una obra modesta, sin alardes escultóricos, debida al cincel de Subirats. El artista, en una máxima del maestro muerto que se lee en la parte posterior del pedestal, simboliza de certero modo la idiosincrasia temperamental de don Mariano Benavente:

*Predicación sencilla y amor eterno
Devuelven la salud al niño enfermo.*

¡Todo un compendio de terapéutica infantil!

Pocos monumentos mejor empleados que éste donde se perpetúa la gloria del ilustre médico. Entre niños, donde su vida profesional se desenvolvió; entre niños, amor de sus amores; entre niños, a quienes consagró lo mejor de su ciencia. Y quien entre niños vivió siempre e hizo vivir a tantos, *vive* ahora su eterno reposo inmaterial confortado por el recuerdo de los que siguen las sabias enseñanzas del maestro y supieron tributar a su figura inmortal reverencia y devoción.

PALIQUE.

Quise cumplir las ordenanzas municipales y hablar con el Dr. Benavente desde la pequeña verja que acota el mo-

numento. Vana tarea. Don Mariano, a pesar de que mi voz procuraba ser lo más sonora posible, no me entendía.

—Acércate más; no temas al guarda; el de hoy es un vejete, buen amigo mío, y hará la *vista gorda*. El frío de estos días me tiene medio sordo. Salta la verja y hablemos con más facilidad.

Efectivamente, esquivé la terrible mirada del celoso guarda de parques y jardines, y me planté a los mismos pies del monumento.

—Mal tiempo, doctor Mariano—decimos.

—A todo se acostumbra uno—responde—; son ya muchos años los que llevo aquí dedicado a esta mudez a que me obliga la muerte a la solitaria contemplación de la infancia. ¡Si vieras los malos ratos que paso algunas veces, cuando tengo que oír, sin poder evitarlos, los accesos de la tos ferina! Es espantoso escuchar ese coro convulsivo de pequeños, que parece me miran para pedirme el remedio que les alivie.

Asentimos y continuamos el palique.

—Usted, maestro, nació en Madrid, ¿verdad?

—No, hijo. En Murcia, hace nada menos que ciento diecisiete años, y cincuenta que dejé ese mundo terrenal en que te mueves, bajo el peso de las intrigas, la envidia, la avaricia y la pasión política.

—En Madrid, sí, me hice médico, y en un modesto partido rural, Villarejo de Salvanés, ejercí por vez primera. Vine, sin embargo, enseguida a la entonces corte, y en la Beneficencia provincial estuve encargado de la dirección facultativa de la Inclusa, aquel caserón de mis tiempos, donde por su inhumano turno pasaron tantos niños abandonados para que la caridad oficial los recogiese. Fuí también director del Hospital de Niños, cuando no sólo se luchaba con las enfermedades de la infancia, sino con la obscuridad de la ciencia para el tratamiento de los padecimientos. En el famoso año del cólera, durante aquella horrorosa epidemia que asoló Madrid, trabajé con mis mayores entusiasmos en la guerra contra el bacilo; luché, hice cuanto pude y, tranquila la conciencia por la seguridad de haber cumplido siempre con mis deberes, el mismo año ochenta y cinco dejé la vida que no pudo vencer la implacable y poderosa fuerza de la muerte.

—Su talento, doctor Mariano, ¿lo consagró entero a las enfermedades de los niños?

—Muchas gracias por el amable concepto, joven—el busto de D. Mariano se inclina, reverencioso—. Bastantes horas de mi existencia las dediqué a la literatura, y al abandonar el mundo viviente y trasladarme a los espacios de lo ignoto, dejé en este Madrid muchos trabajos esparcidos en diferentes revistas de la época. En las saletas científicas fué muy comentado mi discurso académico acerca de “La hidroterapia española en el siglo XVIII”.

—¿Cómo transcurre, maestro, su inmortalidad en estas soledades?

—Perfecta y tranquilamente, amigo. Puedes creerme que no echo de menos el barullo de esa vida vertiginosa y conmocional que lleváis ahora los españoles. El modernismo avasallador tiene la culpa de todo. Aquí, en mi retiro, y nunca mejor empleada la palabra, pasa plácidamente mi *vivir* de piedra, y cuando no hace mucho frío, nunca me faltan chicos que me rodean y charlan conmigo.

—¿Como hace tantos años!

—Por desgracia, no es así. Hasta en esto se aprecia la funesta invasión de los tiempos de hoy. Los niños de ahora saben esperanto cuando nacen. ¡Si vieras lo que perjudica a la frágil economía de los chiquillos tanto librote mal digeridos por los *papás*!

—Antes veías a los niños por estos paseos recreándose en sus juegos propiamente infantiles, sin pensar más que en sus travesuras, que tan bien van para su desarrollo físico e intelectual. Ahora los tienes que no piensan más que en pistolas, en atracos, en tiros y muertes. ¡Qué pena! ¡Y no te digo nada del vocabulario que se gastan los mocosos! ¡Influencias del tiempo moderno, mala educación, ignorancia de los pedagogos, errores imperdonables de los padres! ¡Los tiempos que cambian y lo atropellan todo!”

Y el busto del Dr. Benavente, al decirnos estas palabras, parece como si quisiera saltar del pedestal para convencerme de sus rotundas afirmaciones.

—Una pregunta más, don Mariano: ¿cuál es su personal opinión sobre el palpitante y pavoroso problema de la plétora médica?

—Desde aquí comprenderás que la vida y las luchas de los demás se ven con serenidad, y puedo decirte que para mí la plétora profesional no es otra cosa que una faceta más del enorme y general problema que tiene planteado desde hace mucho tiempo la clase media. Sobran médicos, como sobran abogados, y farmacéuticos, y *equipos de fútbol*. No es humana ni *deportiva* esa complicadísima carrera de obstáculos detrás del más modesto puesto vacante, que, cuando se alcanza, el elegido de los dioses que tiene la enorme suerte de llegar primero se encuentra con la *agradable* sorpresa—y esto es absolutamente verídico—de que la cocina del establecimiento que la ciencia del médico tiene que dirigir cobra más por hacer la comida que el compañero por llevar sobre sí la trascendental responsabilidad de la

DOS POEMAS EN PROSA

Notas de una evocación

Tú y yo. Solos. Los dos hemos visto Toledo. Anduvimos toda una noche, hasta que el horizonte se nos apareció abriendo sus ojos perezosos de luz. ¡Qué bonita estaba la vega desde el Miradero!

Entonces los gallos cantaron un amanecer color de acero limpio. Vestidas las calles de sol, nos despedimos. Tú, a dormir tus sueños. Yo, a velar los recuerdos.

Recuerdo cómo nos persiguieron toda la noche las panzudas cúpulas de la Catedral: siluetas obscuras de noche sobre azul de cielo muerto: panzas apretadas de silencio.

...Y vimos cómo a la luna gustábase darse aspecto de vieja postal romántica, haciendo contornos blancos sobre perfiles negros.

...Y cómo las canas de río—reflejos de plata—se peinaban bajo el arco de Alcántara para despedirse de la ciudad recortada con tijeras de media noche.

...Y vimos también—¡tú no te diste cuenta!—cómo en la noche callada, al ver lo inevitable de su partida sin retorno, abrazaba las crespas faldas de la ciudad dormida. Y lloraban lágrimas de río enamorado todos los puentes. Los dos oímos su quejarse lastimero. Tú no sabías de su pena. Ni por qué lloraste luego.

Andar y andar.

Tú y yo solos.

—¿No te acuerdas? En las encrucijadas, nuestras sombras nos hacían miedo: capuchones pavorosos de monje sacrilego.

Tan pronto eran ridículos enanos de horrible marchar zambo.

Tan pronto eran largos gigantes de cojo andar penoso.

Tan pronto eran alas recortadas de algún demonio extraño.

Eran sombras que jugaban al escondite con cualquier reflejo de luz celestina; o se besaban entre abrazos retuertos. Una—la tuya—subió estirada, estirada, por una pared de convento; y la mía, detrás. Un ventanal abierto, con luz de celda, les hizo un agujero. ¡Qué susto! Parecía que se habían muerto. Pero no: seguían jugando al corro con nosotros dentro.

Andar y andar.

Una campana—¡qué lejos!—nos habló de brujas.

Entonces vimos... Vimos—tú, muy junta a mí—, cómo la luz de las estrellas—serrín del cielo—se alargaba por una calleja empinada para besar los pies de un Cristo desnudo.

Dime: ¿éramos más buenos?

¡Siempre en mi recuerdo el lento llorar que oímos desde el Miradero! Tú no sabías de su pena. Ni por qué lloraste luego.

Estampa romántica

Tiene la niña la mirada triste tras el pálido estor celoso de su hermosura.

Vuelan sus manitas sobre el respunte limpio de su bastidor de nieve; borda la niña—con el hilo de una canción—su amor primero; teje la mirada melancólica entre el blando tul de su balcón de colegiala.

Las notas esparcidas, duras, lentas—pero románticas—, de un estudio de Chopin caen sobre la tarde quieta; caen con la evocadora nostalgia de un recuerdo mohino...

...Es una blanca toca.

...Son unas manos de marfil sobre el marfil del teclado.

...¡Ay, los amores aquellos! Se fueron. Se fueron, y sólo ha quedado una toca muy blanca, unas notas en el piano.

Las campanas de la Compañía, al sonar, ponen en el barrio un aírón de convento.

Las secas pisadas de un fraile—cabizbajo y rezador va—cortan el silencio en trozos iguales.

...Caen ahora, en lluvia gruesa, las últimas notas del “vals brillante”.

Esta mi balcon tan cerca del colegio... Es la calle tan estrecha... Tan espeso el silencio...

Yo la miro desde mi mesa revuelta.

Ella me mira desde su labor nevada.

¡Es tan bonita la niña vestida así!

Tiene un traje azul; y sobre él, un gracioso babero blanco.

Tiene unos ojos muy claros.

Es encaje de oro y sol su blonda cabecita de niña asustada.

Tiene unos labios muy rojos: así.

—No debes hacer labor tan tarde. Ya no hay luz; tienes los ojos colorados. Tocaban ahora las ánimas. ¡Mal llegarías a vieja!

—Hermana, ¿se llora de bordar sin luz?

—Sí, niña, sí; pero no llores. Eres muy joven aún. Y no merece la pena.

Desde mi ventano; desde mi alborotado cuarto de estudio, veo, tras el místico balcón, el fino perfil de la niña que juega a bordar amores.

No bordes, niña, sin luz...

vida de los enfermitos. ¡Figúrate en qué situación está planteado el problema!

HASTA OTRO DÍA.

No queremos molestar más a quien tan amablemente ha conversado con nosotros. Nos despedimos del maestro.

—Que vengas por aquí. Aunque amigos no me faltan, me gusta mucho charlar con los que escribís en la Prensa. ¡Después me lo leen y me entretiene mucho! Ven un día que esté mejor el tiempo. Esto está hermoso en primavera. ¡Ah!, y no se te olvide decir aquello de Jacinto en *Los intereses creados*, cuando en el prólogo pedía al auditorio que “añifase, en lo posible, el espíritu”. A los hombres de hoy hay que decirles lo mismo que decía mi hijo, para que los niños, ¡los que son en verdad niños!, no quieran ser hombres antes de tiempo.

¡Y así nos *crece el pelo* en este valle de lágrimas!

—Adiós, don Mariano.

DR. FERNANDEZ CUESTA



Me incliné hacia él para levantarlo, y tuve la impresión de que estaba muerto.

LA CAJA OBLONGA

Por EDGAR ALLAN POE

DIBUJOS DE MIGUEL GOMEZ

Hace algunos años, hallándome en Charleston (Carolina del Sur), reservé una cabina para Nueva York en el hermoso navío "Independence", comandado por el capitán Hardy. Debíamos levar anclas el 15 del mes de junio, si el tiempo lo permitía; y el 14 me dirigí a bordo para hacer algunos arreglos en mi cabina. Descubrí que seríamos muchos y que, especialmente, habría más damas que de costumbre. En la lista de pasajeros estaban los nombres de algunos conocidos, y me alegré de ver figurar allí, entre otros, a Mr. Cornelius Wyatt, un joven artista por quien yo abrigaba sentimientos muy amistosos. Había sido mi camarada en la Universidad de C..., donde nos tratamos bastante; tenía ese temperamento que con frecuencia acompaña al genio: mezcla de misantropía, de sensibilidad y de entusiasmo. Agréguese a todo ello un corazón muy afectuoso y fiel.

Noté que su nombre aparecía relacionado con tres cabinas diferentes, y, consultando de nuevo la lista de pasajeros, encontré que había reservado pasajes para él mismo, para sus dos hermanas y para su mujer. Las cabinas eran bastante espaciales, y cada una tenía dos cuartos, una encima de la otra. Esas cuartos, por lo demás, eran tan estrechos, que no podían contener más de una persona; sin embargo, yo no comprendía por qué había reservado tres cabinas para aquellas cuatro personas. Me hallaba, en aquella época, en un estado de espíritu especial, que agudizaba mi anormal curiosidad por los detalles insignificantes; y confieso, para mi vergüenza, que elevé un montón de hipótesis vulgares y grotescas relativas al asunto de la cabina suplementaria. Aquello no me interesaba, desde luego; pero eso no me impidió consagrarme con tenacidad a la solución del enigma. Por fin, llegué a una conclusión tan sencilla, que me asombré de no haber pensado antes en ella: "Es, evidente, para un criado—me dije—. ¿Cómo no se me ocurrió enseguida?"

Y tomé luego la lista: pero allí comprobé claramente que ningún servidor acompañaba a los cuatro pasajeros, aunque se hubiera tenido esa intención, pues las palabras y una criada habían sido escritas al principio para después ser tachadas. Equipaje suplementario, evidentemente, resolví ahora. Maletas que no quiere confiar a la sala, sino tenerlas a la vista. ¡Ah!, ya caigo: un cuadro o algo por el estilo; y es sobre eso que lo vi discutir largamente con Nicolino, el judío italiano. Esta idea me satisfizo, y mi curiosidad, por el momento, se disipó.

Yo conocía muy bien a las dos hermanas de Wyatt, que eran jóvenes, agradables e inteligentes. El se había casado hacía poco, y yo no había visto nunca a su mujer. Frecuentemente habló de ella ante mí con su entusiasmo habitual. La describía como poseyendo una belleza extraordinaria, rara, espiritual y perfecta en todo sentido.

El día que yo visité el navío (el 14), Wyatt y sus compañeros debían también ir (eso, por lo menos, es lo que me dijo el capitán); y esperé en el puente una hora más de lo necesario, con la esperanza de ser presentado a la joven esposa; pero llegó un mensaje: Mrs. Wyatt estaba un poco indispueta y no subiría a bordo hasta el día siguiente, en el momento de la partida.

Al día siguiente me dirigía del hotel hacia el muelle, cuando encontré en mi camino al capitán Hardy; me dijo que, en razón de las circunstancias (e presión estúpida, pero cómoda), creía que el "Independence" no podía levar anclas antes de uno o dos días; y que, cuando todo estuviese listo para la partida, me mandaría avisar. Eso me resultó extraño, pues soplabla una buena brisa del sur; pero siendo las circunstancias las que eran, yo no podía hacer nada mejor que volver al hotel y digerir en el ocio mi impaciencia.

No recibí el mensaje esperado durante toda una semana. Llegó, por fin, y me dirigí inmediatamente a bordo; los pasajeros se apretujaban sobre el barco, y todo el mundo andaba atareado esperando el momento de la partida. Wyatt llegó diez minutos después que yo; eran las dos hermanas, la joven esposa y el artista; este último parecía presa de una de sus habituales crisis de malhumor. Yo lo conocí, sin embargo, muy bien para concederle a eso ninguna importancia. No me presentó siquiera a su esposa, y fué la hermana, Marian—una muchacha encantadora y fina—, quien nos presentó rápidamente. Mrs. Wyatt llevaba un velo muy espeso; y cuando se lo levantó, recibiendo mi saludo, confieso que me sentí profundamente asombrado. Y me hubiera sentido mucho más asombrado aún si una larga experiencia no me hubiera habituado a depositar demasiado confianza en las entusiastas descripciones de mi amigo, el artista, cuando se dejaba llevar en el comentario de los encantos de su mujer. Tratándose de belleza, yo sabía muy bien con qué facilidad Wyatt se remontaba a las regiones del puro ideal.

Mi vieja curiosidad despertó enseguida. Wyatt no tenía criado; eso era seguro. Traté, pues, de ver el equipaje suplementario. En efecto: un poco más tarde, un carrito se detuvo en el muelle, trayendo una caja oblonga de abeto, y nada más que eso. La caja fué transportada a bordo, e inmediatamente después levábamos anclas. Franqueamos la barra, sin inconveniente, y pronto pusimos proa al mar.

He precisado que la caja en cuestión era oblonga; tenía unos seis pies de largo por dos y medio de ancho (la había observado con atención, y me gusta ser preciso). La forma de aquella caja era bastante singular, y en cuanto la vi me felicité por haber estado acertado. Se recordará que mi última hipótesis era que el equipaje suplementario de mi amigo el artista podía ser un cuadro o varios cuadros, pues yo sabía que durante varias semanas estuvo conferenciando con Nicolino; y ahí veía una caja que, de acuerdo con su forma, no podía contener sino una copia de "La Cena de Leonardo". Ahora bien: yo había visto en el negocio de Nicolino una copia de esa *Cena*, hecha por Rubini el joven, de Florencia. Consideré, pues, que el asunto quedaba resuelto satisfactoriamente para mí, y experimenté cierto orgullo por mi propia perspicacia. Era la primera vez que veía a Wyatt disimularme uno de sus secretos artísticos; evidentemente, había resuelto demostrar su sagacidad haciendo pasar aquel cuadro en Nueva York, casi bajo mis narices y, según creía, sin que yo me diese cuenta. Decidí, de inmediato, tomarme enseguida un buen desquite.

Algo, sin embargo, me fastidiaba: la caja no fué puesta en la cabina suplementaria, sino en la de Wyatt; y permaneció allí, ocupando casi toda la superficie del "parquet", y causando en esa forma al artista y a su mujer muchos inconvenientes, tanto más cuanto que la pintura o el alquitrán con que habían trazado sobre la caja inscripciones en gruesas mayúsculas despedía un olor muy fuerte, desagradable y hasta repugnante. En la tapa estaban pintadas las palabras: "Mrs. Adelaide Curtis. Albany, New York. En casa de Cornelius Wyatt, esq. Con cuidado. Tapa."

Pues bien: yo sabía que Mrs. Adelaide Curtis, de Albany, era la madre de Mrs. Wyatt; pero creía que toda aquella dirección no era sino un engaño especialmente preparado para inducirme a error. Concluí que la caja y su contenido no estaban destinados a ir más allá del taller de mi malhumorado amigo, en Chambers Street, Nueva York.

Durante los dos o tres primeros días de viaje tuvimos buen tiempo, aunque el viento se hubiese dado vuelta al Norte (obligándonos a navegar con más rapidez) en cuanto perdimos de vista la costa. Los pasajeros estaban, pues, de muy buen talante y dispuestos a ser sociables; con excepción de Wyatt y de sus hermanas, que permanecían bastante alejados, y yo me veía forzado a comprobarlo, no demostraban ninguna cortesía hacia el resto del pasaje. No concedí, por lo demás, ninguna importancia a la actitud del mismo Wyatt: estaba preocupado, mucho más preocupado que de costumbre (hasta melancólico); pero ninguna excentricidad de su parte me hubiera extrañado. Por el contrario, yo no podía hallar excusa para sus hermanas: ellas se encerraron en su cabina durante la mayor parte del viaje, y se negaron, a pesar de mis reiterados esfuerzos, a entablar conversación con nadie de a bordo.

Mrs. Wyatt tenía maneras más agradables. Quiero decir que le gustaba conversar y hasta charlar, cosa que, en el océano, es más bien un buen síntoma. Trabajó amistad con la mayoría de los pasajeros y, con mi profunda sorpresa, manifestó con respecto a los hombres una tendencia bien franca a la coquetería. Nos distraía mucho a todos; digo distraía, pero resultárame difícil dar una explicación. La verdad es que, como lo noté enseguida, nos reíamos más frecuentemente de Mrs. Wyatt que con Mrs. Wyatt. Los caballeros no hablaban mucho de ella; pero las damas, al cabo de poco tiempo, declararon que era una buena muchacha, si bien cualquier cosa desde el punto de vista físico, carente en absoluto de instrucción y, en suma, harto vulgar. Lo que todo el mundo se preguntaba era cómo Wyatt había podido dejarse arrastrar a casarse con ella. Una buena dote ofrecía la respuesta más aceptable; pero yo sabía que esa solución era insostenible, pues Wyatt había dicho que ella no aportaba ni un dólar y ni siquiera esperanzas en ese sentido. Se había casado con ella, me dijo, por amor y solamente por amor; y su mujer, agregó, era digna del más grande amor. Cuando recordaba las expresiones ditirámicas que mi amigo empleara, yo me sentía perplejo. ¿Su sentido común lo había abandonado? ¿Qué otra explicación podía ocurrírseme? El, tan refinado, tan inteligente, tan difícil; él, que tenía una sensibilidad tan delicada para la menor falta de gusto, una apreciación tan entusiasta de la belleza. Evidentemente, ella parecía albergar mucha ternura para Wyatt—sobre todo cuando éste no se hallaba a su lado—, pues se mostraba entonces bastante ridícula citando por cualquier motivo la opinión de su querido esposo, Mr. Wyatt. Tenía la palabra esposo "siempre en la punta de la lengua" (para emplear una de las delicadas expresiones que le eran gratas).

En compensación, todo el mundo podía advertir que él la evitaba en la forma más visible: se encerraba solo la mayor parte del tiempo, viviendo, por así decir, exclusivamente en su cabina, dejando a la esposa en perfecta libertad para distraerse como quisiese, en la numerosa compañía del salón de primera.

La conclusión que saqué de cuanto veía y oía fué que Wyatt, el artista, por algún raro capricho del destino o en el entusiasmo de una pasión imaginaria, había sido inducido a casarse con una mujer muy por debajo de su nivel, y—consecuencia fatal—que de ello había obtenido un disgusto absoluto y rápido. Yo le compadecía desde lo más hondo de mi corazón, pero no por eso le perdonaba sus picardías en el asunto de "La Cena". Con respecto a eso, ya estaba resuelto a vengarme.

Un día le encontré en el puente, y, tomándole de un brazo, de acuerdo con una vieja costumbre, me paseé con él desde una punta a otra del navío. Su tristeza (que ahora me parecía lógica) me resultaba tan profunda como al principio. Hablaba poco y como por accesos, con visibles esfuerzos. Hice una o dos bromas, y Wyatt insinuó una sonrisa penosa. "Pobre diablo", me dije yo, pensando en la esposa, y asombrándome hasta que me pudiera fingir asomos de buen humor. Me decidí, finalmente, a atacarlo en sus reductos más íntimos; quería empezar por una serie de insinuaciones indirectas acerca de la caja oblonga, únicamente para hacerle comprender, poco a poco, que yo no era una ingenua víctima de su engaño. Mi primera observación fué como el disparo de una batería oculta; dejé caer algunas palabras sobre la forma tan singular de aquella caja, y, al decir esto, sonreí con expresión de entendido, codeándole suavemente el pecho.

La forma en que Wyatt recibió esa inocente broma me demostró, ahí mismo, que el artista estaba completamente descitrado. Me miró al principio como si no alcanzase a comprender la intención de mis alusiones; pero, a medida que el sentido de mis palabras se le hacía más claro, sus ojos parecían salirse de las órbitas. Luego se puso rojo, enseguida terriblemente pálido y, como si mi observación le hiciese una gracia enorme, se abandonó a un ruidoso, ensordecedor acceso de risa que duró sus buenos diez minutos. Y, cuando su risa hubo cesado, Wyatt cayó pesadamente sobre cubierta. Me incliné hacia él para levantarlo, y tuve la impresión de que estaba muerto.

Pedí socorro, y conseguimos, con bastante dificultad, devolverlo a la vida. Al recobrar el conocimiento, articuló durante algunos segundos frases incoherentes; le hicimos una sangría y le acostamos en su lecho. Al día siguiente parecía totalmente restablecido, por lo menos en lo relacionado con su salud física. De su estado mental, nada más diré: yo lo evité durante el resto del viaje, por consejo del comandante, que parecía compartir enteramente mis ideas sobre Wyatt, pero rogándome que no dijera nada a nadie.

Inmediatamente después de aquel acceso de Wyatt, se produjeron varios pequeños hechos, que no hicieron sino aumentar mi curiosidad. Entre otros, éste: Yo me había puesto bastante nervioso, por beber con exceso té verde demasiado cargado y por haber dormido mal o, mejor, no haber dormido durante dos noches. Mi cabina, como la de todos los pasajeros célibes, daba al comedor. Las tres cabinas de Wyatt daban a un vestíbulo aislado y separado del comedor por una simple puerta corrediza. Durante la noche, esa puerta no quedaba cerrada con llave. Como navegábamos siempre a toda marcha y con una brisa bastante fuerte, el navío estaba continuamente de banda a barlovento, y cuando el viento soplabla de babor, aquella puerta se abría sola y permanecía abierta, pues nadie se molestaba en cerrarla. Mi cabina estaba situada de manera tal que, cuando mi puerta y la otra estaban abiertas (y mi

puerta estaba abierta siempre, a causa del calor), mis ojos podían hundirse en el vestíbulo de los Wyatt y ver precisamente la parte a que daban sus cabinas. Bien. Durante dos de aquellas noches (no consecutivas), mientras yacía completamente desvelado en mi cucheta, pude ver con toda claridad a Mrs Wyatt que salía sigilosa de la cabina del marido y entraba en la cabina suplementaria, donde permaneció hasta la madrugada; su marido la llamó entonces, y ella fué a reunirsele. Era evidente que dormían separados, esperando, sin duda, un divorcio oficial: "Es ahí, me dije, donde hay que buscar la explicación de la cabina suplementaria."

Hubo también otro detalle que me intrigó mucho. Durante aquellas dos noches de insomnio, e inmediatamente después de la desaparición de Mrs. Wyatt en la cabina suplementaria, mi curiosidad fué acicateada por ciertos ruidos raros, ahogados, procedentes de la cabina del esposo. Luego, al escuchar algún tiempo con mucha atención, llegué a descifrar perfectamente el sentido de aquellos ruidos: los producía Mr. Wyatt al abrir la caja oblonga con un destornillador y un martillo (este último, probablemente envuelto, para amortiguar el ruido, en un trozo de paño de lana).

Creí casi reconocer el momento preciso en que Wyatt levantó suavemente la tapa, y también la operación con que la retiró por completo y la depositó bajo la cucheta inferior de la cabina; adiviné esto por ciertos ligeros ruidos producidos por la tapa, mientras Wyatt trataba de depositarla con suavidad, al raspar el marco de madera de la cucheta, pues en el "parquet" no había sitio. Enseguida reinó un silencio absoluto, y nada más oí, ni la primera vez ni la segunda, hasta la mañana, salvo, quizá, por momentos, un murmullo semejante a sollozos ahogados y casi imperceptibles, a menos que esta última impresión no fuese totalmente fruto de mi propia fantasía. Acabo de decir que aquello daba la impresión de ser llanto o suspiros; pero, evidentemente, no podía ser eso; y pienso si realmente no era una vibración nerviosa en mis oídos. Mr. Wyatt, sin duda alguna, estaba en trance de dar rienda suelta a una de sus manías, de complacerse en uno de sus accesos de entusiasmo artístico. Había abierto su caja oblonga para volver a alimentar su ojos con el tesoro artístico allí oculto; nada existía allí que pudiese hacerlo sollozar; por eso repito que aquello debió ser un juego de mi imaginación excitada por el té verde del buen capitán Hardy. Exactamente antes del alba, después de cada una de aquellas noches, oí con claridad que Mr. Wyatt volvía a colocar la tapa en la caja oblonga y a hundir los clavos en su sitio, valiéndose de un martillo forrado con paño. Enseguida salió de su cabina, completamente vestido, para ir a llamar a Mrs. Wyatt.

Llevábamos ya siete días de mar y nos encontrábamos en la travesía del cabo Hatteras, cuando se desencadenó de súbito una violenta borrasca del Sudoeste. Estábamos, hasta cierto punto, preparados para ello, pues el cielo se había puesto ya amenazante desde hacía algún tiempo. A bordo prepararon todo, y como el viento fuese cada vez más fresco, dimos caza bajo la cangreja y la pequeña gavia, reducidas ambas en dos rizos.

Bajo este velamen hicimos rumbo, bastante tranquilamente, por espacio de cuarenta y ocho horas; nuestro barco parecía resistir muy bien a las ondas, y las olas, que reventaban de tiempo en tiempo sobre el puente, no nos inquietaban. A todo esto, la borrasca se convirtió en huracán, y nuestra cangreja se rasgó en jirones, haciéndonos caer tan brutalmente en la concavidad de las ondas, que cabalgamos, envión tras envión, sobre varias gigantescas trombas de agua. Tres hombres estuvieron a punto de ser arrastrados por el armazón de la despensa, y la mayor parte del empalmetado de babor. Apenas habíamos recobrado el sentido, cuando la pequeña gavia se desgarró completamente, y el barco recobró su equilibrio, pareciendo hasta mantener su rumbo mejor que antes.

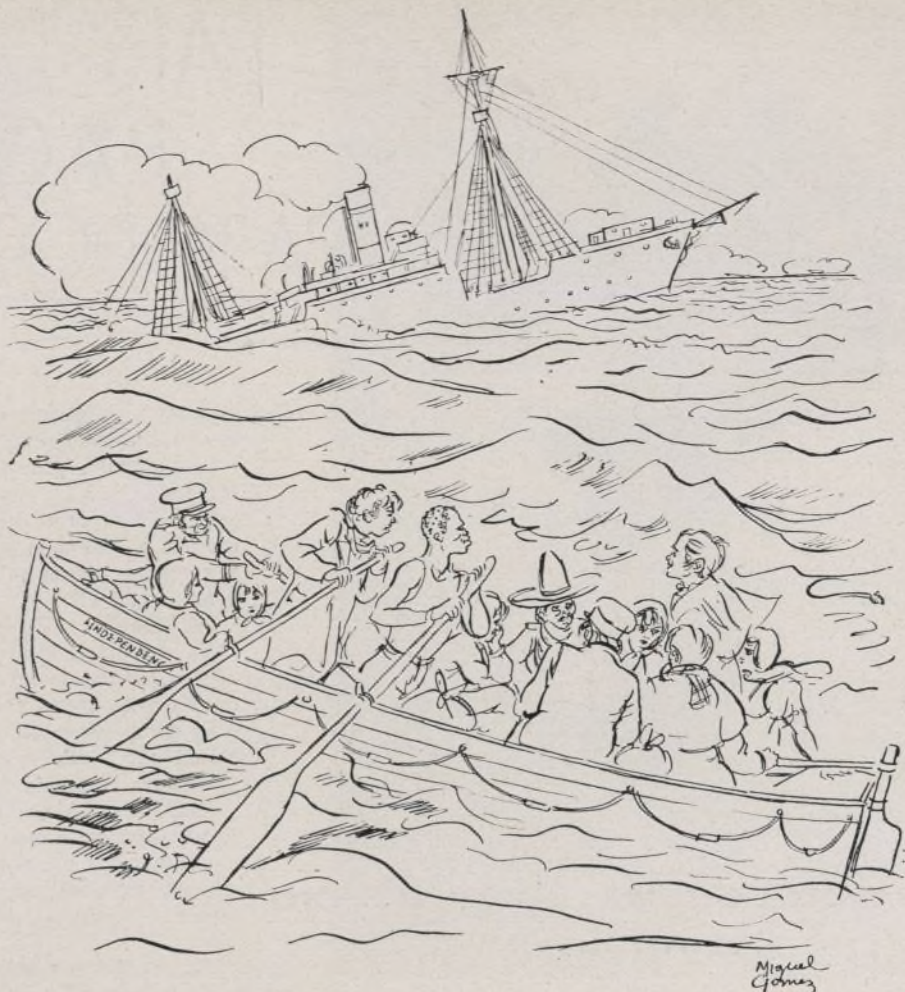
La tempestad continuaba, sin embargo, y no veíamos ningún signo de calma. El aparejo cedía bastante, y al día siguiente, a eso de las cinco de la tarde, nuestro palo de mesana, en un fuerte vaivén del barco bajo el viento, pasó por encima de la borda. Durante más de una hora tratamos de desembarazarnos de él, pues el vaivén se hacía cada vez más inquietante; y no lo habíamos aún conseguido, cuando el encargado del calafate vino a anunciarnos cuatro pies de agua en la cala. Para hacernos aún más embarazosa nuestra situación, nos encontramos con las bombas obstruidas y casi inutilizadas.

Todo, mientras tanto, era confusión y desesperación; pero se hizo un esfuerzo para aligerar el navío, arrojando por la borda una parte del cargamento y tratando de desembarazarlo de los mástiles que nos quedaban. Logramos eso, por fin, pero las bombas seguían fuera de servicio, y el agua penetraba más y más por la brecha.

Al crepúsculo, la tempestad había perdido un poco su fuerza, y como también el mar se hubiese calmado un poco, teníamos aún la esperanza de poder salvarnos en los botes.

A las ocho de la tarde las nubes se disiparon a estribor, y tuvimos la ventaja de la luna llena, lo que levantó como por milagro a nuestros espíritus abatidos. Luego de increíbles esfuerzos, conseguimos, por fin, hacer pasar, sin ningún accidente serio, la chalupa por encima de los empalmetados, e hicimos entrar en ella a toda la tripulación y a la mayor parte de los pasajeros. La chalupa pudo bogar inmediatamente, y después de diversas tribulaciones, llegó sin pérdidas a Ocracoke Inlet, a los tres días del naufragio.

Catorce pasajeros y el capitán habíamos quedado a bordo, resueltos a confiar su suerte al bote de atrás. Pudimos ponerlo en el agua sin dificultad, pero sólo fué por un milagro que no se sumergió al contacto de las olas. Estaban allí el capitán y su esposa; Mr. Wyatt y



Nos esforzamos durante un tiempo para mantenernos en nuestro sitio con los remos; luego nos alejamos tristemente.

sus compañeras; un oficial mejicano, con su esposa y cuatro hijos, y yo, además de un sirviente negro.

No teníamos lugar sinopara los instrumentos indispensables y algunas provisiones; a nadie se le había ocurrido llevar nada más que la ropa que tenía puesta. Cuál no sería, pues, nuestro asombro cuando, habiéndonos alejado apenas algunas brazas, vimos que Mr. Wyatt se erguía en la parte de atrás del bote y le pedía fríamente al capitán Hardy que nos hiciese volver, para permitirle tomar su caja oblonga.

—Síntese, señor Wyatt—contestó el capitán con bastante severidad—. ¡Nos va a hacer zozobrar si no se queda quieto! ¡No ve que el borde del bote está casi bajo el agua?

—¡La caja!—vociferó Mr. Wyatt, continuando en pie—. ¡La caja! Capitán Hardy: usted no puede, usted no va a negarme eso. Tiene un peso insignificante; no pesa nada, casi nada. ¡Por la madre de usted, por el amor de Dios; en nombre de su misma salvación, le suplico que volvamos por la caja!

Por un momento el capitán pareció emocionado ante el ruego del artista, pero recobró enseguida su severa expresión, y dijo simplemente:

—Señor Wyatt: usted está loco. Yo no puedo escucharle. Le repito: síntese, o va a hacer zozobrar el bote. ¡Quietos! ¡Agárrenlo, ténganlo! ¡Va a saltar al agua!... ¡Ah! Lo sabía... Trepó por la borda...

En efecto, mientras el comandante decía esto, Mr. Wyatt se tiraba del bote y, como estábamos aún a sotavento del mostrenco, conseguía, con un esfuerzo casi sobrehumano, asir el cable que colgaba de un escabén hacia su cabina.

Durante ese tiempo, nosotros habíamos sido arrastrados hacia la parte trasera del barco, y no estando ya a sotavento, nos sentíamos a merced de las enormes olas que se entrechocaban en torno del bote. Hicimos un gran esfuerzo para volver a sotavento del mostrenco, pero nuestra pequeña embarcación bailaba como una pluma bajo el soplo de la tempestad. Comprendimos, de pronto, que el desdichado Wyatt estaba perdido.

Cuando la distancia entre nosotros y el navío abandonado aumentó rápidamente, vimos al loco (pues así era como lo juzgábamos ahora) surgir de la gran escotilla, hasta donde había izado, a costa de una energía extraordinaria, la caja oblonga. Mientras lo mirábamos boquiabiertos, pasó rápidamente varias vueltas de una gruesa cuerda, primero en torno a la caja y luego en torno a su cuerpo. Algunos segundos más tarde, el cuerpo y la caja desaparecieron en el agua, aparentemente para siempre.

Nos esforzamos durante un tiempo para mantenernos en nuestro sitio con los remos; luego, nos alejamos tristemente. Por espacio de una hora, nuestro silencio no fué interrumpido. Luego aventuré una observación.

—¿No notó, comandante, con qué rapidez se hundieron? ¿No era realmente extraño? Confieso que tuve la vaga esperanza de verlo salvarse cuando le vi atarse a la caja y confiar ésta a las ondas.

—Se fueron a pique, como era natural—contestó el comandante—, pero pronto volverán a la superficie, aunque no antes de que la sal se haya disuelto.

—¿La sal?—exclamé.

—¡Chist!—hizo el comandante, mostrándome con el rabillo del ojo a la mujer y a las hermanas del difunto—. Hablaremos de todo esto en algún momento más apropiado.

Padecimos bastante, y más de una vez estuvimos a punto de sucumbir; pero la suerte nos sonrió, a pesar de todo, lo mismo que a nuestros camaradas de la chalupa, y desembarcamos por fin, después de cuatro días de intenso sufrimiento, en la playa que daba frente a la isla de Raonoke. Nos quedamos allí unas cuatro semanas, y no tuvimos que lamentar la presencia de piratas de mostrenco; por último, logramos tomar pasaje en un navío que iba rumbo a Nueva York.

Varios meses después de la pérdida del "Independence", encontré por casualidad al capitán Hardy en Broadway. Nuestra conversación recayó, naturalmente, sobre el desastre y, de manera especial, sobre la suerte del pobre Wyatt. Fué entonces cuando me enteré de los detalles siguientes:

El artista había retenido pasajes para él mismo, su mujer, sus dos hermanas y una sirvienta. Su mujer era, en verdad, como él la describiese: una criatura muy hermosa y de acabado encanto. La mañana del 14 de julio (el día que yo visité el barco por primera vez), la joven debió guardar cama repentinamente y murió. El marido estaba aterrado por su desesperación, pero imperiosas razones le imposibilitaban postergar su viaje a Nueva York. Por una parte, era necesario llevar a la madre de la esposa aquel cuerpo adorado; pero, por otra, un prejuicio invencible se oponía a ello: de cada diez pasajeros, nueve habrían abandonado el navío antes que viajar con un cadáver.

Ante aquel dilema, el capitán Hardy tomó las disposiciones necesarias para que el cuerpo, parcialmente embalsamado y embalado con una gran cantidad de sal en una caja de dimensiones apropiadas, fuese llevado a bordo como un bulto de mercaderías. Nadie debía mencionar la muerte de la joven señora; y como se sabía que Mr. Wyatt había reservado un pasaje para su esposa, fué necesario que otra persona la reemplazase durante el viaje. La doncella de la difunta consintió, sin dificultad, en desempeñar aquel papel. La cabina suplementaria, reservada para ella en vida del ama, no fué devuelta, y era allí donde la supuesta Mrs. Wyatt dormía todas las noches.



Enseguida reinó un silencio absoluto, y nada más oí, ni la primera vez ni la segunda, hasta la mañana.

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



La vaca de las ubres de oro CUENTO INFANTIL

Por JOSE S. SANTONJA

I

Aquella mañana, Pablo "El Mugre" se despertó de un humor endiablado.

¿Aquella mañana? Todas las mañanas se despertaba del mismo humor: ¡endiablado!

No era, pues, una casualidad. Y lo primero que hizo, al advertir que su mujer no se había aún levantado, fué escupir una blasfemia. ¡Las once de la mañana, y aún roncaba la maldita! Tampoco esto era una casualidad. Plato de todos los días.

Pablo salió de su cuarto a medio vestir, llamándola destempladamente:

—¡Nicasia! ¡Nicasia!

Nicasia, una mujeruca de enjutas carnes, de baja estatura, de rostro apergaminado y gesto duro, se arrojó de su camastro rápidamente y salió al encuentro de su marido, abrochándose una mugrienta falda que tenía tantos rotos como descosidos.

Estaba verdaderamente horrible aquella mujer en estos momentos. Despeinada, harapienta, calzada con unas alpargatas que un día fueron blancas y que ahora ostentaban toda la suciedad y la porquería toda de aquella vivienda; alpargatas que, para mayor escarnio, iba arrastrando en chancleta...

Sus ojos, medio abiertos, llenos de legañas; sus manos sarmen-tosas, de largos dedos rematados en largas uñas negras... negras... negras...

¡Horrible! Os digo que aquella mujer era horrible.

Y, además, era sucia. ¡Toda ella era una mancha!

En la comarca se la conocía por Nicasia "La Manchosa".

Pues... ¿y el marido?

¿Había por donde coger al marido?

Bien dice el refrán: "Dios los cría..." Y se juntaron los dos.

¡Amiguitos, qué pareja!

El no supo jamás qué cosa era una navaja de afeitar... ni unas tijeras de peluquero...

Apestaba a aguardiente "matarratas" y a tabaco de colillas...

¡Horrible! Os digo que era horrible aquel hombre.

En la comarca se le conocía por Pablo "El Mugre".

Seis hijos tenían. El mayor, de quince años. El más chico, de cuatro.

Porque no eran viejos Pablo y Nicasia: lo parecían. Pero ¿cómo no habían de parecerlo bajo aquella capa de suciedad en que se envolvían?

Una persona sucia, presto envejece. Envejece de cuerpo. Y de espíritu.

Los hijos, cuatro hembras y dos varones (los dos mayores), tenían, poco más poco menos, el mismo aspecto que los padres: desarrapados, descuidados, andrajosos... y perezosos. Como los padres.

¡Ah, la pereza! Llevábanla en la sangre.

Y siendo padre e hijos de la misma condición, ya comprenderéis que el trabajo nunca se terminaba en aquella casa... Bien es verdad que tampoco se empezaba jamás.

Ni había hora para levantarse..., ni para desayunar..., ni para comer..., ni para la faena...

¡Ah!, pero para dormir...

Para dormir buenas eran todas las horas del día... y de la noche.

Y no es que no hubiese que hacer en aquella casa; ya era hora de que sepáis, queridos amiguitos y amiguitas, que era aquella casa una casa de mucho trabajo: era una alquería. Y ellos, unos humildes labriegos, sin otros bienes ni otras rentas que sus tierras de labor y lo que éstas produjesen.

¿Y qué habían de producir, Santo Dios, si el mucho trabajo se convertía para sus dueños en infinita holganza? Pues producía malhumores, disgustos, trampas, zozobras... y una serie interminable de desdichas que acumula sobre sí todo aquel que es perezoso para el trabajo.

Además de las tierras de labor, poseía el matrimonio dos vacas, varias cabritas y ovejitas y algunas aves de corral.

Todos estos animales hacían una vida pareja a la de sus dueños y, observándoles, diríase que se habían contagiado de la suciedad reinante en la alquería. De la suciedad y de la holgazanería, pues las vacas, cabras y ovejas, como estaban mal cuidadas y peor ali-

mentadas, producían escasísima leche, insuficiente siempre para el sustento de tanta prole.

Las gallinitas ponían muy pocos huevos, y estos pocos, pequeñísimos.

La siembra en el campo se hacía mal y a destiempo; el arado quedaba casi siempre a merced de dos mulas famélicas y esqueléticas que, a trancas y barrancas, conducía el mayor de los hijos; y así andaba ello.

¿El riego?

Ya se mojaría la tierra... ¡cuando lloviese!

¡Era tan pesado extraer agua de la noria... y, sobre todo, conducirla a los surcos por medio de las acequias!...

Se cavaba poco, se escardaba menos..., y cuando llegaba la recolección... "duelos y quebrantos".

Esta era la familia de Pablo y Nicasia.

Esta era la "Alquería de la Mugre", como se la conocía en toda aquella hermosa comarca.

Volvamos al principio.

Como queda dicho, Pablo salió de su lecho aquella mañana escupiendo blasfemias y llamando a su mujer con descomunales voces.

Esta acudió, contestándole en el mismo tono.

Se llenaron de improperios.

Los dos hijos mayores salieron en defensa de su padre.

Y las hijas en auxilio de su madre.

Y al poco rato, la "Alquería de la Mugre" presentaba el aspecto de un campo de Agramante.

—¡Eres un holgazán!

—¡Y tú una sucia y una manirrota!

—¡Padre, no insulte usted a madre, que no ha hecho na!

—¿Y por qué madre le dice a padre que es un holgazán?

—¡Porque lo es, bocazas!

—¡Como vosotras, cotillas!

—¡Y como vosotros, deslenguados!

Y así se pasaban las horas..., y los días..., y los años.

Tiempo precioso, como el oro...

Tiempo que se perdía y que la tierra echaba de menos...

Y las gallinitas también.

Y las vaquitas...

Y los conejitos...

Pero, sobre todo, la tierra, que recibía muy contadas veces la bendición de una caricia... ¡y la gloria de unas gotas de sudor!

II

Distante una media hora de la Alquería de la Mugre, se hallaba la Quinta de los Claveles, llamada así por la gran cantidad de estas bellas flores que en su huerto crecían.

Habitaban esta quinta, de la que eran propietarios, el matrimonio Pedro y Nieves, con su dos hijitos: Isabel y Pepito.

Era Nieves una mujer joven, de correctas facciones, de tez morena, de ojos negros y vivarachos, de estatura más bien baja y cuerpo un tanto gordezuelo, pero garboso y no falto de elegancia. Vestía con sencillez y honestamente.

¿Limpia? Como los mismísimos chorros del oro y de la plata. Su cuerpo olía a limpieza; nada más—; nada menos!—que a limpieza.

Trabajadora, avispada, inteligente...

No tenía par en el manejo y gobierno de la casa... Se levantaba al clarear el alba y se retiraba todas las noches la última, después de pasar minuciosa revista a todos los departamentos de la quinta..., y una vez que se habían dormido su encantadores hijitos, que eran buenos, dóciles y obedientes.

Pedro era un hombre trabajador, honrado, activo. Todas las mañanas del año, ya hiciese frío, ya calor, le sorprendía "la del alba" en el campo, dedicado a su faenas, vigilando a los jornaleros, "ganándose el pan con el sudor de su frente", según la clásica sentencia bíblica.

Todo en aquella casa respiraba alegría.

El campo, las personas... y los animales.

En el corral crecían y se multiplicaban infinidad de aves, proporcionando a sus dueños pingües ganancias y sano sustento.

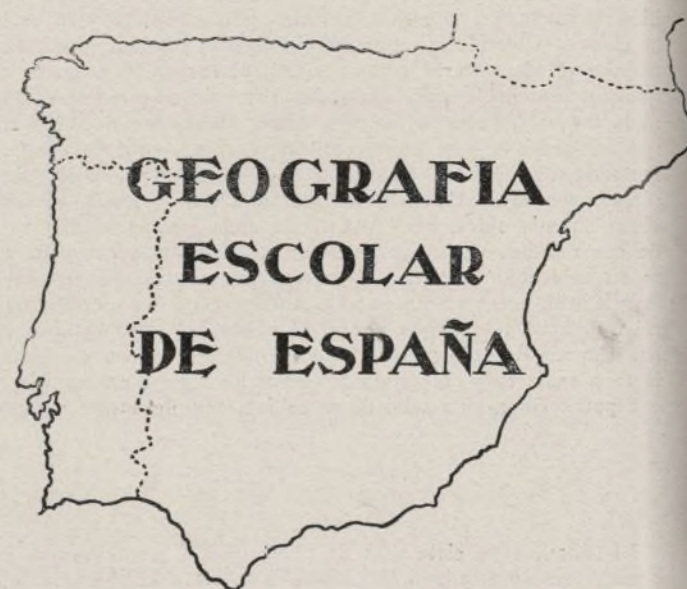
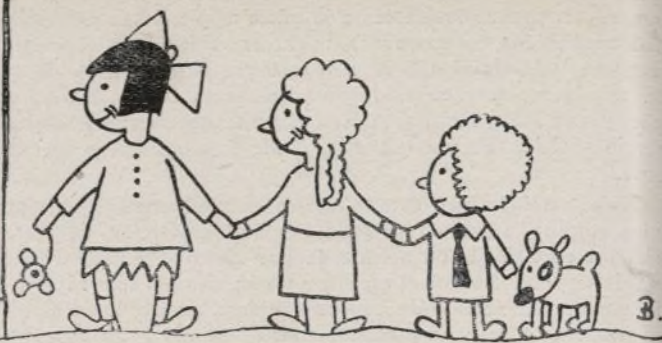
La cuadra albergaba varios potros andaluces, y no faltaban en los pesebres algunas cabritas de abundante y fresca leche y varias ovejas de largos y sedosos vellones de lana.

¡Ah!, y una vaca; una sola vaca.

Pero esta vaca merece capítulo aparte.



(Concluirá en el próximo número)



(Continuación)

Organización.

Cataluña está constituida en región autónoma dentro del Estado español.

Su organismo administrativo autónomo es la Generalidad de Cataluña, que ha sumido, además de otras funciones delegadas del Gobierno central, las atribuciones de las extinguidas Diputaciones provinciales.

Comarcas de Barcelona.

Las comarcas de Barcelona tienen por capital la ciudad del mismo nombre, ciudad rica, floreciente y hermosa, con uno de los mejores puertos del Mediterráneo. Su censo pasa del millón de habitantes.

Poblaciones notables de estas comarcas son Badalona, Mataró, Tarrasa, Sabadell, Manresa, Igualada, Vich, Villanueva, etc.

Comarcas de Tarragona.

Las comarcas de Tarragona son agrícolas y ganaderas; cosechan mucho vino, cereales, aceite, almendras, avellanas, legumbres, y tienen fábricas de tejidos de seda, lana, algodón, papel, curtidos, etc. Su capital es Tarragona, con excelente puerto y muy notables riquezas arqueológicas, y son poblaciones notables Reus, Tortosa, Valls, Vendrell, etc.

Comarcas de Gerona.

Las comarcas de Gerona tienen por capital la ciudad del mismo nombre. Son agrícolas, ganaderas, y desarrollan buen comercio y fabricación de tejidos, de tapones de corcho y de papel. Son poblaciones notables, además de la capital, Figueras, Ripoll, Olot, Puigcerdá, San Feliú de Guixol, La Bilbal, Santa Coloma de Farnés, etc.

Comarcas de Lérida.

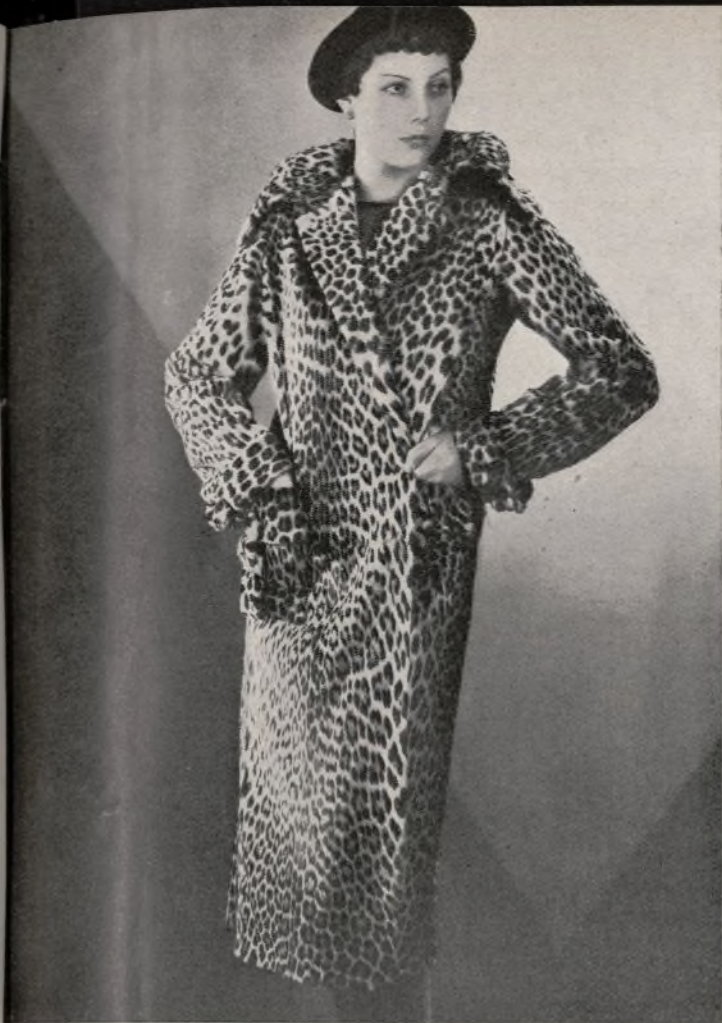
Las comarcas de Lérida tienen por capital la ciudad del mismo nombre; desarrollan gran riqueza agrícola y ganadera; tienen buenas fábricas, particularmente de electricidad. Sus poblaciones notables son, además de la capital, Cervera, Balaguer, Seo de Urgel, Solsona, Tàrrrega, Trem, etc.

CATALUÑA.—Hechos históricos.

Wifredo el Velloso, primer conde independiente, funda, en el siglo IX el Monasterio de Ripoll. Gerona y el Bruch se distinguen durante la guerra de la Independencia. Felipe V funda la Universidad de Cervera, en Lérida. Tarragona, en la época romana, fué la capital y el primer puerto de España.

(Continuará)

Ayuntamiento de Madrid



Abriego de piel de pantera

Creación HEIM

Foto Díaz

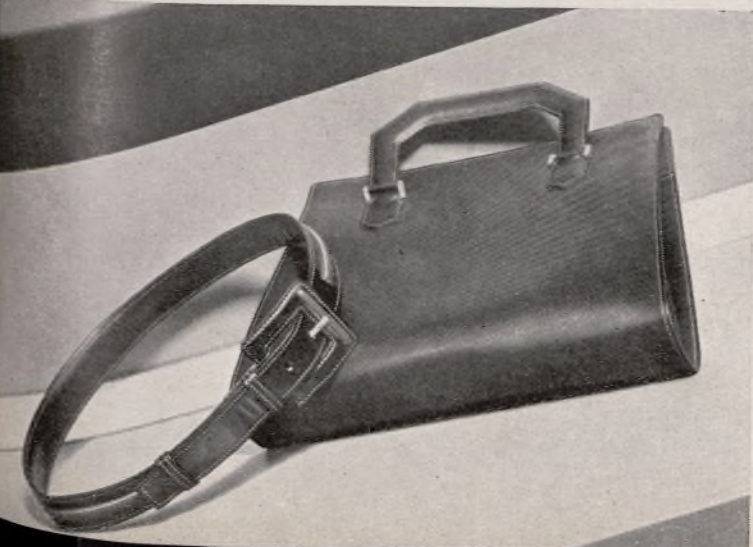
Es aún demasiado pronto, queridas lectoras, para ocuparse de las *toilettes* de primavera; pero no se fíen; ello no va a tardar ya mucho; sepan ustedes que graves problemas se presentan en estos momentos, y que los oráculos consultados responden de una manera muy vaga, es decir, muy confusamente. Sin embargo, todo el mundo, en las grandes casas, está agitado; las colecciones van muy pronto a salir, pero los maestros se callan, reservando la *surprise*.

Vamos, pues, a aprovecharnos de estos momentos de tregua para tratar sobre la cuestión de los detalles en general.

Aunque la moda sea una de las principales preocupaciones de la generalidad de las señoras, y aunque este afán de saber cómo hay que vestirse es dado a conocer por las innumerables publicaciones especiales, hay todavía muchas de entre estas señoras que, aun sabiendo cómo tienen que vestirse, no saben hacerlo. Se las encuentra en las grandes ciudades, y desde luego, en menor cantidad que en cualquier otra parte; pero, sin embargo, las hay, y es precisamente para reducir en todas partes su número por lo que he emprendido el servirles de guía, no porque yo considere que la *toilette* debe ser la principal zozobra de nuestro sexo, sino que, por ciertas faltas que se puedan cometer contra la elegancia, denotan ser grandes defectos perjudiciales y molestos.

Si la mayoría de las ciudadanas se visten mejor que la mayor parte de las otras mujeres, es porque el ambiente de la gran ciudad ha despertado en ellas su instinto sobre el gusto y porque no ignoran que la elegancia absoluta consiste en el conjunto armonioso de una *toilette* compuesta de todos los detalles que no presenten discordancia alguna entre sí.

Muchas señoras tienen el gusto para la *toilette* sin tener gusto *dans leur toilette*. Les encantan los vestidos bonitos, los adornos complicados, los *colifichets* de todo género; pero asocian demasiado a su elegante vestido unos guantes deslucidos, unos zapatos bastante usados, un sombrero aja-



Modas

Cortes de Paris

por Madeleine Millet

ELEGANCIA Y DETALLES

do, sin pensar que la falta de uno de estos detalles puede dar infaliblemente un mal aspecto a su persona.

No hay que olvidar que son precisamente los accesorios los que dan la última nota a la *toilette* y que acentúan el *chic*. Es un error el creer que un vestido muy bonito pueda rescatar su mediocridad. Como asimismo están muy lejos de la verdad las personas que se figuran que sólo la frivolidad reina en estos cuidados minuciosos, y cuán severa, pero no menos exacta, es la fama que se da a una mujer mal vestida: el desorden en la *toilette* implica el desorden en el hogar, pues no hay que creer que es la economía la que revela la negligencia sobre estos *assortiments*, sino, al contrario, tal y como acabo de decirles, ello es un desorden inexcusable, y, sobre todo, si estos *assortiments* van acompañados de un vestido caro, ello constituye una falta de armonía y una disonancia muy desagradables. Al contrario, es preciso que sean los detalles pequeños los que den a la mujer un aspecto cuidadoso, aspecto que desaparecerá en el momento en que ésta lleve objetos que no armonicen, *desassortis*. Desde aquí oigo varias observaciones análogas a ésta: "Hay muchas señoras que no pueden poseer los accesorios adaptados para cada hora del día, es decir, para cada *toilette*." En tal caso, hay que refugiarse en la sencillez y saber abandonar lo que es inútil o de gusto dudoso. Evidentemente, estos consejos se refieren sólo para las *toilettes* de día, pues en cuanto a las *toilettes* de noche, yo me figuro que una señora no irá por la noche al restaurante o al teatro, si no tiene una *toilette* completa, adecuada a estas circunstancias.

Terminemos, pues, diciendo que nada ha de saber caracterizar tanto la elegancia de la mujer como los finos cuidados que pueda aportar al escoger estos accesorios de la *toilette*, que podemos calificarlos como accesorios de la coquetería.

Echarpe de lana, tejido a mano, blanco y marrón

Cinturón con cuatro "bombés" en "box calf", marrón, cosidos en blanco

Anillo para echarpe en "box calf", marrón, adornos dorados

Creación HERMES

Foto Dorvyné

Cartera "Pullman" en cuero de Rusia, para viaje, con distribución interior muy práctica

Cinturón en "box calf", azul marino, con hebilla en "box calf"

Creación HERMES

Foto Dorvyné



Chaqueta de astracán, de rizo grueso, con galón de cinta todo alrededor. Manguito haciendo juego

Creación HEIM

Foto Díaz

Los *écharpes* de lana que se llevan en la ciudad serán elegantes sólo si se llevan con un clásico abrigo de lana o un abrigo *sport*, o también con un traje *sastre net*; es, pues, imposible emplear estos *écharpes* con un abrigo *habillé*.

Entre las pieles naturales, que están muy a la moda, les designaré muy particularmente la inigualable pantera, y de la cual se confecciona el tan confortable abrigo *sport* de viaje, citado al margen, y que cae muy bien; después, el astracán, que, contrariamente a lo que le reprochan muchísimas personas, no avejenta en absoluto cuando se emplea para hacer un vestido de una forma graciosa y juvenil, como esta encantadora chaqueta, y que además apenas pesa cuando es de buena calidad.

En París, el invierno se ha hecho desear, pero ya llegó, y está bien instalado. Me figuro que, desde este punto de vista, las amables lectoras de Madrid y de algunas otras comarcas de España no tienen nada que envidiarnos, y es por ello por lo que en su favor me he informado sobre estos dos lindos modelos, que estoy segura tendrán una buena acogida.





CANCION DE HAWAI

POR

JACK LONDON

DIBUJOS
DE
BILLIKEN

Durante un mes se les ha dado de comer y beber, se les ha atiborrado de estadísticas, a fin de que apreciaran la belleza y recursos de Hawai

Las despedidas que se ofrecen a los viajeros en Honolulu no se pueden comparar con las de ningún otro puerto.

El enorme vapor, cuyas máquinas están listas, se apresta a largar amarras. Mil personas a bordo: cinco mil en el muelle. Príncipes y princesas indígenas, reyes del azúcar y altos funcionarios de la colonia suben o descienden por la planchada. Más lejos, buscan ubicación en las compactas hileras de carruajes los coches y automóviles de la aristocracia del país, mientras la policía se encarga cuidadosamente de guardar el orden.

La orquesta real hawaiana ejecuta el "Aloha" en el desembarcadero. Apenas concluye, un grupo de músicos indígenas, que está sobre el barco, reproduce los mismos y conmovedores acentos; la voz de un cantante se eleva como el canto de un ave, cubriendo el sonido de los instrumentos y el murmullo de las despedidas. Se hubiera dicho que un caramillo de plata lanzaba sus notas argentinas en el gran concierto de los adioses.

Una multitud de jóvenes, con ambos amarillentos, se apretujaba contra la barandilla en la cubierta de tercera clase. Sus figuras de bronce atestiguaban los tres rudos años de campaña que han pasado bajo el sol de los trópicos. Pero los adioses y los vítores no se dirigen a ellos; ni al capitán, que con impecable uniforme blanco contempla desde arriba, como las estrellas, a la muchedumbre; ni a los jóvenes oficiales, que regresan de las Filipinas; ni a las pálidas mujeres, extenuadas por el clima, que los acompañan.

Es a un grupo de senadores, una veintena quizá, que junto a sus familiares permanecen inmóviles y sonrientes sobre cubierta. Pertenecen al Senado de los Estados Unidos, y realizan un viaje de placer. Durante un mes se les ha dado de comer y beber, se les ha atiborrado de estadísticas, a fin de que apreciaran la belleza y recursos de Hawai.

El vapor ha hecho escala en Honolulu, y Honolulu despide, como sabe hacerlo, a estos personajes. Los senadores están engalanados de flores.

Una docena de guirnaldas cubre la nuca poderosa y el pecho regordete del senador Jeremías Sambrooke. Su cráneo emerge de un montón de hojas y corolas, ofreciendo a la vista un rostro bañado en sudor. Pasea su mirada de estadista sobre la movediza muchedumbre del muelle, mirada que no sabe de belleza, pero capaz de percibir, con un simple vistazo, el rendimiento de las usinas, de los ferrocarriles y de las plantaciones que se dibujan a lo lejos, detrás de esa multitud. Hállase tan absorto en sus sueños de riqueza materiales, que no presta la menor atención a la hija, que se encuentra de pie, a su lado, platicando con un joven—elegante ropa tropical y sombrero de paja—, que la contempla con ojos ardientes. Si el senador prestase la menor atención a su hija, advertiría que se lleva a una mujer en lugar de la pilluela de quince años que desembarcara en Hawai un mes atrás.

El clima del archipiélago tiene el poder de rejuvenecer las cosas y entreabrir como una flor a los adolescentes.

Dorotea Sambrooke ha experimentado su influencia en circunstancias excepcionales. Un mes antes, era delgada, pálida, con su ojos azules apagados de tanto leer e inquirir el sentido de la vida.

Ahora resplandece en ellos una mirada vivaz; su semblante tiene el yodo de las playas, y se insinúan en su cuerpo las primeras promesas de las formas incitantes. Ha montado a caballo, ha escalado los volcanes y ha aprendido a correr entre las crestas encrespadas de las olas. El trópico hierve en su sangre, y su piel irradia luz, calor, colores... Ha pasado todo ese mes en compañía de un tal Stephen Knight, joven atleta, campeón del *surf-board*, dios náutico de piel bronceada, que vence a las olas tempestuosas, cabalgándolas hasta la costa sobre sus lomos vibrantes.

Dorotea Sambrooke no se ha dado cuenta del cambio que ha sufrido. Su mentalidad sigue siendo la de un niño, y la actitud de Stephen, en esta hora de las despedidas, la sorprende y la turba. Considerábele como un compañero de diversiones, y en realidad, no ha sido otra cosa durante esas cua-

tro semanas; pero ahora, su modo de mirar no es el de un simple compañero. Tan pronto habla con animación, a tontas y a locas, como permanece en silencio. Hay momentos en que parece no lograrse darse cuenta de lo que ella dice; y si la entiende, no la contesta como de costumbre.

Ella se siente desfallecer ante sus ojos. Jamás los ha visto tan brillantes, y algo hay en ellos que la causa terror, al punto de no poder sostener la mirada y verse en la necesidad de tener que bajar los párpados constantemente. Sin embargo, encuentra en él un nuevo atractivo, y trata de sorprender un brillo, un poder, un ardor que jamás ha observado en otros ojos. La agita una turbación desconocida.

El fuerte pitar del barco desgarra los aires, y la multitud, cubierta de flores, avanza todavía un poco hacia el borde de la dársena. Dorotea Sambrooke se aplica los dedos sobre los oídos; y al esbozar un gesto de disgusto por tanta estridencia, sorprende un nuevo relámpago de ternura imperiosa en las pupilas de Stephen, que miran el delicado rosa de las orejas translúcidas por los rayos del sol vespertino. Observa fascinada la expresión extraña de los ojos de Stephen, hasta que éste reacciona y pronuncia unas palabras ininteligibles, que empurpuran las mejillas de la muchacha. El parece turbado; ella experimenta una impresión de malestar. Los marineros recorren la cubierta por todas partes, advirtiendo a las visitas que es hora de desembarcar.

Stephen le tiende la mano. Bajo la presión de esos dedos que mil veces han aprisionado los suyos sobre los *surf-boards* o en las peligrosas pendientes de lava, escucha con un nuevo sentido, con una nueva e íntima comprensión, las palabras de la canción hawaiana que vibra en la garganta de plata de la cantante indígena:

*Ka hāia ko aloha hik mai,
Ke hōne ae nei i ku u manawa
O oe no ka, u aloha
A loko e hana mei.*

Stephen le ha enseñado esa canción, le ha explicado su sentido; y es ahora, en este instante de la despedida, cuando adivina el verdadero espíritu de esas palabras. Apenas se da cuenta de que se aleja el joven, perdida como está en el laberinto de los recuerdos con que revive las cuatro semanas transcurridas, con que pasa revista a los acontecimientos y a las emociones de un día revelador.

Stephen formaba parte del Comité encargado de recibir en el puerto al grupo de senadores.

El les había ofrecido una demostración de *surf-board* en la bahía de Waikiki. Remando sobre su estrecha tabla, ganó el horizonte, en aquella oportunidad, tan lejos, tan lejos, que apenas era un punto visible sobre las aguas. Habíasele visto reaparecer de pronto sobre ellas, en medio de un remolino de espumas, como un dios del mar; surgir paulatinamente para sostenerse luego en equilibrio sobre la superficie de una ola enorme; llegar a tierra con la velocidad de un expreso, salpicados de espuma ligera sus ágiles pies, y detenerse suavemente junto a Dorotea. Así se le apareció Stephen por vez primera. Era el más joven de la delegación, con sus veinte años. Ocupaba un lugar decorativo en los festejos; pero sobre las olas de Waikiki, en el arreo del ganado salvaje,



El les había ofrecido una demostración de "surf-board" en la bahía de Waikiki.

en el corral de doma de la estancia de Haliakala era donde llenaba su cometido a las mil maravillas y donde su papel satisfacía por sí solo las más exigentes pretensiones.

Dorotea no se interesaba en las estadísticas interminables ni en las soporíferas conversaciones de los demás miembros del Comité, sino únicamente en Stephen. Y fué en su compañía como huyó desesperada de la fiesta al aire libre en Hamakua, donde un cierto Abel Louissou, plantador de café, conversó de café, nada más que de café, durante dos horas mortales. Aquel día, mientras cabalgaban entre los helechos arborescentes, Stephen le había enseñado las voces del *Aloha oe*, canción obligada de todas las despedidas a los senadores visitantes cada vez que se alejaban de un pueblo, de una estancia o de una plantación.

Desde un principio, no se separaron un instante. El era su camarada de diversiones. Ella le tenía acaparado mientras su padre estudiaba las estadísticas del territorio insular. Demasiado delicada para mostrarse despótica con él, le mantenía, con todo, en una tiránica y sutil esclavitud, excepción hecha de cuando iban a caballo, en canoa o sobre *surf-board*, pues entonces él era la única autoridad, y ella, su obediente y sumisa esclava. Ahora que escuchaba aquel canto por última vez, y que, levadas las anclas, el enorme buque retrocede lentamente para salir de la dársena, comprende que Stephen representa para ella algo más que un compañero de diversiones.

Cinco mil voces entonan a coro:

—*Aloha oe*: que mi cariño te acompañe hasta que estemos reunidos otra vez...

Y es en ese preciso instante al revelarse el amor en su corazón, cuando comprende claramente

que la fatalidad inexorable los separa a uno de otro. ¿Cuándo volverán a verse en lo sucesivo? ¿Cuándo estarán de nuevo juntos?... El mismo le enseñó esas palabras. Muchas veces se las había oído repetir en Waikiki, bajo la bienhechora sombra del árbol *hau*. ¿Era un presagio? Admiraba su manera de cantar, y hasta le había felicitado por traducir tanta emoción. Al recordarlo, se ponía a reír en alta voz, nerviosamente. ¡Tanta emoción! ¡Si era su propia alma que vibraba en el canto! Y ahora, ahora que es demasiado tarde, acaba de darse cuenta. ¿Por qué no la había hablado?...

Después Dorotea recuerda que en Hawai las muchachas se casan libremente... ¡Hawai! ¡Hawai!, donde la carne es dorada y donde las mujeres florecen bajo los besos de un sol tropical y divino... En vano escruta la muchedumbre apenuscada en el muelle. ¿Qué se habrá hecho de Stephen?... Hubiese dado cuanto tenía en el mundo para poderlo contemplar siquiera una vez, y deseaba fervientemente que un rayo quebrase en dos al capitán para que postergase la partida.

Contempla a su padre con una mirada de aprecio, quizá por primera vez, y con una angustia desconocida. Las facciones del senador tienen el sello inconfundible de la voluntad inquebrantable y de la determinación. Sería horrible que se resistiese. Ella lo sabe. Y entonces, ¿qué posibilidades quedaban?

¿Por qué no le habría dicho nada Stephen? Sí, ahora era demasiado tarde. ¿Por qué no habló aquella tarde bajo el árbol de Waikiki?

Con terrible descorazonamiento le parece comprender la razón.

¿No ha oído, acaso, unas reflexiones al respecto? Fué durante el té ofrecido por la señora Stanton, aquella tarde en que las damas del "mundo de los misioneros" recibían a las matronas del "grupo senatorial". La señora Hodgkins, una rubia enorme, había abordado el tema. Nítidamente recordaba todo: un amplio jardín, flores exóticas, servidores asiáticos deslizándose sin hacer ruido, murmullo de innumerables voces femeninas... Luego, en un grupo situado cerca de ella, el comienzo de una conversación trivial. Después, el enojoso asunto. Es la señora Hodgkins quien lo inicia. Ha pasado una larga temporada en los Estados Unidos, y desea conocer lo sucedido hasta entonces en el círculo de sus relaciones.

—¿Qué ha sido de Sussy Mydwell?—empezó a preguntar.

—Ya no la vemos más desde que contrajo enlace con Willy Kupel—repuso una dama isleña.

La esposa del senador Behrenn expresó su deseo de conocer el motivo por el cual el matrimonio de Sussy Mydwell tuvo la virtud de alejarla de sus relaciones.

—*Hapa-haolé*—le respondieron—. Su esposo era mestizo, y nosotros debemos pensar, ante todo, en nuestra descendencia.

Dorotea se vuelve hacia su padre, decidida a ponerle a prueba.

—Papa, ¿nos podría visitar Stephen, si viniera a los Estados Unidos?

—¿Quién? ¿Stephen?

—Sí, Stephen Knight. Tú le conoces. ¿No acabas de decirle adiós hace un momento? Si por casualidad llega a encontrarse alguna vez allá, ¿podrá ir a vernos?

—¡Por supuesto que no!—replica secamente Jeremías Sambrooke—. Es un *hapa-haolé*. ¿Sabes tú lo que eso significa?

—¡Oh!—exclamó Dorotea, sintiéndose desfallecer y perdiendo toda esperanza.

Stephen no era un *hapa-haolé*; ella está segura. Sin embargo, parece ignorar que el sol de los trópicos corre por sus venas. Y esto es suficiente para impedir su matrimonio con una mujer blanca. ¿Qué ridículo mundo!...

El honorable A. S. Cleghorn estaba casado con una princesa negra de auténtica sangre somalí. Considerábase un honor, y las más encopetadas señoras del estrecho círculo de los misioneros asistían a sus tes.

¿Y Stephen? Nadie encontró censurable que la enseñase a tripular un *surf-board*, ni que la condujese de la mano por los peligrosos senderos del cráter Kilone. Podía comer con ella y con su padre, danzar con ella, salir con ella, formar parte del Comité de agasajos, hospedar visitantes; pero desde que corría por sus venas el sol tropical, le estaba impedido casarse.

Nada descubría en él su condición de criollo. Era necesario estar prevenido para saberlo. ¡Era un hombre tan hermoso! Su rostro se esfuma del recuerdo de Dorotea, mientras adquieren nitidez, en la memoria de la joven, las líneas soberbias de su cuerpo, sus espaldas admirables, el vigor con que la sube a caballo o la remolca a la punta de un *alpenstock* sobre la rugosa cresta de lava de la Casa del Sol. Además, conoce una emoción sutil y misteriosa, que empieza a sentir con la vecindad de Stephen. Es la atracción del hombre en la plenitud de su fuerza viril.

Readquiere conciencia de sí misma y enrojece de vergüenza ante sus pensamientos. Una ola de sangre afluye a sus mejillas, para retirarse luego lentamente, y una palidez mortal cubre su semblante cuando piensa que nunca volverá a ver al muchacho. La roda del buque penetra en el mar y la proa comienza a deslizarse por el golfo.

—He aquí precisamente a Stephen—le anuncia su padre—. Dile adiós, Dorotea.

Stephen levanta hacia ella sus ojos ardientes. Brilla en su cara una expresión nueva. El júbilo ilumina las facciones del muchacho. Dorotea siente que él le está leyendo en el alma.

Por los aires repercute la canción:

¡Para ti, amor mío!

¡Que mi amor te acompañe hasta nuestro próximo encuentro!

Alrededor de Dorotea, los pasajeros arrojan flores a los amigos que quedan allí.

Stephen, con las manos extendidas, le dirige miradas suplicantes. Ella trata de sacarse la guirnalda que le rodea el cuello; pero la guirnalda se enreda en su collar de perlas de Oriente, que le regaló un rey del azúcar cuando la acompañaba, con el padre, hasta el embarcadero.

Tironea las perlas trabadas en las flores. El buque comienza a acelerar su velocidad. Stephen está aún próximo a ella. El instante es todavía propicio; dentro de pocos egundos será demasiado tarde. Exhala un suspiro. Jeremías Sambrooke la mira con aire interrogante.

—¡Dorotea!—dice secamente.

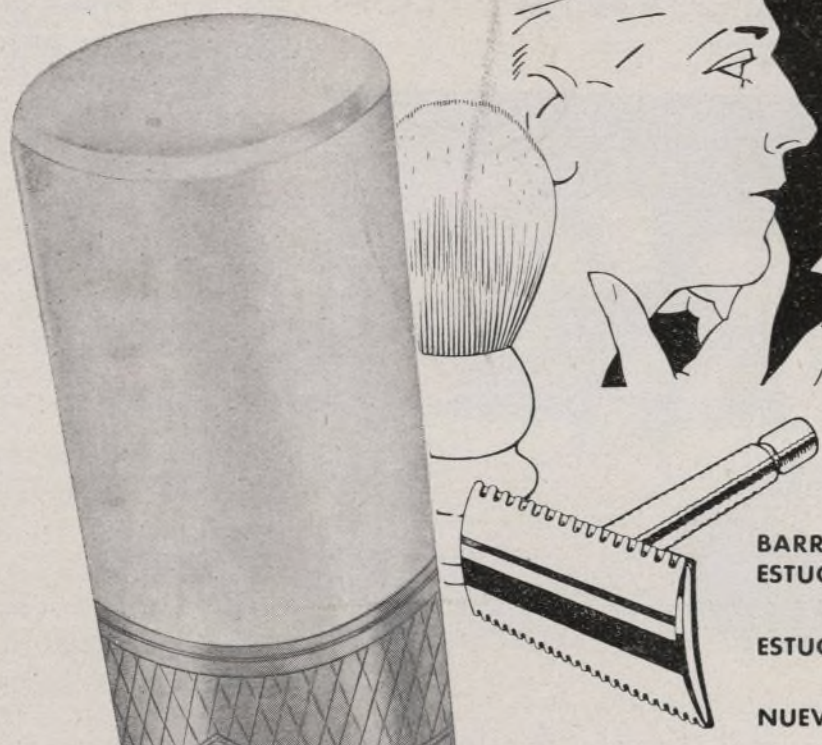
Ella arranca, por fin, el hilo, y las flores caen sobre el joven enamorado, que espera, ansioso, en medio de una lluvia de perlas. Ella lo mira. Bien pronto se oscurecen de lágrimas sus ojos. Oculta el rostro contra la espalda de Jeremías Sambrooke, que, apartando un instante sus amadas estadísticas, se pregunta con asombro por qué las muchachas se empeñan en crecer.

La multitud sigue entonando la melancólica canción. A medida que el vapor se aleja, se extinguen las notas ensuales y lánguidas que siguen llegando al corazón de la niña, candentes y cáusticas:

*Aloha oe, aloha oe, e ke anaona no ho ika lipo:
abracémonos tiernamente, ahai ae au,
¡hasta nuestro próximo encuentro!*



VERITAS

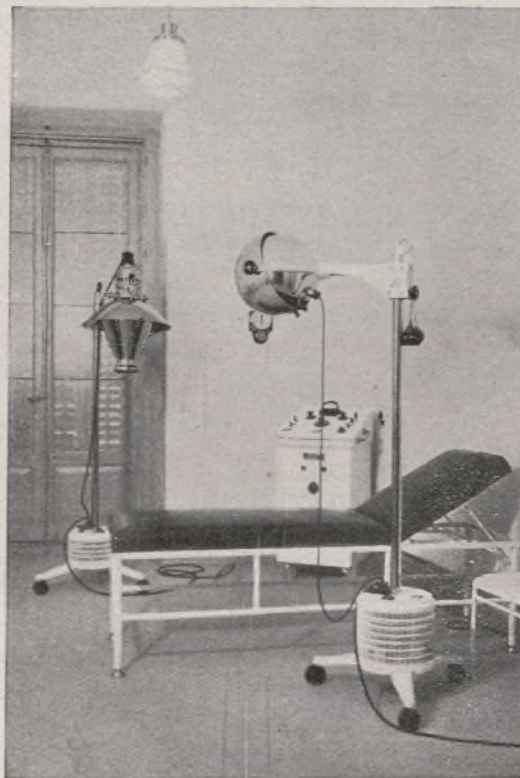


BARRA,
ESTUCHE CARTÓN,
1,25
ESTUCHE METAL,
1,50
NUEVO, DE ROSCA,
2,50
Timbre
aparte

Jabón GAL
para la barba
Lo más práctico para afeitarse
sin molestias, por su espuma
suave y persistente

"HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica, del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELÉFONOS. { Oficina 27916-17
Dirección 27914
Clínica 27915

Ayuntamiento de Madrid

UN VIAJE DE CINCO AÑOS EN LA ZONA ARTICA



La prueba del lapón Andrés Bahr

El cable—ese gran chismoso internacional, que suele emplear para sus historias un número de palabras inverso al interés de la misma—nos relató hace unos días un hecho de una inmensa sugestión: el Gobierno canadiense, preocupado por el hambre y la miseria que sufrían los esquimales del delta del Mackenzie, decidió regalarles una punta de tres mil renos, que compró a uno de los hombres más ricos de Alaska. La conducción de los renos desde su querencia hasta el delta del Mackenzie estuvo confiada a un célebre pastor, quien demoró cinco años en la empresa.

Ejemplo conmovedor de preocupación por el bienestar general el que acaba de dar el Gobierno canadiense al acudir en auxilio de una tribu inofensiva, que nada significa en la vida política de la nación, que ni siquiera vota... No muchos países podrían contar en su haber con actos tan altruistas y de tan escaso rendimiento electoral.

Pero si sugestivo es el hecho en sí, lo es mucho más la hazaña del pastor que realizó el fantástico viaje por la zona del "gran silencio blanco", como le llamaba Jack London, aquel borracho genial y andariego que tan bien conocía las vastas soledades árticas. Durante cinco años nada supo el mundo civilizado de Andrés Bahr, que así se llamaba el pastor de renos que llevó los animales hasta su destino. Ya se le creía muerto, sepultado con todos sus renos en algún ventisquero, o cubierto por uno de esos huracanes de nieve que soplan sin intermitencias desde el Polo próximo. Pero Bahr, como uno de esos héroes mitológicos de Kalevala, contra los cuales no prevalecen las furias de la Naturaleza, logró llevar a feliz término la temeraria empresa. Durante cinco años, Bahr—sin más brújula que su fino instinto de lapón y teniendo casi en su cenit la Osa Menor—se orientó en la interminable noche polar—pues no viajaba durante el verano—, y llegó un buen día a la desembocadura del Mackenzie, en donde ha sido recibido como un verdadero enviado del cielo.

Transcribimos a continuación una breve descripción de este viaje hecha en el Evening Standard, de Londres:

"Un pequeño lapón, todo arrugas, de más de sesenta años de edad, se acerca al fin de su viaje, que se ha hecho casi legendario.

El 16 de diciembre de 1929 abandonó Nabogtoolik, villorrio esquimal próximo a la Punta del Elefante, en la Alaska Occidental, con un rebaño de tres mil renos.

Debía conducir sus animales hasta Kittigazuit, una pen-



Debía conducir sus animales hasta Kittigazuit, una península al Este del delta del Mackenzie, a dos kilómetros de Nabogtoolik, más allá de las planicies heladas del Ártico.

ínsula al Este del delta del Mackenzie, a dos mil kilómetros de Nabogtoolik, más allá de las planicies heladas del Ártico. Ahora que su viaje está casi terminado, sólo le resta hacer unos cien kilómetros para llegar a la península, en donde se le espera desde hace años.

En efecto, los esquimales que viven en el delta de Mackenzie están amenazados desde hace diez años por la más terrible de las muertes: no tienen nada que comer, porque la ballena y la morsa han desaparecido de esos parajes.

Ahora bien: el Gobierno canadiense había decidido resolver ese problema introduciendo en Kittigazuit rebaños de renos.

Los rebaños más próximos y más conocidos eran los de los hermanos Loman. Se eligieron entre ellos tres mil animales, y se encargó a Andrés Bahr, lapón de nacimiento y norteamericano de adopción, y a quien se considera en el Norte como el mejor pastor de renos, para que los condujera a buen puerto. Bahr no dudó en aceptar esta tarea, bien que dejaba con pena su apacible retiro de Seattle.

La orden fué dada en 1929. Los hermanos Loman declararon que el pago no se efectuaría sino en el momento en que los renos llegaran a su destino. Bahr se encargó de esta manera de un trabajo que habría de exigirle cinco años y medio.

Varios aviones volaron previamente sobre la ruta y establecieron un mapa de las mesetas cubiertas de hielo, de la tundra negra, de los pantanos y de los ríos que arrastran témpanos. De esta manera, Bahr pudo trazar de antemano su recorrido. Tres lapones se fueron hasta la des-



Mientras duró el largo viaje de Bahr, hubo más nacimientos que muertes en el rebaño, y fueron más de tres mil los renos que llegaron a Kittigazuit.

embocadura del Mackenzie para preparar los pastoreos y los lugares cerrados que necesitan los renos. El Gobierno canadiense creó para los renos una reserva de diez mil kilómetros. Se previno, sin embargo, a los esquimales que la espera sería larga, y ellos se corrieron un ojal más de su cinturón, dispuestos a no vivir de otra cosa que de algún trozo de morsa o de foca.

Los renos de Bahr sólo podían adelantar en invierno. El sol no se pone en verano en las regiones árticas y las aguas de la llanura están de tal modo infectadas de moscas y mosquitos como no se los ve ni en los trópicos. A cada momento se corre el riesgo de caer en un pozo. Por otra parte, es la época del celo, y los renos no podrían desplazarse en esos momentos.

Mientras duró el largo viaje de Bahr, hubo más nacimientos que muertes en el rebaño, y fueron más de tres mil los renos que llegaron a Kittigazuit.

Es muy lentamente como avanzan los renos, buscando bajo la nieve la parsimoniosa vegetación de la tundra.

Su camino pasó por la altiplanicie del Yukón, al norte de las montañas Rocallosas. En el invierno de 1932-1933, Bahr y sus renos atravesaron el círculo polar ártico, en plena noche ártica, guiados por las estrellas y la aurora boreal.

Las temperaturas sobre los cinco grados inquietaban a Bahr como si se tratara de grandes calores. Pero lo frecuente era que el termómetro marcara treinta y cuatro grados bajo cero.

El Gobierno canadiense fijará el número de renos que podrán ser muertos cada año, a fin de que los esquimales no vuelvan a conocer el hambre.

En cuanto a Andrés Bahr, volverá a su retiro de



Peinado ejecutado por el Sr. Molina, que obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional de Permanente y al Agua.

PELUQUERIA DE SEÑORAS
MOLINA

Rosalía de Castro, 40. Teléfono 20972

¿De dónde viene el nombre de germanos?

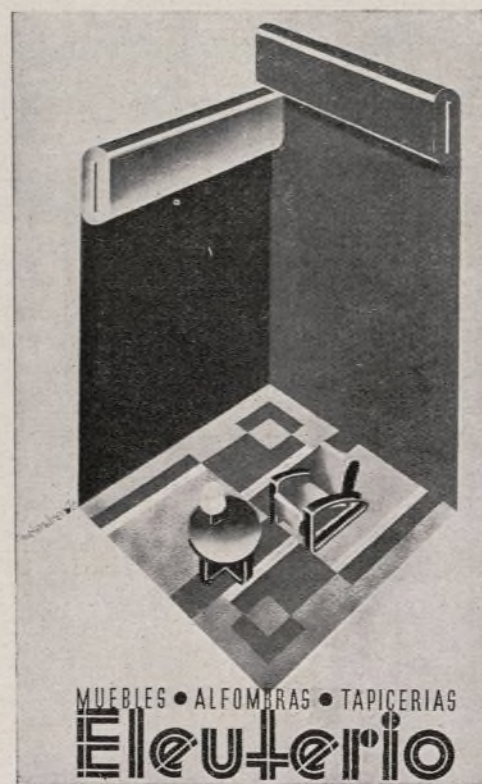
Se sabe que la cuestión de la etimología exacta de la palabra "germano", o, mejor aún, de la aplicación de esta palabra a las tribus que los romanos encontraron en país renano, no está todavía resuelta de una manera satisfactoria. Un estudio de Fisher-Crailsheim, aparecido en el último número de las *Blaetter des Schaebischen Alpvereins*, aporta una nueva e interesante contribución para resolver este problema.

El autor determina allí, ante todo, las vías por las cuales la palabra "germanus" llegó a conocimiento de los romanos. Tácito afirma en su *Germania* que esta palabra es relativamente reciente y que primitivamente sólo designaba la tribu de los Tongres (la ciudad de Tongres, en Bélgica, debe su nombre a este pueblo, que había emigrado, hacia el año 100 antes de nuestra era, a la orilla izquierda del Rin).

Y ocurre que el nombre "tongre", en su forma original "tung" (se encuentra todavía esta última en el inglés y el alemán de la Edad Media), significa parentesco, agregación, coalición. Y como la palabra latina "germanus" tiene más o menos el mismo sentido (camarada de tribu, hermano o primo, etc.), es más que probable, según Fisher-Crailsheim, que los galos germanizados hayan traducido el nombre de los "tongres", sus enemigos victoriosos de la orilla izquierda del Rin, por una palabra latina que tuviera el mismo sentido: precisamente por la palabra "germanus".

"Si es lamentable—concluye Fisher-Crailsheim—que no tengamos un término germánico para designar a nuestros antepasados, consolémonos, por lo menos, pensando que el nombre de los germanos no es más que la traducción de una palabra que indica, en nuestros abuelos, la existencia de un sentimiento profundo del parentesco de la sangre. Simbolizando en cierta manera y por anticipado la historia del milenario que se iniciaba, esta palabra marca el comienzo de una evolución en la cual el espíritu nórdico puro debía ser ahogado por las formas y las fórmulas de la civilización romana occidental.

(Kreuz-Zeitung, Berlín.)



FUENCARRAL, 14
APARTADO 12318

La dirección artística de los espectáculos teatrales

España es un país alegre. Los problemas de importancia más impresionante encuentran en la viveza imaginativa de cualquier celtíbero apostilladas chistosas, glosas bienhumoradas, que lo desnudan de vestimenta trágica y zarandean su esqueleto por mesas de cafés y corrillos de eternos desocupados en un ágil peloteo de palabras puntiagudas de ingenio. Esta alegría española, cuyo origen habría que buscarlo, posiblemente, en las características geográficas, etnográficas y climatológicas de la Península, tiene su exponente más inconcebible en las empresas teatrales, o dicho más propiamente, en la concepción, desarrollo y resultados, naturalmente, de casi toda idea de arte dramático.

Ante el balance desastroso de la temporada oficial de un coliseo madrileño cualquiera—existen, claro está, casos muy limitados de discreta solvencia, para los que guardamos el leve hueco de la excepción—, uno siente pruritos de meditación, ansias de análisis, que le lleven a conclusiones de realidad disparatada. Frecuentemente, ante el plañir impresionante de un director de compañía, que al cabo de siete u ocho meses de actuación en la capital de la República esgrime como bandera de infortunio el resultado desconsolador de sus fracasos económicos, uno siente el deseo de preguntarle: “¿Pero qué pensaba usted? ¿Cuál fué su idea al erigirse en numen de una empresa de arte? ¿A qué proyectos inteligentes iban encaminados sus afanes? ¿Dónde están marcadas las líneas sensatas de sus propósitos? ¿Quién le otorgó a usted patente de suficiencia para afrontar las responsabilidades de semejante cruzada? ¿En qué títulos apoyó usted la pretensión absurda de asumir funciones para las que se necesitan una preparación, una cultura y una sensibilidad de las que usted no tiene la menor idea?” Y sería curioso, por lo que habría de tener de revelación sorprendente cada respuesta, someter al tormento de estas sencillas preguntas a tantos y tantos directorcillos de empresas teatrales como florecen en el clima dramático español, a costa, por supuesto, de la claudicación vergonzosa de la dignidad y del decoro, que son, o deben ser, perfiles de mayor relieve en toda manifestación de arte.

Es pintoresco, cuando el pintoresquismo logra esfumar los tonos encendidos de la irritación, observar la osadía irreflexiva que anima, de manera casi general, la formación de un espectáculo dramático. Analicemos un caso, que si bien no podría determinarse en un nombre concreto, porque sus antecedentes no los hemos buscado en la historia real de esta o aquella persona, es, desde luego, aplicable a la mayoría de las figuras que ocupan actualmente el primer plano de las actividades escénicas. Un actor, o una actriz—el sexo no varía nunca los resultados de nuestro ejemplo—trabaja desde hace algún tiempo como parte secundaria en el elenco de tal o cual teatro. Un malhadado día a dicho actor o a dicha actriz les toca en la lotería de los repartos un papelito afortunado. La noche del estreno, la “claque”—valerosa legión de forjadores de éxitos—inicia en su honor el primer aplauso personal, directo, de su carrera artística. El público, un poco por sentido magnánimo de la justicia y un mucho por razones patológicas de contagio, secundando el palmoteo con insistencia suficiente para que el actor o la actriz dibujen en sus rostros una sonrisa emocionada y se curven en una reverencia impertinente y excesiva. Esta ovación, que con un sentido elemental de lo discreto serviría únicamente como estímulo de realizaciones sucesivas, como acicate para lograr creaciones más afortunadas, es en nuestros comediantes picotazo que estremece sus carnes y sus espíritus en un síncope de vanidad. Si al siguiente día algún crítico generoso incurre en el pecado—¡harto frecuente, ay!—de llamarles ilustres al actor o a la actriz, al escribir la reseña del estreno, entonces la vanidad del comediante se hace virulenta, agresiva, jinsoportable!—las admiraciones son absolutamente precisas—. Desde aquella noche, el actor o la actriz se consideran insustituibles, geniales, semidioses de la religión dramática. Miran con altanería desdeñosa a sus compañeros de trabajo; se almidonan el cuerpo de superioridad; se ahogan, en fin, en el marco reducido de sus puestecitos de segunda o de tercera categoría, y ya no tienen otra idea que la de encumbrarse, hacerse figura de primer plano, formar compañía propia y erigirse en brújulas orientadoras de los vientos del arte.

Fieles a este deseo, que desde entonces es razón única de sus afanes, van consumiendo su



TEATRO

P o r A L F R E D O M U Ñ I Z

vanidad en incorporaciones desmayadas de entusiasmo, desnudas de ilusión, grises de arte, hasta el instante venturoso en que una circunstancia cualquiera de tipo económico mete en sus bolsillos esas milagrosas cinco o seis mil pesetas que sirven en España para dar los pasos decisivos en toda empresa teatral. Con este dinero forman su compañía; editan unos programas en los que la falta de plan artístico a desarrollar se compensa siempre con el tamaño excesivo de las letras que componen el nombre propio; se alquila un teatro en Madrid y... ¡ya ha tomado cuerpo de realidad la ilusión! ¡Ya son, el actor o la actriz, primeras figuras! ¡Ya ostentan en el humilde uniforme de su carrera los entorchados gloriosos de capitanes generales! ¡A hacer arte se ha dicho!

¡Arte! ¿Pero qué entienden ustedes por arte, señores míos? ¿Qué idea tienen ustedes del conjunto de reglas o preceptos que son necesarios para lograr realizaciones artísticas? Arte quiere decir, entre otras cosas, conglomerado de procedimientos, sometido a disciplinas de sensibilidad, para obtener resultados de belleza determinada. Y ustedes, ¿qué saben de eso?

Y así, con ese optimismo inconsciente, con esa alegría pueril de nuevos ricos del arte, de capitanes de una batalla que desconocen por completo, se encaraman de un salto inconcebible en las cumbres de la responsabilidad dramática. Seleccionan el repertorio, sancionan con su aquiescencia o con su desdén las comedias que caen en sus manos, dirigen los ensayos: se convierten, en una palabra, en númenes de orientaciones de arte.

Y no les hable usted de la conveniencia de declinar estas funciones en una persona de inteligencia solvente, de preparación adecuada. Que si tal hiciera, le abrumarán con una carcajada de estúpida ironía y le lanzarán al rostro la respuesta siguiente: “¡Tráigame usted una obra de Muñoz Seca, y ya le demostraré yo si entiendo de arte!”

Este es, lector, el panorama actual de las direcciones artísticas de los espectáculos teatrales.



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—Pues verá usted: lo ocurrido en Fontalba es lo siguiente. D. Emilio Hernández Pino inició sus actividades de empresario con una alocada generosidad en el capítulo de gastos. Le asignó doscientas pesetas diarias de sueldo a María Fernanda Ladrón de Guevara; idéntica cantidad a Rafael Rivelles; poco menos de la mitad a Carmen Ortega; poco más de la mitad a Paco Alarcón; la mitad y algo más a Soto... Total, que para hacer frente a la nómina del teatro Fontalba era necesario ser Urquijo. Y, claro, como el Sr. Hernández Pino no es Urquijo, llegó un día en que la nómina se levantó ante él como una muralla infranqueable. Entonces...

—¿Qué pasó entonces?

—Que el Sr. Hernández Pino hubo de abandonar el negocio.

—¿Y quién le ha substituido?

—Parece ser que el propio Rafael Rivelles. Pero, eso sí, haciendo previamente una poda despiadada en el presupuesto: ha sometido a los artistas al tormento espantoso de cobrar únicamente cinco sueldos a la semana; ha despedido a algunas figuras...

—¿Y se han conformado?

—Los incursos en la medida de los cinco sueldos por semana, sí, se han resignado—los tiempos no están para rebeldías—; ahora, los despedidos piensan defenderse, según mis noticias... Por ejemplo, Carmen Ortega, a la que, en virtud de un contrato, le faltan por cobrar cerca de 15.000 pesetas de sueldos, no creo que se conforme así como así. Que para algo sirven todavía los Tribunales.

—¿Y Amparo?

—Continúa ensayándose.

—¿Llegará a estrenarse?

—Con las medidas adoptadas, es de esperar que sí.

—A Carmen Díaz le leyeron los hermanos Cueva.

—¿Una comedia?

—¿Pues qué quería usted que le leyeran?... Una comedia, y de ambiente andaluz, por más señas.

—¿Le gustó?

—No. A Carmen Díaz no le gusta nada de lo que le lean por primera vez. A la octava o novena lectura, cuando los autores han escrito nuevamente las escenas segunda, quinta, sexta y última del acto primero; cuando el final del segundo acto termina sin que haya en escena otro personaje que la protagonista; cuando se le ha quitado al papel del galán ésta, aquélla y la otra frase, para ponerla en boca de la dama—la dama es siempre Carmen Díaz—; cuando, en fin, el personaje que ella ha de representar ha logrado apropiarse de todos los efectos que los autores repartieron equitativamente en la obra, empieza a parecerle viable la comedia.

—¿Qué ansiosa!

—También le leyó una obra Luis Fernández de Sevilla.

—¿El autor de *Estudiantina*?

—El mismo.

—¿Y tampoco le gustó?

—Tampoco. Aunque, como siempre, a unos y a otros les dedicó al final de la lectura su carcajada más sonora y les prometió el estreno inmediato de sus respectivas obras. Y mientras, a ilusionarse pensando en el triunfo clamoroso que va a obtener interpretando *María la famosa*.

—¿Pero va a reponer esta comedia?

—Dentro de breves días. Y hace muy requetebién, que esos son los tipos que le van a ella, y no los de obras como *La Dorotea*, tan distantes de sus posibilidades interpretativas.

—Días pasados me prometió usted hablarme de *La Papirusa*.

—Tiene usted razón. Y por si la promesa que le hice no fuera bastante, a ella debo añadir el ruego de un grupo de argentinos, venidos expresamente de Buenos Aires para hacerme entrega de un escrito de protesta.

—¿A santo de qué?

—A santo de *La Papirusa*. Atravesando las procelosas aguas del Atlántico, ha llegado hasta ellos la noticia de que Leandro Navarro y Adolfo Torrado afirman muy serios que *papirusa* quiere decir mariposa en léxico platense.

—¿Y no es cierto?

—¿Qué ha de serlo! *Papirusa* quiere decir mujer “guapa”, “bonita”, “linda”. Pero “mariposa”, ¡de ninguna manera! La “plancha” es tan garrafal, que, ya lo sabe usted, amigo: la “Academia de la Lengua Maleva” ha decidido en su última sesión excomulgar a don Leandro Navarro y a don Adolfo Torrado... ¡por indocumentados!

—¿Sabe usted lo de María Bru?

—¿Que va a ingresar en el elenco del Benavente?

—Sí, eso.

—Pues ya ve usted que lo sabía. Generalmente suelo estar bien enterado de noticias teatrales.

—¿Está usted seguro?

—¡Segurísimo!

—Entonces ¿sabría usted también...?

—¿Que en el Benavente hay mar de fondo?

—¿Que Milagros Leal y Salvador Soler Mari...?

—¿Que Pepe Isbert...? ¿Que cierta comedia que iba a...?

Lo sé todo, amigo mío; absolutamente todo. Pero ¡cuidado! No compliquemos las cosas excesivamente. Ya verá usted, si la comedia de Manzana, recién estrenada, da dinero, cómo todo ese mar de fondo termina en una deliciosa calma chicha.

—¿No sé! ¿No sé!

—¿No le parece a usted, querido compañero de diálogos, que va siendo ya demasiado eso de *La del manojito de rosas*?

—En efecto; es demasiado manojito y demasiadas rosas. ¡Ni que se tratara de la mismísima *Revoltoza*!

—Al teatro Lara va muy poca gente.

—¿Razones?

—¡Vaya usted a saber! A lo mejor, es que no ha tenido éxito *Estudiantina*.

—¿Querrá usted decir a lo peor.

—Si usted se empeña...

—Al teatro de la Comedia va poquísima gente.

—Y eso ¿a qué obedece?

—No lo sé; pero presumo que es porque *Los*

—Usted, siempre presumiendo.

—Sí, señor; presumiendo, que es gerundio.

—Al teatro Cómico—feudo actual de doña Carmen Díaz—no va ni un alma.

—¿Qué me dice?

—Lo que usted oye.

—Pues no me lo explico. ¿Y por qué no va ni un alma al teatro Cómico?

—¿Quiere usted saberlo?

—Sí.

—¿Me promete no divulgar la noticia?

—Prometido.

—Porque doña Carmen Díaz está ya muy vista en Madrid. Si yo fuera amigo suyo, le aconsejaría que emprendiese una turné de varios años por las Repúblicas de Centroamérica. Seguramente haría un magnífico negocio.

—Aviso a los empresarios: “Don José Antonio Balbontín, distinguido diputado de las Cortes constituyentes, está organizando una compañía para entrenar todas sus comedias—no sabemos si son muchas o pocas—, al frente de la cual marchará a provincias dentro de breves días.” Ya lo saben ustedes: el quiera picar, que pique.

—¿Cómo marcha el negocio en el Muñoz Seca?

—El Muñoz Seca, ¿qué es?

—Un teatrillo que hay en la plaza del Carmen.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Pues no tengo ni idea.

—¿Lo de Lola Membrives?

—Firmado por ambas partes. El día 28 del mes en curso se presentará la ilustre actriz, al frente de sus huestes, en el Coliseum.

—¿Le gusta el asunto?

—Un poco extraviado está ese teatro; pero ¡Lola Membrives es mucha actriz, amigo mío!

F E I T O

Breve temporada de ópera en el Calderón

Han querido los hados musicales llenar el vacío inconcebible que venían registrando las estadísticas teatrales en el preeminente lugar de la ópera, ofreciéndonos una breve temporada de *bel canto*, realizada con mayor fortuna que generosidad en la extensión de los programas.

El corto número de funciones dadas en el teatro Calderón ha evidenciado una vez más la predisposición del público madrileño para coronar con brillantez de asistencia todo esfuerzo encaminado al resurgimiento de un arte al que otorgó siempre su entusiasmo más decidido. ¿Por qué, entonces, esta ausencia tan dilatada de la ópera en los teatros de Madrid? He aquí una pregunta que dejamos vagando por los mares de nuestra incomprensión, en busca de una respuesta razonada.

Las óperas cantadas hasta ahora son de la más pura escuela italiana, que es la que, a pesar de todo, sigue cautivando a los dilettanti. *La Traviata*, *Rigoletto* y *El barbero de Sevilla* conservan al través del tiempo su inmarcesible encanto melódico, tanto más cuando son interpretados por artistas tan eminentes y especializados como Angeles Ottein, cuya voz deliciosa se alía con una escuela de la más preclara estirpe; Antonio Cortis, el gran tenor, hasta ahora tan desconocido en Madrid como popular en los Estados Unidos; Celestino Sarobe, uno de los mejores barítonos en carrera, discípulo predilecto de Battistini; Baltasar Lara, tenor lírico de voz muy grata y estilo correcto; Pepita Velázquez, mezzosoprano de tan halagüeño presente como venturoso porvenir; Gabriel Olaizola, el afamado bajo, y, en fin, cuantos intervienen en esta temporada, cuyo único defecto es su brevedad.

Hagamos una mención de honor para el veterano maestro Villa, que al frente de la orquesta ha revivido sus buenos tiempos del Real.



Dentro del movimiento comercial de toda grande urbe hay siempre una serie de negocios que, sin tener la espectacularidad y visibilidad de los que se dedican a la venta de artículos de consumo general, son, sin embargo, de un volumen enorme y mueven grandes capitales.

Desde luego, toda esa actividad no se la percibe de primera intención: es una riqueza cuyo mecanismo de movimiento no es el mismo que el de un almacén o una sala de espectáculos, en los cuales su importancia se mide por la cantidad de público que afluye a esos locales.

A esta especie de negocios pertenecen todas aquellas casas que mantienen relaciones con el Municipio y demás personas jurídicas, ya sea en su calidad de proveedores y abastecedores, ya en el de licitadores a construcciones y demás obras públicas.

En algunos países del Nuevo Mundo, tales casas suelen ocupar locales cuya fastuosidad no siempre está en relación directa con el incremento de los negocios. Pero no es esa nuestra modalidad, como no lo es tampoco la de ningún país de Europa.

Gozan estas casas de un amplio crédito ante los Poderes públicos, y el hecho de que el Estado recurra a ellas para realizar sus diversas obras públicas o para abastecer sus distintas dependencias revela el afianzamiento de las mismas y la confianza que inspiran.

La serie de casas de este tipo que enumeramos a continuación pertenecen a nuestro comercio madrileño, y son todas ellas un exponente de la potencialidad económica de la Comuna y un índice revelador de la cuantía de los intereses particulares que deben mover los Poderes públicos para realizar la gestión que el pueblo le ha encomendado:

OCHANDARENA HERMANOS, materiales eléctricos, Esparteros, 12 y 14; ALMACENES DE PAPEL Y OBJETOS DE ESCRITORIO, C. Jerónima, 31; LUBRIFICANTES ALBANY, Florida, 12; FAUSTINO GONZALEZ, cocinas y estufas, A. Figueroa, 41; RUDY MAYER, archivadores de acero, Montera, 28; FRANCISCO BRAJOS HERREROS, neumáticos, herramientas, lubricantes, Jorge Juan, 19; HIJA DE ALFONSO GARCIA, básculas, balanzas y arcas para caudales, Paseo del Prado, 24; LUIS VINARDELL, mosaicos, aparatos sanitarios, azulejos, Paseo del Prado, 24; M. GUISERIS, grabados, Montera, 41; CRISTAL MADRID, S. A., fábrica de espejos, artículos sanitarios, plaza del Angel, 11; G. DE AGUIRRE, talleres mecánicos, Churruca, 18; RAIMUNDO SIMON, grabador, sellos de caucho, Mayor, 1; VICENTE RICO, S. A., serpentinas, globos, guirnalda, etc., Concepción Jerónima, 35 y 37; EL ARCA DE NOE, papelería y objetos de escritorio, Pez, 2; TORDESILLAS Y BRAÑAS, bazar médicoortopédico, Mayor, 31; GUILLET, HIJOS Y C.ª, maquinarias para trabajar la madera, Fernando VI, 23; JUAN ZORNOZA, tejidos y lanas, Arenal, 20; TINTAS PARA IMPRENTA Y LITOGRAFIA, S. A. E., Santa Engracia, 24; AUTOGENA MARTINEZ, S. A., Vallehermoso, 15; EQUIPO BOSCH, acumuladores, Viriato, 20; ACUMULADORES TUDOR, Almagro, 16 y 18; CASA TRIPLETORO, correas, Claudio Coello, 6; HISPANO-SUIZA, automóviles, Conde de Peñalver, 18.



Maquinaria Herramientas
PARA
TRABAJAR LA MADERA
LIJAS
MOTORES
aceros eléctricos
UGINE

GUILLET HIJOS Y Cía.
Fernando VI, 23. :: MADRID



Casa Triple Toro
Correas * Mangueras
Claudio Coello, número 6

ACUMULADORES



TUDOR

La marca nacional más antigua y acreditada
ALMAGRO, 16 y 18. :: MADRID

RUDY MAYER

ARCHIVADORES DE ACERO

LA MEJOR CONSTRUCCION

MONTERA, 28. MADRID

Accesorios para automóviles
PIEZAS DE RECAMBIO
FORD-CHEVROLET
Francisco Brajos Herreros
NEUMATICOS
HERRAMIENTAS
LUBRIFICANTES
JORGE JUAN, 19.-TEL. 54.158
MADRID

FAUSTINO GONZALEZ
CONSTRUCTOR DE COCINAS
ESTUFAS Y TERMOSIFONES
AUGUSTO FIGUEROA, 41

Talleres exclusivos de rectificación
cigüeñales y bloques de cilindros de
toda clase de motores, bombas, etc

G. de Aguirre
• Maquinaria moderna especial •
Churruca, 18 - Madrid - Tel. 19975
• Maquinas pulidoras de cilindros •

Bazar Médico Ortopédico
Tordesillas y Brañas
Instrumentos de cirugía de las mejores
marcas :: Bragueros :: Medias para
Varices :: Fajas ortopédicas especiales
Mayor, 31 (43 antiguo) :: Tel. 19338
MADRID

Tintas para imprenta
y litografía, S. A. E.

MARCAS Y PROCEDIMIENTOS

Ch. Lorilleux y Cía.
Santa Engracia, 24

AMSA
AUTOGENA MARTINEZ, S. A.
Oxígeno - Acetileno - Aparatos
para soldar - Extintores
de incendios
Fábricas en MADRID y VALLADOLID
Vallehermoso, 15 :: Teléfono 33959

Labores :: Materiales :: Mercería :: Novedades

ALMACEN DE
Juan Zornoza
Especialidad en alfombras de nudo
Arenal, núm. 20 :: Tel. 13201 :: Madrid

Equipo Bosch
S. A.
Viriato, 20. :: Teléf. 32467

LA HISPANO-SUIZA
Fábrica de automóviles, S. A.
Automóviles industriales y de turismo
Motores de aviación
BARCELONA MADRID
Av. C. Peñalver, núm. 16

RAIMUNDO SIMON
FABRICA DE SELLOS DE CAUCHO
GRABADOS, NUMERADORES
FECHADORES-IMPRESILLAS, ETC.
MAYOR, 1 TELEFONO 13763 MADRID

OCHANDARENA HERMANOS
SOCIEDAD LIMITADA
ALMACEN DE MATERIAL ELÉCTRICO
METALES CRISOLES HORNO FERRETERIA
PARARRAYOS TELEFONOS TIMBRES
CALDERERIA Y HERRAMIENTAS
ESPARTEROS, 12 Y 14 - MADRID - TELEFONO 11002

PARATROFINA
Esta especialidad lleva disueltos en la parafina líquida los principios activos del extracto Belladonna, al aumentar el peristaltismo, cura el estreñimiento.

Luis Vinardell
MOSAICOS HIDRAULICOS
APARATOS SANITARIOS
AZULEJOS
Paseo del Prado, 24 - Madrid

Fábrica de Básculas, Balanzas
y Arcas para caudales.
Hija de Alfonso García
TALLERES:
Platería Martínez, 2.-MADRID
EXPOSICIÓN Y DESPACHO:
Paseo del Prado, 24.-Teléfono 10215

M. GUISERIS
GRABADOR
SELLOS CAUCHO
RÓTULOS ESMALTADOS
41. MONTERA, 41 MADRID

Tinta Martz
Para todos los usos, Stilográficas y corrientes, y especial para
APARATOS MULTICOPISTAS
DE VENTA EN PAPELERÍAS
Fábrica en Madrid: Aduana, núm. 23.-Teléfono 13132

CRISTAL MADRID, S. A.
FABRICA DE ESPEJOS
Toda clase de cristalería para edificios e instalación y decoración de establecimientos comerciales
ARTICULOS SANITARIOS
FABRICA:
Ferraz, 104 - Teléfono 32653
OFICINAS Y DESPACHOS:
Plaza del Angel, 11 y Atocha, 45 y 47 - Tel. 26533

Almacén de Papel y Objetos de escritorio

GARANTIZADO



Proveedor del Ayuntamiento de Madrid
Concepción Jerónima, 31 :: Teléfono 71612.-Madrid

CONFETTI - SERPENTINAS
gorros de papel - objetos de cotillón
faroles - globos - guirnalda

CATALOGO GRATIS
Vicente Rico - S. A.
Concepción Jerónima, 35 y 37 - Tel. 72417

"Lubricantes ALBANY"



Aceites y Grasas para
Automóviles, Camiones,
Tractores y demás
servicios industriales.

OFICINAS:
Florida, 12...Teléf. 34905
ALMACENES:
Canarias, 16.-Teléf. 74168
MADRID



La expedición Iglesias al Amazonas



Nuevo descubrimiento de América

Indios Parintintins de la familia Tupi-Guarani, situados entre el río Madera, Gy-Paraná y el Marmellos.

Una punta de derrotismo que le queda todavía clavada a una generación española, en trance de extinción, ha hecho que se diga por alguien que la Expedición Iglesias al Amazonas carece de importancia científica y hasta de gallardía y peligros materiales. Y para afirmar esta posición, que denuncia una impotencia mal intencionada, se alude a los cien libracos de los sedicentes exploradores que hasta en un Ford han hecho la travesía desde la Hoya Amazónica al Pacífico.

Tratemos de poner en punto la importancia de la Expedición Iglesias, empresa nacional, la más bella desde el punto de vista científico y juvenil que se ha emprendido en España en muchísimos años.

La travesía de la cordillera andina ha sido, en efecto, hecha millones de veces, a pie, a caballo, en automóvil y en avión, y hoy la puede emprender, sin el menor peligro, cualquier señorita deportiva, en la seguridad de que no va a tener ni siquiera los peligros que el pacífico fraile Rafael Ferrer tenía en el siglo XVI, cuando iba y venía a pie con regularidad desde Cuenca de Ecuador hasta el Pongo de Manseriche, por donde el Amazonas penetra, majestuoso y magnífico, en la llanura sin fin.

No trata la Expedición Iglesias de hacer la travesía de la cordillera, sino de alumbrar para el mundo culto y civilizado una de las pocas zonas ciegas que tiene aún el planeta. Los grandes afluentes septentrionales del Amazonas riegan esa zona ciega, que está absolutamente en blanco para la ciencia. Nada se sabe de su geología, ni de su meteorología, ni de su flora, ni de su fauna, ni de sus hombres, ni de su civilización. Una extensión superior a la de España permanece aún con el mismo velo de milenios que cubría a todo el Continente nuevo cuando España operó ese prodigio del descubrimiento y colonización de América. Su descubrimiento, referido el episodio a las dimensiones que la tierra tiene hoy para los hombres civilizados, referido al ecúmeno de cualquier hombre culto, tendrá una belleza semejante y una trascendencia pareja a la que tuvo el descubrimiento grande para los hombres de aquel tiempo.

En este momento, en que se observa entre los miembros de una generación que llevaba el pantalón corto y había fumado el primer pitillo cuando se declaró la guerra europea, un movimiento de recuperación del hilo tradicional, aún mejor, del sentido histórico de España, el capitán Iglesias y sus amigos, reclutados entre los equipos jóvenes más punteros y maduros en todas las disciplinas científicas, aparejan su nave para la gigantesca aventura. Gigantesca, sí. No aventura deportiva, inútil, sino heroica y se-

rena aventura en la que todo está previsto para evitar el peligro y la muerte, pero a la que no detendrá nunca ni la muerte ni el peligro.

Y para quienes crean que se trata de un episodio sin importancia en la historia del mundo, bueno será saber que dos o tres naciones, emuladas por el ejemplo, tratan de adelantarse a España. Dentro de unas semanas, en un astillero de Valencia, se le pondrán las cuadernas al *Artabro*, el barco de la Expedición, laboratorio flotante, en el que van instalados los servicios que pudieran montarse en una ciudad y que Iglesias y sus amigos van a llevar al corazón de la "no man's land", la tierra de nadie, donde ahora reinan el misterio y el silencio.

Y para quienes crean que no existe peligro, convendrá recomendarles que lean los periódicos de estos días, en los que se da cuenta de que prosigue la búsqueda, por las selvas brasileñas, del coronel inglés Mr. Fawcett, perdido en el Matto Grosso el año 1925, y del que se reciben noticias confusas de tarde en tarde. Todo el colosal poder del imperio británico, que cuando se pone al servicio de los suyos alcanza proporciones que nosotros no nos podemos imaginar, ha fracasado ante el minúsculo ejército de insectos, ante la noche amazónica, ante el misterio vegetal, ante la dimensión colosal de la selva. Hace nueve años que unos indios, sin más armas que sus cerbatanas y su flecha de bambú mojada en el "curare", el veneno que no mata e inmoviliza, el veneno que hará feliz a un cuáquero de la Sociedad de las Naciones, tienen en rehenes a un coronel de los ejércitos de su majestad británica. A las selvas del Matto Grosso no llegan los cañonazos de los barcos del imperio. Sobre el silencio milenario de la jungla no hay avión que se atreva a volar. Y el coronel inglés sigue perdido y vivo...

Pues bien: el Estado de Matto Grosso es un Estado con un gobernador, con autoridades y organización administrativa, con un Parlamento y un Gobierno, con un ejército... Y el territorio que van a recorrer en varias direcciones, por tierras y por ríos, los expedicionarios españoles, con sus microscopios, con su caja de acuarelas, con sus herbarios y sus aparatos de precisión, finos como insectos, metálicos y sensibles como antenas de un mosquito, es un territorio absolutamente salvaje, donde la Naturaleza devora cuanto cae en su seno y donde la selva se cierra detrás del caminante, que ha ido abriéndose camino a puro machete. Una vida inmensa y ávida, más destructora que la muerte misma, ceta la virginidad del gran territorio que van a explorar los españoles.

Esta gran empresa nacional puede marcar un punto de partida para el espíritu español, decidido a arrancarse la última espina de escepticismo.